

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIX

Nº3

JULIO - SEPTIEMBRE 2016



Consultar este Boletín en formato digital (PDF).
Código QR.



NUESTRA PORTADA:

Foto de grupo de los jóvenes, junto al Sr. Obispo y al Rector del Seminario Mayor, que asistieron este verano a la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Cracovia.

Director: Manuel Emilio Rodríguez Álvarez

Maquetación, administración y fotocomposición: Secretaría Episcopal de Informática y Seguridad.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXVIX

Julio - Septiembre 2016

Nº 3

SUMARIO

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Francisco	
Discursos.....	311
Homilías	342
Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» con la que se instituye el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.....	355
Congregación para la Doctrina de la Fe	
"Ad resurgendum cum Christo". Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 15 de agosto de 2016, acerca de la cremación de los cadáveres	356

OBISPO

Homilías	
Apertura de los Ejercicios Espirituales para Sacerdotes en el Santuario de Los Milagros	363
Exequias polo pai do Excmo. Sr. Presidente da Xunta de Galicia	366
Solemnidad de Santa Clara de Asís	369
Exequias de D. Elias Seoane Ramírez, Cura-párroco de Santiago de Barallobre.....	373
Fiesta de Santa Eufemia en la parroquia de Calheiros - Viana do Castelo.....	377
Eucaristía con motivo de la Apertura del curso académico en los Seminarios, en el Instituto Teológico "Divino Maestro" y en el Centro de Ciencias Religiosas "San Martín"	381
En Comunidad	
Julio	385
Agosto.....	386
Septiembre	389

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General	
Nombramientos	393
Decreto de Constitución del Consejo de Asuntos Económicos en la parroquia de San Ildefonso de San Ciprián de Viñas.....	395
Sínodo Diocesano	
Secretaría del Sínodo: crónica.....	396
Conferencia Episcopal Española	
Presentación de la Instrucción pastoral «Jesucristo, Salvador del hombre y esperanza del mundo» ..	397

CRÓNICA DIOCESANA

Julio, agosto y septiembre.....	405
---------------------------------	-----



IGLESIA UNIVERSAL



IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE FRANCISCO

DISCURSOS

**Discurso del Papa Francisco
en el encuentro con los Obispos polacos
durante el Viaje Apostólico a Polonia con ocasión de
la XXXI Jornada Mundial de la Juventud (27-31 de julio de 2016)**

Catedral de Cracovia. Miércoles, 27 de julio de 2016

Papa Francisco

Antes de comenzar el diálogo con las preguntas que habéis preparado, quisiera cumplir una obra de misericordia con todos vosotros, y sugerir otra. Sé que en estos días, con la Jornada de la Juventud, muchos habéis estado muy ocupados y no habéis podido asistir a las exequias del querido Mons. Zimowski. Dar sepultura a los difuntos es una obra de caridad, y quisiera que ahora, todos juntos, rezáramos una oración por Mons. Zygmund Zimowski, y que esta sea una verdadera manifestación de caridad fraterna: dar sepultura a un hermano que ha muerto. *Pater noster... Ave Maria... Gloria Patri... Requiem aeternam...*

Y después, quisiera sugerir otra obra de misericordia. Sé que estáis preocupados por esto: nuestro querido cardenal Macharski, que está muy enfermo... Al menos acercarse, porque creo que no se puede entrar donde se encuentra, en estado de inconsciencia, pero al menos acercarse a la clínica, al hospital, y tocar el muro como diciendo: «Hermano, estoy contigo». Visitar a los enfermos es otra obra de misericordia, Yo también iré. Gracias.

Y, ahora, alguno de vosotros ha preparado las preguntas, al menos, las han hecho llegar. Estoy a vuestra disposición.

Mons. Marek Jędraszewski

Santo Padre, parece que los fieles de la Iglesia católica, y en general todos los cristianos en Europa occidental, se van encontrando cada vez más en minoría en el ámbito de una cultura contemporánea ateo-liberal. En Polonia asistimos a una confrontación profunda, a una lucha enorme entre la fe en Dios, por un lado y, por el otro, un pensamiento y unos estilos de vida como si Dios no existiera. Según usted, Santo Padre, ¿qué actuaciones pastorales debería emprender la Iglesia

católica en nuestro país para que el pueblo polaco permanezca fiel a su ya más que milenaria tradición cristiana? Gracias.

Papa Francisco

Excelencia, ¿usted es obispo de...?

Mons. Marek Jędraszewski

De Łódź, donde ha comenzado el camino de santa Faustina, porque precisamente allí ha oído la llamada de Cristo para ir a Varsovia y hacerse monja, justamente en Łódź. La historia de su vida comenzó en mi ciudad.

Papa Francisco

Usted es un privilegiado.

Es verdad, la descristianización, la secularización del mundo moderno es fuerte. Muy fuerte. Pero alguno dice: Sí, es fuerte, pero se ven fenómenos de religiosidad, como si el sentido religioso se despertara. Y esto puede ser también un peligro. Creo que nosotros, en este mundo tan secularizado, corremos también otro peligro, el de la espiritualización gnóstica: esta secularización nos da la posibilidad de hacer crecer una vida espiritual un poco gnóstica. Recordemos que ha sido la primera herejía de la Iglesia: El apóstol san Juan ataca a los gnósticos -y ¡con qué fuerza! -, en los que hay una espiritualidad subjetiva, sin Cristo. El problema más grave, para mí, de esta secularización es la descristianización: quitar a Cristo, quitar al Hijo. Yo rezo, escucho... y nada más. Esto es gnosticismo. Hay otra herejía también de moda en este momento, pero la dejo de lado porque su pregunta, Excelencia, va en esta dirección. Existe también un pelagianismo, pero esta la dejamos a parte, para hablar sobre ella en otro momento. Encontrar a Dios sin Cristo: un Dios sin Cristo, un pueblo sin Iglesia. ¿Por qué? Porque la Iglesia es la madre, es aquella que te da la vida, y Cristo es el hermano mayor, el Hijo del Padre, que hace referencia al Padre, que es quien te revela el nombre del Padre. Una Iglesia huérfana: el gnosticismo de hoy, puesto que es precisamente una descristianización, sin Cristo, nos lleva a una Iglesia, mejor dicho, a unos cristianos, a un pueblo huérfano. Y no debemos hacer sentir esto a nuestro pueblo.

¿Qué os aconsejaría yo? Me viene a la mente -pero creo que es la práctica del Evangelio, donde está precisamente la enseñanza del Señor- la *cercanía*. Hoy, nosotros siervos del Señor -obispos, sacerdotes, consagrados, laicos convencidos-, debemos ser cercanos al Pueblo de Dios. Sin cercanía hay solamente palabra sin carne. Pensemos -a mí me gusta pensar esto- a los dos pilares del Evangelio. ¿Cuáles son los dos pilares del Evangelio? Las Bienaventuranzas, y también *Matteo 25*, el «protocolo» con el cual todos nosotros seremos juzgados. Concreción. Cercanía. Tocar. Las obras de misericordia, bien sean corporales o espirituales.

«Pero usted dice estas cosas porque está de moda hablar de la misericordia este año...». No. Es el Evangelio. El Evangelio, obras de misericordia. Está aquel herético, o ateo samaritano que se conmueve y hace lo que debe hacer, incluso arriesgando su dinero. Tocar. Está Jesús que estaba siempre con la gente, o con el Padre. O en oración solo con el Padre, o entre la gente, allí, con los discípulos. Cercanía. Tocar. Es la vida de Jesús... cuando él se conmovió a las puertas de la ciudad de Naín (cf. *Lc 7,11-17*), se conmovió, fue y tocó el ataúd diciendo: «No llores...». Cercanía. Y la cercanía es tocar la carne sufriente de Cristo. Y la Iglesia, la gloria de la Iglesia, son los mártires, ciertamente, pero son también muchos hombres y mujeres que han dejado todo y han pasado sus vidas en los hospitales, en las escuelas, con los niños, con los enfermos... Recuerdo que, en Centroáfrica, una religiosa, tenía 83/84 años, delgada, buena, con una niña... vino a saludarme: «Yo no soy de aquí, soy de la otra parte del río, del Congo, pero cada vez, una vez a la semana, vengo aquí a comprar, porque los precios son más convenientes». Me dijo la edad: 83/84 años. «Estoy aquí desde hace 23 años: soy enfermera obstétrica, he ayudado a nacer dos o tres mil niños...» -«Ah... ¿y viene aquí sola?» -«Sí, sí, venimos en canoa...». ¡Con 83 años! Con la canoa tardaba una hora y llegaba. Esta mujer -y como ella tantas otras- han dejado su país -es italiana, de Brescia- han dejado su país para tocar la carne de Cristo. Si nosotros vamos a estos países de misión, a la Amazonia, a América Latina, en los cementerios encontraremos las tumbas de tantos hombres y mujeres religiosos muertos jóvenes, porque no tenían los anticuerpos para las enfermedades de aquella tierra, y morían jóvenes. Las obras de misericordia: tocar, enseñar, consolar, «perder el tiempo». Perder el tiempo. Me ha gustado mucho, una vez, un señor que fue a confesarse y estaba en una situación que no podía recibir la absolución. Fue con un poco de miedo, porque había sido rechazado algunas veces: «No, no,... vete». El sacerdote lo escuchó, le explicó la situación y le dijo: «Pero tú, tú reza. Dios te ama. Yo te daré la bendición, pero tú regresa, ¿me lo prometes?». Este sacerdote, «perdía el tiempo» para atraer este hombre a los sacramentos. Esto se llama cercanía. Y hablando con los obispos de cercanía, yo creo que debo hablar de la cercanía más importante: cercanía con los sacerdotes. El obispo debe estar siempre disponible para sus sacerdotes. Cuando estaba en Argentina escuché de los sacerdotes... -muchas, muchas veces, cuando iba a darles ejercicios, a mí me gustaba dar ejercicios-, y les decía: «Habla con tu obispo sobre esto...» -«Pero no, yo lo he llamado, la secretaria me dice: no, está muy, muy ocupado, pero te recibirá en tres meses». Este sacerdote se siente huérfano, sin padre, sin cercanía, y comienza a venirse abajo. Un obispo que ve en el folio de las llamadas, por la tarde, cuando vuelve, la llamada de un sacerdote, esa tarde o al día siguiente debe llamarle inmediatamente. «Sí, estoy ocupado, ¿pero es urgente?» -«No, no, pero pongámonos de acuerdo...». Que el sacerdote sienta que tiene un padre. Si

nosotros retiramos la paternidad a los sacerdotes, no podemos pedirles que sean padres. Así el sentido de la paternidad de Dios se aleja. La obra del Hijo es tocar las miserias humanas: espirituales y corporales. La cercanía. La obra del Padre: ser padre, ser obispo-padre.

Después, los jóvenes, porque se debe hablar de los jóvenes en estos días. Los jóvenes son «aburridos» porque vienen a decir siempre las mismas cosas, o decir «yo lo pienso así...», o también «la Iglesia debería...», y se necesita paciencia con los jóvenes. Cuando yo era un muchacho, conocí algunos sacerdotes: era en un tiempo en el que el confesionario era más frecuentado que ahora, pasaban horas escuchando, o los recibían en el despacho parroquial, para escuchar las mismas cosas... pero con paciencia. Y después, llevar a los jóvenes al campo, a la montaña... Pero pensad en san Juan Pablo II, ¿qué hacía él con los universitarios? Sí, enseñaba, pero después se iba con ellos a la montaña. Cercanía. Los escuchaba. Estaba con los jóvenes...

Y una última cosa quisiera subrayar, porque creo que el Señor me lo pide: los abuelos. Vosotros, que habéis sufrido el comunismo, el ateísmo, lo sabéis: han sido los abuelos, las abuelas quienes han salvado y transmitido la fe. Los abuelos tienen la memoria de un pueblo, tienen la memoria de la fe, la memoria de la Iglesia. No descartéis a los abuelos. En esta cultura del descarte, que precisamente está descristianizada, se descarta lo que no sirve, lo que no funciona. No, los abuelos son la memoria del pueblo, son la memoria de la fe. Y poner en relación a los jóvenes con los abuelos: también esto es cercanía. Ser cercanos y crear cercanía. Respondería así a esta pregunta. No existen recetas, pero tenemos que bajar a la realidad. Si esperamos que suene la llamada o que llamen a la puerta... No. Debemos *salir a buscar*, como el pastor que va a buscar a los descarriados. No sé, me viene esto. Simplemente.

Mons. Sławoj Leszek Głódź (Arzobispo de Gdansk)

Querido Papa Francisco, nos sentimos especialmente agradecidos de que el Papa Francisco haya profundizado la enseñanza sobre la misericordia que san Juan Pablo II inició aquí en Cracovia. Todos sabemos que vivimos en un mundo dominado por la injusticia: los más ricos se hacen aún más ricos, y los pobres, más pobres; hay terrorismo, hay una ética y una moralidad liberales, sin Dios... Mi pregunta es: ¿Cómo aplicar la enseñanza sobre la misericordia y, sobre todo, a quién? El Santo Padre ha promovido una medicina que se llama «misericordina», que he adquirido: gracias por haberla promovido...

Papa Francisco

...Pero ahora viene la «misericordina plus»: es más fuerte.

Mons. Sławoj Leszek Głódź

Sí, gracias por ese «plus». Nosotros tenemos el programa «plus», promovido también por el gobierno en favor de las familias numerosas. Este «plus» está de moda, ¿para quién y sobre todo, cómo? ¿Quién tendría que ser en primer lugar objeto de nuestra enseñanza sobre la misericordia? Gracias.

Papa Francisco

Gracias. Esto de la misericordia no es algo que se me haya ocurrido a mí. *Es un proceso*. Si nos fijamos, ya el beato Pablo VI se refirió a la misericordia. Luego, san Juan Pablo II ha sido el gigante de la misericordia con la Encíclica *Dives in misericordia*, la canonización de santa Faustina y, después, la octava de Pascua; murió la vigilia de ese día. Es un proceso que lleva años en la Iglesia. Se ve que el Señor pedía un despertar en la Iglesia de esa actitud de misericordia entre los fieles. Él es el Misericordioso que todo perdona. Me llama mucho la atención un capitel medieval que se encuentra en la Basílica de santa María Magdalena de Vézelay, en Francia, dónde inicia el Camino de Santiago. En ese capitel está, en una parte, Judas ahorcado, con los ojos abiertos y la lengua fuera; y, en la otra, el Buen Pastor que lo lleva consigo. Y, si nos fijamos con atención, vemos en el rostro del Buen Pastor que sus labios están tristes en una parte, mientras que en la otra, sonríen. La misericordia es un misterio, es un misterio. Es el misterio de Dios. Me hicieron una entrevista, de la que después salió un libro titulado *El nombre de Dios es misericordia*, pero es una expresión periodística; creo que se podría decir que *Dios es el Padre misericordioso*. Al menos, Jesús nos lo muestra así en el Evangelio. Castiga para convertir. Y luego, están las parábolas de la misericordia y el modo en que él quiso salvarnos... Cuando llegó la plenitud de los tiempos, hizo que el Hijo naciera de una mujer: nos salva con la carne, no a partir del miedo, sino de la carne. En este proceso de la Iglesia recibimos muchas gracias.

Y usted ve este mundo enfermo de injusticia, de falta de amor, de corrupción. Esto es verdad, es verdad. Hoy, en el avión, hablando de ese sacerdote octogenario que fue asesinado en Francia, señalaba cómo desde hace tiempo estoy diciendo que el mundo está en guerra, que estamos viviendo la tercera guerra mundial a trozos. Pensemos en Nigeria... Ideologías sí, pero, ¿cuál es la ideología de hoy, la que está justo en el centro y es madre de las corrupciones, de las guerras? La idolatría del dinero. El hombre y la mujer ya no están en la cima de la creación, allí se ha puesto el ídolo dinero; todo se compra y se vende por dinero. En el centro, el dinero. Se explota a la gente. ¿Y la trata de personas hoy? Ha sido siempre así, la crueldad. Hablé de este sentimiento a un Jefe de gobierno, y me dijo: «La crueldad ha existido siempre. El problema es que ahora la vemos en televisión, se ha acercado a nuestra vida». Pero es siempre esa crueldad. Matar por dinero. Explotar a la gente, exprimir la creación. Un Jefe de gobierno africano, elegido hace poco, me dijo en una

audiencia conmigo: «Lo primero que hice en el gobierno fue reforestar el país, que había sido deforestado y arrasado». No cuidamos la creación. Y eso significa más pobres, más corrupción. Y qué decir cuando el 80% -más o menos, mirad bien las estadísticas, y si no es el 80, será el 82 o el 78- de las riquezas está en manos del 20% de la gente. «Padre no hable así, que usted es comunista». No, no, son estadísticas. Y ¿quién paga eso? Lo paga la gente, el Pueblo de Dios: las muchachas explotadas, los jóvenes sin trabajo. En Italia, de los 25 años para abajo, el 40% no tiene trabajo; en España, el 50%; en Croacia, el 47%. ¿Y por qué? Porque hay una economía líquida, que favorece la corrupción. Me comentaba escandalizado un buen católico, que había ido donde un amigo empresario que le dijo: «Te voy a enseñar cómo gano veinte mil dólares sin moverme de mi casa». Con el ordenador, desde California, compró no sé qué cosa, y se la vendió a China. En veinte minutos, en menos de veinte minutos, había ganado esos veinte mil dólares. Todo es líquido. Los jóvenes no tienen la cultura del trabajo, porque no tienen trabajo. La tierra está muerta porque ha sido explotada sin sabiduría. Y así vamos. ¿Por qué se sobrecalienta el mundo? Porque tenemos que ganar. La ganancia. «Hemos caído en la idolatría del dinero». Me lo dijo un Embajador cuando vino a presentar las Credenciales. Es una idolatría.

La Divina Misericordia es el testimonio, el testimonio de mucha gente, de muchos hombres y mujeres, laicos, jóvenes, que se ponen manos a la obra. En Italia, por ejemplo, el cooperativismo. Sí, hay algunos que se pasan de listos; pero se hace siempre el bien, se hacen cosas buenas. Luego, las instituciones para curar a los enfermos, organizaciones fuertes y dinámicas. Ir por ese camino, trabajar para que la dignidad humana crezca. Pero es cierto lo que usted dice. Vivimos un analfabetismo religioso, hasta el punto de que en algunos santuarios del mundo las cosas se confunden: se va para rezar, hay tiendas donde se compran artículos de piedad, rosarios, y algunas venden objetos de superstición, porque se busca la salvación en la superstición, en el analfabetismo religioso, en ese relativismo que confunde una cosa con otra. Y es ahí donde se necesita la catequesis, la catequesis de vida. Catequesis que no consiste sólo en dar nociones, sino en acompañar en el camino. Acompañar es una de las actitudes más importantes. Acompañar el crecimiento de la fe. Es un trabajo grande, y los jóvenes esperan esto. Los jóvenes lo esperan. «Sí, pero si yo comienzo a hablar, se aburren». Entonces, ponles una tarea. Diles que durante sus vacaciones vayan 15 días a ayudar a construir casas sencillas para los pobres, o a hacer cualquier otra cosa. Que comiencen a sentirse útiles. Y deja caer ahí la semilla de Dios. Lentamente. Sólo con palabras, la cosa no funciona. El analfabetismo religioso actual hemos de afrontarlo con tres lenguajes, con tres lenguas: la lengua de la mente, la lengua del corazón y la lengua de las manos. Las tres de modo armónico.

No sé... estoy hablando demasiado. Son ideas que les doy. Ustedes, con su prudencia, sabrán qué hacer. Pero siempre con una Iglesia en salida. Una vez me

atreví a decir que en el Apocalipsis está aquel versículo que dice «Estoy de pie a la puerta y llamo» (3,20); el Señor llama a la puerta, pero me pregunto cuántas veces llama él a la puerta, pero desde dentro, para que le abramos y pueda salir con nosotros a llevar el Evangelio afuera. No encerrados, sino afuera. Salir, salir. Gracias.

Mons. Leszek Leszkiewicz (Obispo auxiliar de Tarnów)

Santo Padre, nuestra labor pastoral se basa sobre todo en el modelo tradicional de comunidad parroquial, configurada por la vida sacramental. Un modelo que aquí sigue dando frutos. Sin embargo, nos damos cuenta de que también aquí, entre nosotros, las condiciones y las circunstancias de la vida cotidiana cambian rápidamente y exigen de la Iglesia nuevas formas pastorales. Los Pastores y los fieles se parecen un poco a aquellos discípulos que, escuchando, hacen muchas cosas, pero que no siempre saben aprovechar el dinamismo misionero interior y exterior de las comunidades eclesiales. Santo Padre, usted, en la *Evangelii gaudium*, habla de discípulos misioneros que llevan con entusiasmo la Buena Noticia al mundo de hoy. ¿En qué nos anima? ¿En qué nos anima para que podamos construir de manera fructífera, fecunda, gozosa y con dinamismo misionero la comunidad de la Iglesia en nuestro mundo?

Papa Francisco

Gracias. Quisiera subrayar una cosa: la parroquia es siempre válida. La parroquia debe permanecer: es una estructura que no debemos tirar por la borda. La parroquia es precisamente la casa del Pueblo de Dios, esa donde vive. El problema está en cómo la oriento. Hay parroquias con secretarías parroquiales que parecen «discípulas de satanás», que espantan a la gente. Parroquias con las puertas cerradas. Pero hay también parroquias con las puertas abiertas, parroquias donde, cuando viene alguien a preguntar, se dice: «Sí, sí..., se acomode. ¿Cuál es el problema?». Y se escucha con paciencia, porque cuidar del Pueblo de Dios es fatigoso, es fatigoso. Un buen profesor universitario, un jesuita que conocí en Buenos Aires, cuando se jubiló pidió al Provincial ir como párroco a un barrio para realizar esta otra experiencia. Una vez a la semana venía a la Facultad -dependía de esa comunidad- y un día me dice: «Di a tu profesor de eclesiología que en su tratado faltan dos tesis» -¿cuáles?- «La primera: el Pueblo santo de Dios es esencialmente fatigoso. Y la segunda: el Pueblo santo de Dios, ontológicamente, hace lo que le parece mejor. Y esto cansa». Hoy, ser párroco es fatigoso: llevar adelante una parroquia es cansado, en este mundo de hoy con tantos problemas. El Señor nos ha llamado para que nos cansemos un poquito, para trabajar y no para descansar. La parroquia cansa cuando está bien planteada. La renovación de la parroquia es una de las cosas que los obispos deben vigilar siempre: ¿Cómo funciona esta parroquia? ¿Qué haces? ¿Cómo va la catequesis? ¿Cómo la enseñas? ¿Está abierta? Y así

muchas cosas. Pienso en una parroquia en Buenos Aires; cuando los novios llegaban: «Nosotros quisiéramos casarnos aquí». «Sí, -decía la secretaria-, estos son los precios». Esto no funciona, así una parroquia no funciona. ¿Cómo se acogen a las personas? ¿Cómo se las escucha? ¿Hay alguien siempre en el confesionario? En las parroquias -no las de barrios pequeños, sino las que están en el centro, en las grandes avenidas-, si hay un confesionario con la luz encendida, la gente va siempre. Siempre. Una parroquia acogedora. Nosotros, obispos, debemos preguntar esto a los sacerdotes: «¿Cómo va tu parroquia? Y tú, ¿sales? ¿Visitas a los encarcelados, a los enfermos, a las ancianas? Y ¿qué haces con los niños? ¿Cómo los haces jugar y cómo llevas adelante el oratorio? Es una de las grandes instituciones parroquiales, al menos en Italia. El oratorio: allí los jóvenes juegan y se habla con ellos, se da un poco de catequesis. Regresan a casa cansados, contentos y con una semilla buena. La parroquia es importante. Alguien dice que la parroquia ya no sirve, porque hoy es la hora de los movimientos. Esto no es verdad. Los movimientos ayudan, pero los movimientos no deben ser una alternativa a la parroquia: deben ayudar en la parroquia, llevar adelante la parroquia, como existe la Congregación Mariana, la Acción Católica y tantas realidades. ¿Buscar la novedad y cambiar la estructura parroquial? Lo que os digo podrá parecer quizás una herejía, pero es como lo vivo: creo que sea una cosa análoga a la estructura episcopal, es diferente, pero análoga. La parroquia no se toca: debe permanecer como un puesto de creatividad, de referencia, de maternidad y todas esas cosas. Y actuar en ella esa capacidad inventiva; cuando una parroquia va adelante así se realiza lo que -a propósito de los discípulos misioneros- llamo «parroquia en salida». Por ejemplo, pienso en una parroquia -un ejemplo bonito que después ha sido imitado por muchos- en un país que no había la costumbre de bautizar a los niños, porque no se tenía dinero; pero ante la fiesta patronal, se inician los preparativos 3 o 4 meses antes, con la visita a las casas y allí se comprueba cuántos niños no están bautizados. Se prepara a las familias y uno de los actos de la fiesta patronal es el bautizo de 30-40 niños que, de otro modo, habrían quedado sin bautizar. Inventar cosas semejantes. La gente no se casa por la Iglesia. Estoy pensando en una reunión de sacerdotes; uno se levantó y dijo: «¿Has pensado porqué? Dio muchas razones que nosotros compartimos: la cultura actual, y así sucesivamente. Pero hay un buen grupo de gente que no se casa porque hoy casarse cuesta. Cuesta. Cuesta por todo, la fiesta... Es un acto social. Y este párroco, que era muy ingenioso, dijo: «Quién quiera casarse, yo lo espero». Porque en Argentina hay dos matrimonios: se debe ir siempre al civil y allí se hace el matrimonio civil, y después si se quiere se va al templo de tu religión para casarte. Alguno -muchos- no vienen para casarse porque no tienen dinero para hacer una fiesta grande. Pero los sacerdotes que tienen un poco de ingenio, dicen: «No, no. Yo te espero». En ese día, en el civil se casa a las 11:00-12:00-13:00-14:00: ese día no echo la siesta. Después del matrimonio civil vienen a la

iglesia, se casan y van en paz. Inventar, buscar, salir, buscar a la gente, ponerse en las dificultades de la gente. Pero una parroquia-oficina hoy no funciona. La gente no es disciplinada. Vosotros tenéis un pueblo disciplinado, y esta es una gracia de Dios. Pero en general no es disciplinada. Pienso en mi tierra: la gente, si no vas a buscarla, si no te acercas, no viene. Esto es el discípulo misionero, la parroquia en salida. Salir para buscar, como ha hecho Dios, que ha enviado a su Hijo para buscarnos.

No sé si es una respuesta simplista, pero no tengo otra. No soy un pastoralista iluminado, digo lo que me viene.

Mons. Krzysztof Zadarko (Obispo auxiliar de Koszalin-Kołobrzeg):

Santo Padre, uno de los problemas más angustiosos que afronta la Europa de hoy es la cuestión de los refugiados. ¿Cómo podemos ayudarlos, dado que son muy numerosos? Y ¿qué podemos hacer para superar el miedo de una invasión o agresión, que paraliza a toda la sociedad?

Papa Francisco

Gracias. El problema de los refugiados. No en todos los tiempos los refugiados eran como hoy. Decimos emigrantes y refugiados, los consideramos conjuntamente. Mi papá es un emigrante. Yo decía al Presidente [de Polonia] que, en la empresa donde él trabajaba, había muchos emigrantes polacos, en la postguerra, cuando yo era niño y conocí a muchos. Mi tierra es una tierra de emigrantes, todos. Allí no había problemas; eran ciertamente otros tiempos. Hoy, ¿por qué hay tanta emigración? No hablo de la emigración de la propia patria hacia el extranjero: esta es por falta de trabajo. Está claro que van a buscar trabajo fuera. Esto es un problema de casa, que también vosotros tenéis un poco. Hablo de los que vienen a nosotros: huyen de guerras, del hambre. El problema está allí. Y ¿por qué el problema está allí? Porque en esa tierra hay una explotación de la gente, hay una explotación de la tierra, hay una explotación para ganar más dinero. Hablando con economistas mundiales, que ven este problema, dicen: debemos invertir en esos países; haciendo inversiones tendrán trabajo y no tendrán necesidad de emigrar. Pero también hay guerras. La guerra de las tribus, algunas guerras ideológicas o algunas guerras artificiales, preparadas por los traficantes de armas, que viven de esto: te dan las armas a ti, que estás contra aquellos; y a aquellos que están contra ti. Así viven ellos. La corrupción es verdaderamente el origen de la emigración. ¿Qué hacer? Creo que cada país debe ver cómo y cuándo: no todos los países son iguales; no todos los países tienen las mismas posibilidades. Pero sí tienen la posibilidad de ser generosos. Generosos como cristianos. No podemos invertir allí, pero para los que vienen... ¿Cuántos y cómo? No se puede dar una respuesta universal, porque la acogida depende de la situación de cada País y tam-

bién de la cultura. Pero ciertamente se pueden hacer muchas cosas. Por ejemplo la oración: una vez por semana, la oración ante el Santísimo Sacramento con una oración para quienes llaman a la puerta de Europa y no logran entrar. Algunos lo logran, pero otros no. Después entra uno y emprende un camino que genera miedo. Hay países que han sabido integrar bien a los emigrantes desde hace años. Han sabido integrarlos bien. En otros, desgraciadamente, se han formado como guetos. Se debe hacer toda una reforma, a nivel mundial, sobre este compromiso, sobre la acogida. De todos modos, es un aspecto relativo: absoluto es el corazón abierto para acoger. Esto es lo absoluto. Con la oración, la intercesión, hacer lo que puedo. Relativo es el modo cómo lo puedo hacer: no todos lo pueden hacer de la misma manera. Pero el problema es mundial. La explotación de la creación, y la explotación de las personas. Estamos viviendo un momento de aniquilación del hombre como imagen de Dios.

Quisiera concluir aquí con este aspecto, porque detrás de esto hay ideologías. En Europa, América, América Latina, África, en algunos países de Asia, hay verdaderas colonizaciones ideológicas. Y una de estas -lo digo claramente con «nombre y apellido»- es el *gender*. Hoy a los niños -a los niños- en la escuela se enseña esto: que cada uno puede elegir el sexo. ¿Por qué enseñan esto? Porque los libros son los de las personas y de las instituciones que dan el dinero. Son las colonizaciones ideológicas, sostenidas también por países muy influyentes. Y esto es terrible. Hablando con Papa Benedicto, que está bien y tiene un pensamiento claro, me decía: «Santidad, esta es la época del pecado contra Dios creador». Es inteligente. Dios ha creado al hombre y a la mujer; Dios ha creado al mundo así, así, y nosotros estamos haciendo lo contrario. Dios nos dio un estado «inculto» para que nosotros lo transformáramos en cultura; y después, con esta cultura, hacemos cosas que nos devuelven al estado «inculto». Lo que ha dicho el Papa Benedicto tenemos que pensarlo: «Es la época del pecado contra Dios creador». Esto nos ayudará.

Pero tú, Krzysztof, me dirás: «¿Qué tiene que ver esto con los emigrantes?». Está un poco en el contexto. Sobre los emigrantes diré: el problema está allí, en su tierra. Pero, ¿cómo los acogemos? Cada uno debe ver cómo. Pero todos podemos tener el corazón abierto y pensar en hacer una hora en las parroquias, una hora a la semana, de adoración y de oración por los emigrantes. La oración mueve montañas.

Estas eran las cuatro preguntas. No sé. Perdonadme si he hablado mucho, pero la sangre italiana me traiciona.

Muchas gracias por la acogida y esperemos que estos días nos llenen de alegría: de alegría, de gran alegría. Y rezamos a la Virgen, que es Madre y que nos lleva siempre de la mano.

Salve Regina...

Y no olvidar: los abuelos son la memoria de un pueblo.

**Discurso del Papa Francisco
durante la acogida de los jóvenes
en el Viaje Apostólico a Polonia con ocasión de
la XXXI Jornada Mundial de la Juventud (27-31 de julio de 2016)**

Parque Jordan, en Błonia, Cracovia. Jueves, 28 de julio de 2016

Queridos jóvenes, muy buenas tardes.

Finalmente nos encontramos. Gracias por esta calurosa bienvenida. Gracias al Cardenal Dziwisz, a los Obispos, sacerdotes, religiosos, seminaristas, laicos y a todos aquellos que los acompañan. Gracias a los que han hecho posible que hoy estemos aquí, que se han esforzado para que pudiéramos celebrar la fe. Hoy nosotros, todos juntos, estamos celebrando la fe.

En esta, su tierra natal, quisiera agradecer especialmente a san Juan Pablo II [aplauso] –«Fuerte, fuerte»– que soñó e impulsó estos encuentros. Desde el cielo nos está acompañando viendo a tantos jóvenes pertenecientes a pueblos, culturas, lenguas tan diferentes con un sólo motivo: celebrar a Jesús, que está vivo en medio de nosotros. ¿Lo han entendido? Celebrar a Jesús, que está vivo en medio de nosotros. Y decir que está vivo es querer renovar nuestras ganas de seguirlo, nuestras ganas de vivir con pasión el seguimiento de Jesús. ¡Qué mejor oportunidad para renovar la amistad con Jesús que afianzando la amistad entre ustedes! ¡Qué mejor manera de afianzar nuestra amistad con Jesús que compartirla con los demás! ¡Qué mejor manera de vivir la alegría del Evangelio que queriendo «contagiar» su Buena Noticia en tantas situaciones dolorosas y difíciles!

Y Jesús es quien nos ha convocado a esta 31 Jornada Mundial de la Juventud; es Jesús quien nos dice: «Felices los misericordiosos, porque encontrarán misericordia» (Mt 5,7). Felices aquellos que saben perdonar, que saben tener un corazón compasivo, que saben dar lo mejor a los demás; lo mejor, no lo que sobra: lo mejor.

Queridos jóvenes, en estos días Polonia, esta noble tierra, se viste de fiesta; en estos días Polonia quiere ser el rostro siempre joven de la Misericordia. Desde estas tierras, con ustedes y también unidos a tantos jóvenes que hoy no pueden estar aquí, pero que nos acompañan a través de los diversos medios de comunicación, todos juntos vamos a hacer de esta jornada una auténtica fiesta Jubilar, en este Jubileo de la Misericordia.

En los años que llevo como Obispo he aprendido una cosa –he aprendido muchas, pero una quiero decirla ahora–: no hay nada más hermoso que contemplar las ganas, la entrega, la pasión y la energía con que muchos jóvenes viven la vida. Esto es hermoso, y, ¿de dónde viene esta belleza? Cuando Jesús toca el corazón de un joven, de una joven, este es capaz de actos verdaderamente grandiosos. Es

estimulante escucharlos, compartir sus sueños, sus interrogantes y sus ganas de rebelarse contra todos aquellos que dicen que las cosas no pueden cambiar. Esos a los que yo llamo los «quietistas»: «Nada puede cambiar». No, los jóvenes tienen la fuerza de oponerse a estos. Pero, posiblemente, algunos no están seguros de esto... Yo les hago una pregunta, ustedes me respondan: -«Las cosas, ¿se pueden cambiar?» -«Sí» [responden los jóvenes]. -«No se oye», -«Sí» [repiten]. Es un regalo del cielo poder verlos a muchos de ustedes que, con sus cuestionamientos, buscan hacer que las cosas sean diferentes. Es lindo, y me conforta el corazón, verlos tan revoltosos. La Iglesia hoy los mira -diría más: el mundo hoy los mira- y quiere aprender de ustedes, para renovar su confianza en que la Misericordia del Padre tiene rostro siempre joven y no deja de invitarnos a ser parte de su Reino, que es un Reino de alegría, es un Reino siempre de felicidad, es un Reino que siempre nos lleva adelante, es un Reino capaz de darnos la fuerza de cambiar las cosas. Yo me he olvidado, les repito la pregunta: -«Las cosas, ¿se pueden cambiar?» -«Sí» [responden]. De acuerdo.

Conociendo la pasión que ustedes le ponen a la misión, me animo a repetir: la misericordia siempre tiene rostro joven. Porque un corazón misericordioso se anima a salir de su comodidad; un corazón misericordioso sabe ir al encuentro de los demás, logra abrazar a todos. Un corazón misericordioso sabe ser refugio para los que nunca tuvieron casa o la han perdido, sabe construir hogar y familia para aquellos que han tenido que emigrar, sabe de ternura y compasión. Un corazón misericordioso, sabe compartir el pan con el que tiene hambre, un corazón misericordioso se abre para recibir al prófugo y al emigrante. Decir misericordia junto a ustedes, es decir oportunidad, es decir mañana, es decir compromiso, es decir confianza, es decir apertura, hospitalidad, compasión, es decir sueños. Pero ustedes, ¿son capaces de soñar? -«Sí». Y cuando el corazón es abierto y capaz de soñar, hay espacio para la misericordia, hay espacio para acariciar a los que sufren, hay espacio para ponerse junto aquellos que no tienen paz en el corazón y les falta lo necesario para vivir, o no tiene la cosa más hermosa: La fe. Misericordia. Digamos juntos esta palabra: «Misericordia». -Todos: «Misericordia», -otra vez: «Misericordia», -otra vez para que el mundo nos oiga: «Misericordia».

También quiero confesarles otra cosa que aprendí en estos años. No quiero ofender a nadie, pero me genera dolor encontrar a jóvenes que parecen haberse «jubilado» antes de tiempo. Esto me hace sufrir. Jóvenes que parece que se hayan jubilado con 23, 24, 25 años. Esto me produce dolor. Me preocupa ver a jóvenes que «tiraron la toalla» antes de empezar el partido. Que se han «rendido» sin haber comenzado a jugar. Me produce dolor el ver a jóvenes que caminan con rostros tristes, como si su vida no valiera. Son jóvenes esencialmente aburridos... y aburridores. Que aburren a los demás, y esto me produce dolor. Es difícil, y a su vez cuestionador, por otro lado, ver a jóvenes que dejan la vida buscando

el «vértigo», o esa sensación de sentirse vivos por caminos oscuros, que al final terminan «pagando»...y pagando caro. Piensen en tantos jóvenes, que ustedes conocen, que eligieron este camino. Cuestiona ver cómo hay jóvenes que pierden hermosos años de su vida y sus energías corriendo detrás de vendedores de falsas ilusiones –en mi tierra natal diríamos «vendedores de humo»–, que les roban lo mejor de ustedes mismos. Y esto me hace sufrir. Yo estoy seguro de que hoy, entre ustedes, no hay ninguno de esos, pero quiero decirles: Existen los jóvenes jubilados, jóvenes que tiran la toalla antes del partido, hay jóvenes que entran en el vértigo con las falsas ilusiones y terminan en la nada.

Por eso, queridos amigos, nos hemos reunidos para ayudarnos unos a otros porque no queremos dejarnos robar lo mejor de nosotros mismos, no queremos permitir que nos roben las energías, que nos roben la alegría, que nos roben los sueños, con falsas ilusiones.

Queridos amigos, les pregunto: ¿Quieren para sus vidas ese vértigo alienante o quieren sentir esa fuerza que los haga sentirse vivos, plenos? ¿Vértigo alienante o fuerza de la gracia? –«¿Qué quieren?: ¿Vértigo alienante o fuerza de plenitud?». –«Fuerza de plenitud». –«No se oye bien». –«Fuerza de plenitud». Para ser plenos, para tener vida renovada, hay una respuesta; hay una respuesta que no se vende ni se compra, una respuesta que no es una cosa, que no es un objeto, es una persona, se llama Jesucristo. Les pregunto: Jesucristo, ¿se puede comparar? –«No». Jesucristo, ¿se vende en las tiendas? –«No». Jesucristo es un don, un regalo del Padre, el don de nuestro Padre. –¿Quién es Jesucristo? Todos: –«Jesucristo es un don». –Todos: –«Es un don». –Es el regalo del Padre.

Jesucristo es quien sabe darle verdadera pasión a la vida, Jesucristo es quien nos mueve a no conformarnos con poco y nos lleva a dar lo mejor de nosotros mismos; es Jesucristo quien nos cuestiona, nos invita y nos ayuda a levantarnos cada vez que nos damos por vencidos. Es Jesucristo quien nos impulsa a levantar la mirada y a soñar alto. «Pero padre –me puede decir alguno– es tan difícil soñar alto, es tan difícil subir, estar siempre subiendo. Padre, yo soy débil, yo caigo, yo me esfuerzo pero muchas veces me vengo abajo». Los alpinos, cuando suben una montaña, cantan una canción muy bonita, que dice así: «En el arte de subir, lo que importa no es no caer, sino no quedarse caído». Si tú eres débil, si tú caes, mira un poco en alto y verás la mano tendida de Jesús que te dice: –«levántate, ven conmigo». –«¿Y si lo hago otra vez?» –También. –«¿Y si lo hago otra vez?» –También. Pedro preguntó una vez al Señor: «Señor, ¿Cuántas veces?» –«Setenta veces siete». La mano de Jesús está siempre tendida para levantarnos, cuando nosotros caemos. ¿Lo han entendido?: –«Sí».

En el Evangelio hemos escuchado que Jesús, mientras se dirige a Jerusalén, se detiene en una casa –la de Marta, María y Lázaro– que lo acoge. De camino, entra en su casa para estar con ellos; las dos mujeres reciben al que saben que es

capaz de conmoverse. Las múltiples ocupaciones nos hacen ser como Marta: activos, dispersos, constantemente yendo de acá para allá...; pero también solemos ser como María: ante un buen paisaje, o un video que nos manda un amigo al móvil, nos quedamos pensativos, en escucha. En estos días de la Jornada, Jesús quiere entrar en nuestra casa: en tu casa, en mi casa, en el corazón de cada uno de nosotros; Jesús verá nuestras preocupaciones, nuestro andar acelerado, como lo hizo con Marta... y esperará que lo escuchemos como María; que, en medio del trajinar, nos animemos a entregarnos a él. Que sean días para Jesús, dedicados a escucharnos, a recibirlo en aquellos con quienes comparto la casa, la calle, el club o el colegio.

Y quien acoge a Jesús, aprende a amar como Jesús. Entonces él nos pregunta si queremos una vida plena. Y yo en su nombre les pregunto: ustedes, ¿ustedes quieren una vida plena? Empieza desde este momento por dejarte conmover. Porque la felicidad germina y aflora en la misericordia: esa es su respuesta, esa es su invitación, su desafío, su aventura: la misericordia. La misericordia tiene siempre rostro joven; como el de María de Betania sentada a los pies de Jesús como discípula, que se complace en escucharlo porque sabe que ahí está la paz. Como el de María de Nazareth, lanzada con su «sí» a la aventura de la misericordia, y que será llamada feliz por todas las generaciones, llamada por todos nosotros «la Madre de la Misericordia». Invoquémosla todos juntos. Todos: María, Madre de la Misericordia.

Entonces, todos juntos, le pedimos al Señor –cada uno repita en silencio en su corazón–: Señor lánzanos a la aventura de la misericordia. Lánzanos a la aventura de construir puentes y derribar muros (cercos y alambradas), lánzanos a la aventura de socorrer al pobre, al que se siente solo y abandonado, al que ya no le encuentra sentido a su vida. Lánzanos a acompañar a aquellos que no te conocen y a decirles lentamente y con mucho respeto tu Nombre, el porqué de mi fe. Impúlsanos a la escucha, como María de Betania, de quienes no comprendemos, de los que vienen de otras culturas, otros pueblos, incluso de aquellos a los que tememos porque creemos que pueden hacernos daño. Haznos volver nuestro rostro, como María de Nazareth con Isabel, que volvamos nuestras miradas a nuestros ancianos, a nuestros abuelos, para aprender de su sabiduría. Yo les pregunto: –«¿Hablan ustedes con sus abuelos?» –«Sí». –«Así, así...» Busquen a sus abuelos, ellos tienen la sabiduría de la vida y les dirán cosas que conmoverán su corazón.

Aquí estamos, Señor. Envíanos a compartir tu Amor Misericordioso. Queremos recibirte en esta Jornada Mundial de la Juventud, queremos confirmar que la vida es plena cuando se la vive desde la misericordia, y que esa es la mejor parte, es la parte más dulce, es la parte que nunca nos será quitada. Amén.

**Discurso del Papa Francisco
durante la vigilia de oración con los jóvenes
en el Viaje Apostólico a Polonia con ocasión de
la XXXI Jornada Mundial de la Juventud (27-31 de julio de 2016)**

Campus Misericordiae, Cracovia. Sábado 30 de julio de 2016

Queridos jóvenes, buenas tardes.

Es bello estar aquí con vosotros en esta Vigilia de oración.

Al terminar su valiente y conmovedor testimonio, Rand nos pedía algo. Nos decía: «Pido encarecidamente que recéis por mi amado país». Una historia marcada por la guerra, el dolor, la pérdida, que finaliza con una petición: la oración. Qué mejor que empezar nuestra vigilia rezando.

Venimos desde distintas partes del mundo, de continentes, países, lenguas, culturas, pueblos diferentes. Somos «hijos» de naciones que quizá pueden estar enfrentadas luchando por diversos conflictos, o incluso estar en guerra. Otros venimos de países que pueden estar en «paz», que no tienen conflictos bélicos, donde muchas de las cosas dolorosas que suceden en el mundo sólo son parte de las noticias y de la prensa. Pero seamos conscientes de una realidad: para nosotros, hoy y aquí, provenientes de distintas partes del mundo, el dolor, la guerra que viven muchos jóvenes, deja de ser anónima, para nosotros deja de ser una noticia de prensa, tiene nombre, tiene rostro, tiene historia, tiene cercanía. Hoy la guerra en Siria, es el dolor y el sufrimiento de tantas personas, de tantos jóvenes como la valiente Rand, que está aquí entre nosotros pidiéndonos que recemos por su amado país.

Existen situaciones que nos pueden resultar lejanas hasta que, de alguna manera, las tocamos. Hay realidades que no comprendemos porque sólo las vemos a través de una pantalla (del celular o de la computadora). Pero cuando tomamos contacto con la vida, con esas vidas concretas no ya mediatizadas por las pantallas, entonces nos pasa algo importante, sentimos la invitación a involucrarnos: «No más ciudades olvidadas», como dice Rand: ya nunca puede haber hermanos «rodeados de muerte y homicidios» sintiendo que nadie los va a ayudar. Queridos amigos, os invito a rezar juntos por el sufrimiento de tantas víctimas de la guerra, de esta guerra que hoy existe en el mundo, para que de una vez por todas podamos comprender que nada justifica la sangre de un hermano, que nada es más valioso que la persona que tenemos al lado. Y, en este ruego de oración, también quiero dar las gracias a Natalia y a Miguel, porque también nos han compartido sus batallas, sus guerras interiores. Nos han mostrado sus luchas y cómo hicieron para superarlas. Son signo vivo de lo que la misericordia quiere hacer en nosotros.

Nosotros no vamos a gritar ahora contra nadie, no vamos a pelear, no queremos destruir, no queremos insultar. Nosotros no queremos vencer el odio con

más odio, vencer la violencia con más violencia, vencer el terror con más terror. Nosotros hoy estamos aquí porque el Señor nos ha convocado. Y nuestra respuesta a este mundo en guerra tiene un nombre: se llama fraternidad, se llama hermandad, se llama comunión, se llama familia. Celebramos el venir de culturas diferentes y nos unimos para rezar. Que nuestra mejor palabra, que nuestro mejor discurso, sea unirnos en oración. Hagamos un rato de silencio y recemos; pongamos ante el Señor los testimonios de estos amigos, identifiquémonos con aquellos para quienes «la familia es un concepto inexistente, y la casa sólo un lugar donde dormir y comer», o con quienes viven con el miedo de creer que sus errores y pecados los han dejado definitivamente afuera. Pongamos también las «guerras», vuestras guerras y las nuestras, las luchas que cada uno trae consigo, dentro de su corazón. Y, para ello, para estar en familia, en hermandad, todos juntos, os invito a levantaros, a daros la mano y a rezar en silencio. A todos.

[Silencio]

Mientras rezábamos, me venía la imagen de los Apóstoles el día de Pentecostés. Una escena que nos puede ayudar a comprender todo lo que Dios sueña hacer en nuestra vida, en nosotros y con nosotros. Aquel día, los discípulos estaban encerrados por miedo. Se sentían amenazados por un entorno que los perseguía, que los arrinconaba en una pequeña habitación, obligándolos a permanecer quietos y paralizados. El temor se había apoderado de ellos. En ese contexto, pasó algo espectacular, algo grandioso. Vino el Espíritu Santo y unas lenguas como de fuego se posaron sobre cada uno, impulsándolos a una aventura que jamás habrían soñado. Así, las cosas cambian totalmente.

Hemos escuchado tres testimonios, hemos tocado con nuestros corazones sus historias, sus vidas. Hemos visto cómo ellos, al igual que los discípulos, han vivido momentos similares, han pasado momentos donde se llenaron de miedo, donde parecía que todo se derrumbaba. El miedo y la angustia que nace de saber que al salir de casa uno puede no volver a ver a los seres queridos, el miedo a no sentirse valorado ni querido, el miedo a no tener otra oportunidad. Ellos nos compartieron la misma experiencia que tuvieron los discípulos, han experimentado el miedo que sólo conduce a un sitio. ¿A dónde nos lleva el miedo? Al encierro. Y cuando el miedo se acovacha en el encierro siempre va acompañado por su «hermana gemela»: la parálisis, sentirnos paralizados. Sentir que en este mundo, en nuestras ciudades, en nuestras comunidades, no hay ya espacio para crecer, para soñar, para crear, para mirar horizontes, en definitiva para vivir, es de los peores males que se nos puede meter en la vida, especialmente en la juventud. La parálisis nos va haciendo perder el encanto de disfrutar del encuentro, de la amistad; el encanto de soñar juntos, de caminar con otros. Nos aleja de los otros, nos impide dar la mano, como hemos visto [en la coreografía], todos encerrados en esas cabinas de cristal.

Pero en la vida hay otra parálisis todavía más peligrosa y muchas veces difícil de identificar; y que nos cuesta mucho descubrir. Me gusta llamarla la parálisis que nace cuando se confunde «felicidad» con un «sofá/kanapa (canapé)». Sí, creer que para ser feliz necesitamos un buen sofá/canapé. Un sofá que nos ayude a estar cómodos, tranquilos, bien seguros. Un sofá -como los que hay ahora, modernos, con masajes adormecedores incluidos- que nos garantiza horas de tranquilidad para trasladarnos al mundo de los videojuegos y pasar horas frente a la computadora. Un sofá contra todo tipo de dolores y temores. Un sofá que nos haga quedarnos cerrados en casa, sin fatigarnos ni preocuparnos. La «sofá-felicidad», «kanapa-szczęście», es probablemente la parálisis silenciosa que más nos puede perjudicar, que más puede arruinar a la juventud. Y, Padre, ¿por qué sucede esto? Porque poco a poco, sin darnos cuenta, nos vamos quedando dormidos, nos vamos quedando embobados y atontados. El otro día hablaba de los jóvenes que se jubilan a los 20 años; hoy hablo de los jóvenes adormentados, embobados y atontados, mientras otros -quizás los más vivos, pero no los más buenos- deciden el futuro por nosotros. Es cierto, para muchos es más fácil y beneficioso tener a jóvenes embobados y atontados que confunden felicidad con un sofá; para muchos, eso les resulta más conveniente que tener jóvenes despiertos, inquietos respondiendo al sueño de Dios y a todas las aspiraciones del corazón. Os pregunto a vosotros: ¿Queréis ser jóvenes adormentados, embobados y atontados? [«No»]. ¿Queréis que otros decidan el futuro por vosotros? [«No»]. ¿Queréis ser libres? [«Sí»]. ¿Queréis estar despiertos? [«Sí»]. ¿Queréis luchar por vuestro futuro? [«Sí»]. No os veo demasiado convencidos... ¿Queréis luchar por vuestro futuro? [«Sí»].

Pero la verdad es otra: queridos jóvenes, no vinimos a este mundo a «vegetar», a pasarla cómodamente, a hacer de la vida un sofá que nos adormezca; al contrario, hemos venido a otra cosa, a dejar una huella. Es muy triste pasar por la vida sin dejar una huella. Pero cuando optamos por la comodidad, por confundir felicidad con consumir, entonces el precio que pagamos es muy, pero que muy caro: perdemos la libertad. No somos libres de dejar una huella. Perdemos la libertad. Este es el precio. Y hay mucha gente que quiere que los jóvenes no sean libres; tanta gente que no os quiere bien, que os quiere atontados, embobados, adormecidos, pero nunca libres. No, ¡esto no! Debemos defender nuestra libertad.

Ahí está precisamente una gran parálisis, cuando comenzamos a pensar que felicidad es sinónimo de comodidad, que ser feliz es andar por la vida dormido o narcotizado, que la única manera de ser feliz es ir como atontado. Es cierto que la droga hace mal, pero hay muchas otras drogas socialmente aceptadas que nos terminan volviendo tanto o más esclavos. Unas y otras nos despojan de nuestro mayor bien: la libertad. Nos despojan de la libertad.

Amigos, Jesús es el Señor del riesgo, es el Señor del siempre «más allá». Jesús no

es el Señor del confort, de la seguridad y de la comodidad. Para seguir a Jesús, hay que tener una cuota de valentía, hay que animarse a cambiar el sofá por un par de zapatos que te ayuden a caminar por caminos nunca soñados y menos pensados, por caminos que abran nuevos horizontes, capaces de contagiar alegría, esa alegría que nace del amor de Dios, la alegría que deja en tu corazón cada gesto, cada actitud de misericordia. Ir por los caminos siguiendo la «locura» de nuestro Dios que nos enseña a encontrarlo en el hambriento, en el sediento, en el desnudo, en el enfermo, en el amigo caído en desgracia, en el que está preso, en el prófugo y el emigrante, en el vecino que está solo. Ir por los caminos de nuestro Dios que nos invita a ser actores políticos, pensadores, movilizadores sociales. Que nos incita a pensar en una economía más solidaria que esta. En todos los ámbitos en los que nos encontremos, ese amor de Dios nos invita llevar la Buena Nueva, haciendo de la propia vida una entrega a él y a los demás. Esto significa ser valerosos, esto significa ser libres.

Pueden decirme: «Padre, pero eso no es para todos, sólo es para algunos elegidos». Sí, es cierto, y estos elegidos son todos aquellos que están dispuestos a compartir su vida con los demás. De la misma manera que el Espíritu Santo transformó el corazón de los discípulos el día de Pentecostés -estaban paralizados-, lo hizo también con nuestros amigos que compartieron sus testimonios. Uso tus palabras, Miguel, tú nos decías que el día que en la Facenda te encomendaron la responsabilidad de ayudar a que la casa funcionara mejor, ahí comenzaste a entender que Dios pedía algo de ti. Así comenzó la transformación.

Ese es el secreto, queridos amigos, que todos estamos llamados a experimentar. Dios espera algo de ti. ¿Lo habéis entendido? Dios quiere algo de ti, Dios te espera a ti. Dios viene a romper nuestras clausuras, viene a abrir las puertas de nuestras vidas, de nuestras visiones, de nuestras miradas. Dios viene a abrir todo aquello que te encierra. Te está invitando a soñar, te quiere hacer ver que el mundo contigo puede ser distinto. Eso sí, si tú no pones lo mejor de ti, el mundo no será distinto. Es un reto.

El tiempo que hoy estamos viviendo no necesita jóvenes-sofá, *młodzi-kanapowi*, sino jóvenes con zapatos; mejor aún, con los botines puestos. Este tiempo sólo acepta jugadores titulares en la cancha, no hay espacio para suplentes. El mundo de hoy pide que seáis protagonistas de la historia porque la vida es linda siempre y cuando queramos vivirla, siempre y cuando queramos dejar una huella. La historia nos pide hoy que defendamos nuestra dignidad y no dejemos que sean otros los que decidan nuestro futuro. ¡No! Nosotros debemos decidir nuestro futuro; vosotros, vuestro futuro. El Señor, al igual que en Pentecostés, quiere realizar uno de los mayores milagros que podamos experimentar: hacer que tus manos, mis manos, nuestras manos se transformen en signos de reconciliación, de comunión, de creación. Él quiere tus manos para seguir construyendo el mundo

de hoy. Él quiere construirlo contigo. Y tú, ¿qué respondes? ¿Qué respondes tú? ¿Sí o no? [«Sí»].

Me dirás, Padre, pero yo soy muy limitado, soy pecador, ¿qué puedo hacer? Cuando el Señor nos llama no piensa en lo que somos, en lo que éramos, en lo que hemos hecho o de dejado de hacer. Al contrario: él, en ese momento que nos llama, está mirando todo lo que podríamos dar, todo el amor que somos capaces de contagiar. Su apuesta siempre es al futuro, al mañana. Jesús te proyecta al horizonte, nunca al museo.

Por eso, amigos, hoy Jesús te invita, te llama a dejar tu huella en la vida, una huella que marque la historia, que marque tu historia y la historia de tantos.

La vida de hoy nos dice que es mucho más fácil fijar la atención en lo que nos divide, en lo que nos separa. Pretenden hacernos creer que encerrarnos es la mejor manera para protegernos de lo que nos hace mal. Hoy los adultos -nosotros, los adultos- necesitamos de vosotros, que nos enseñéis -como vosotros hacéis hoy- a convivir en la diversidad, en el diálogo, en compartir la multiculturalidad, no como una amenaza, sino como una oportunidad. Y vosotros sois una oportunidad para el futuro. Tened valentía para enseñarnos, tened la valentía de enseñarnos que es más fácil construir puentes que levantar muros. Necesitamos aprender esto. Y todos juntos pidamos que nos exijáis transitar por los caminos de la fraternidad. Que seáis vosotros nuestros acusadores cuando nosotros elegimos la vía de los muros, la vía de la enemistad, la vía de la guerra. Construir puentes: ¿Sabéis cuál es el primer puente que se ha de construir? Un puente que podemos realizarlo aquí y ahora: estrecharnos la mano, darnos la mano. Ánimo, hacedlo ahora. Construid este puente humano, daos la mano, todos: es el puente primordial, es el puente humano, es el primero, es el modelo. Siempre existe el riesgo -lo he dicho el otro día- de quedarse con la mano tendida, pero en la vida hay que arriesgar; quien no arriesga no triunfa. Con este puente, vayamos adelante. Levantad aquí este puente primordial: daos la mano. Gracias. Es el gran puente fraterno, y ojalá aprendan a hacerlo los grandes de este mundo... pero no para la fotografía -cuando se dan la mano y piensan en otra cosa-, sino para seguir construyendo puentes más y más grandes. Que éste puente humano sea semilla de tantos otros; será una huella.

Hoy Jesús, que es el camino, te llama a ti, a ti, a ti [señala a cada uno] a dejar tu huella en la historia. Él, que es la vida, te invita a dejar una huella que llene de vida tu historia y la de tantos otros. Él, que es la verdad, te invita a abandonar los caminos del desencuentro, la división y el sinsentido. ¿Te animas? [«Sí»]. ¿Qué responden -lo quiero ver- tus manos y tus pies al Señor, que es camino, verdad y vida? ¿Estás dispuesto? [«Sí»]. Que el Señor bendiga vuestros sueños. Gracias.

**Discurso del Papa Francisco
a los participantes en el seminario de actualización
para Obispos de los territorios de misión**

Sala Clementina.

Queridos hermanos:

El seminario de actualización para los obispos nombrados recientemente, promovido por la Congregación para la evangelización de los pueblos, me ofrece la grata ocasión de encontrarme con vosotros y saludaros uno por uno. Agradezco al cardenal Fernando Filoni sus palabras y todo el trabajo que realiza con los colaboradores del dicasterio.

Al venir a Roma en este Año Santo de la Misericordia, os habéis unido a muchos peregrinos de todas las partes del mundo: esta experiencia nos hace mucho bien, a todos; nos hace sentir que todos somos peregrinos, peregrinos de la misericordia, todos necesitamos la gracia de Cristo para ser misericordiosos como el Padre. Cada obispo experimenta en primera persona esta realidad y, como vicario del «Pastor grande de las ovejas» (cf. *Heb* 13, 20), está llamado a manifestar con la vida y el ministerio episcopal la paternidad de Dios, la bondad, la solicitud, la misericordia, la dulzura, y también la autoridad de Cristo, que vino para dar la vida y para hacer de todos los hombres una sola familia, reconciliada en el amor del Padre. Cada uno de vosotros ha sido puesto como Pastor en su diócesis para guiar a la Iglesia de Dios en el nombre del Padre, de quien hacéis presente su imagen; en el nombre de Jesucristo su Hijo, por quien habéis sido constituidos maestros, sacerdotes y guías, y en el nombre del Espíritu Santo, que da vida a la Iglesia (cf. Exhort. ap. postsinodal *Pastores gregis*, 7).

Los lugares de los cuales provenís son diversos y distantes entre sí, y pertenecen a la gran constelación de los así llamados «territorios de misión». Por lo tanto, cada uno de vosotros tiene el gran privilegio y al mismo tiempo la responsabilidad de estar en primera fila en la evangelización. A imagen del Buen Pastor, estáis invitados a cuidar el rebaño e ir en busca de las ovejas, especialmente de las alejadas o perdidas; a buscar también nuevas modalidades para el anuncio, para ir al encuentro de las personas; a ayudar a quien ha recibido el don del Bautismo a crecer en la fe, para que los creyentes, incluso los «tibios» o no practicantes, descubran nuevamente la alegría de la fe y una fecundidad evangelizadora (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 11). Por ello os aliento a ir al encuentro también de las ovejas que no pertenecen aún al rebaño de Cristo: en efecto, «la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado» (*ibid.*, 14).

En la obra misionera podéis contar con diversos colaboradores. Muchos fieles

laicos, inmersos en un mundo marcado por contradicciones e injusticias, están dispuestos a buscar al Señor y a dar testimonio de Él. Corresponde en primer lugar al obispo alentar, acompañar y estimular todos los intentos y los esfuerzos que ya se hacen para mantener viva la esperanza y la fe. Las Iglesias jóvenes de las cuales sois Pastores se caracterizan por la presencia de un clero local en muchas ocasiones numeroso, en otros casos escaso o incluso exiguo. En cada caso, os invito a prestar atención a la preparación de los presbíteros en los años de seminario, sin dejar de acompañarles en la formación permanente después de la ordenación. Ofrecedles un ejemplo concreto y tangible. Siempre que os sea posible, tratad de participar con ellos en los principales momentos formativos, prestando atención también a la dimensión personal. No os olvidéis de que el prójimo más próximo del obispo es el presbítero. Cada presbítero debe sentir la cercanía de su obispo. Cuando un obispo recibe una llamada telefónica del presbítero, o le llega una carta, debe responder de inmediato, inmediatamente. Ese mismo día, si es posible. Pero esa cercanía debe comenzar en el seminario, en la formación, y continuar. El prójimo más próximo del obispo es el presbítero.

El dinamismo del sacramento del Orden, la vocación misma y la misión episcopal, así como el deber de seguir atentamente los problemas y las cuestiones concretas de la sociedad por evangelizar, piden a cada obispo que tienda hacia la plenitud de la madurez de Cristo (cf. *Ef*4, 13). Que también a través del testimonio de la propia madurez humana, espiritual e intelectual, centrada en la caridad pastoral, resplandezca cada vez más claramente en vosotros la caridad de Cristo y la solicitud de la Iglesia hacia todos los hombres.

Vigilad atentamente para que todo esto que se pone en práctica para la evangelización y las diversas actividades pastorales de las cuales sois promotores no sufra daños o se frustre a causa de divisiones ya presentes o que se pueden crear. Las divisiones son el arma que el diablo tiene más al alcance de la mano para destruir a la Iglesia desde dentro. Tiene dos armas, pero la principal es la división; la otra es el dinero. El diablo entra por los bolsillos y destruye con la lengua, con las habladurías que dividen, y el hábito de criticar es un hábito de «terrorismo». El que critica es un «terrorista» que lanza la bomba -la crítica- para destruir. Por favor, luchad contra las divisiones, porque es una de las armas que tiene el diablo para destruir la Iglesia local y la Iglesia universal. En particular, las diferencias debidas a las varias etnias presentes en un mismo territorio no deben penetrar en las comunidades cristianas hasta prevalecer sobre su bien. Hay desafíos difíciles de resolver, pero con la gracia de Dios, la oración y la penitencia, se puede. La Iglesia está llamada a saber situarse siempre por encima de las connotaciones tribales-culturales y el obispo, visible principio de unidad, tiene la tarea de edificar incesantemente la Iglesia particular en la comunión de todos sus miembros.

Queridos hermanos, estoy seguro de que cuanto habéis podido compartir du-

rante estos días ayudará a cada uno a llevar adelante con entusiasmo el propio ministerio. Cuidad el pueblo de Dios que se os ha confiado, cuidad a los presbíteros, cuidad a los seminaristas. Este es vuestro trabajo. Que María nuestra Madre os proteja y os sostenga. De mi parte, os aseguro mi oración; y también vosotros, por favor, rezad por mí, también yo lo necesito.

**Palabras del Papa Francisco
durante la visita a Asís para la Jornada Mundial de Oración por la Paz
"Sed de paz, religiones y culturas en diálogo"**

Asís. Martes, 20 de septiembre de 2016

MEDITACIÓN

Ante Jesús crucificado, resuenan también para nosotros sus palabras: «Tengo sed» (*Jn 19,28*). La sed es, aún más que el hambre, la necesidad extrema del ser humano, pero además representa la miseria extrema. Contemplemos de este modo el misterio del Dios Altísimo, que se hizo, por misericordia, pobre entre los hombres.

¿De qué tiene sed el Señor? Ciertamente de agua, elemento esencial para la vida. Pero sobre todo de amor, elemento no menos esencial para vivir. Tiene sed de darnos el agua viva de su amor, pero también de recibir nuestro amor. El profeta Jeremías habló de la complacencia de Dios por nuestro amor: «Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia» (*Jer 2,2*). Pero dio también voz al sufrimiento divino, cuando el hombre, ingrato, abandonó el amor, cuando -parece que nos quiere decir también hoy el Señor- «me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen agua» (v. 13). Es el drama del «corazón árido», del amor no correspondido, un drama que se renueva en el Evangelio, cuando a la sed de Jesús el hombre responde con el vinagre, que es un vino malogrado. Así, proféticamente, se lamentaba el salmista: «Para mi sed me dieron vinagre» (*Sal 69,22*).

«El amor no es amado»; según algunos relatos esta era la realidad que turbaba a san Francisco de Asís. Él, por amor del Señor que sufre, no se avergonzaba de llorar y de lamentarse a alta voz (cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 1413). Debemos tomar en serio esta misma realidad cuando contemplamos a Dios crucificado, sediento de amor. La Madre Teresa de Calcuta quiso que, en todas las capillas de sus comunidades, cerca del crucifijo, estuviese escrita la frase «tengo sed». Su respuesta fue la de saciar la sed de amor de Jesús en la cruz mediante el servicio a los más pobres entre los pobres. En efecto, la sed del Señor se calma con nuestro amor compasivo, es consolado cuando, en su nombre, nos inclinamos sobre las miserias de los demás. En el juicio llamará «benditos» a cuantos hayan dado de beber al que tenía sed, a cuantos hayan ofrecido amor concreto a quien estaba en la necesidad: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt 25,40*).

Las palabras de Jesús nos interpelan, piden que encuentren lugar en el corazón y sean respondidas con la vida. En su «tengo sed», podemos escuchar la voz de los que sufren, el grito escondido de los pequeños inocentes a quienes se les ha nega-

do la luz de este mundo, la súplica angustiada de los pobres y de los más necesitados de paz. Imploran la paz las víctimas de las guerras, las cuales contaminan los pueblos con el odio y la Tierra con las armas; imploran la paz nuestros hermanos y hermanas que viven bajo la amenaza de los bombardeos o son obligados a dejar su casa y a emigrar hacia lo desconocido, despojados de todo. Todos estos son hermanos y hermanas del Crucificado, los pequeños de su Reino, miembros heridos y resecos de su carne. Tienen sed. Pero a ellos se les da a menudo, como a Jesús, el amargo vinagre del rechazo. ¿Quién los escucha? ¿Quién se preocupa de responderles? Ellos encuentran demasiadas veces el silencio ensordecedor de la indiferencia, el egoísmo de quien está harto, la frialdad de quien apaga su grito de ayuda con la misma facilidad con la que se cambia de canal en televisión.

Ante Cristo crucificado, «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24), nosotros los cristianos estamos llamados a contemplar el misterio del Amor no amado, y a derramar misericordia sobre el mundo. En la Cruz, árbol de vida, el mal ha sido transformado en bien; también nosotros, discípulos del Crucificado, estamos llamados a ser «árboles de vida», que absorben la contaminación de la indiferencia y restituyen al mundo el oxígeno del amor. Del costado de Cristo en la cruz brotó agua, símbolo del Espíritu que da la vida (cf Jn 19,34); que del mismo modo, de nosotros sus fieles, brote también compasión para todos los sedientos de hoy.

Que el Señor nos conceda, como a María junto a la cruz, estar unidos a él y cerca del que sufre. Acercándonos a cuantos hoy viven como crucificados y recibiendo la fuerza para amar del Señor Crucificado y resucitado, crecerá aún más la armonía y la comunión entre nosotros. «Él es nuestra paz» (Ef 2,14), él que ha venido a anunciar la paz a los de cerca y a los de lejos (Cf. v. 17). Que nos guarde a todos en el amor y nos reúna en la unidad, hacia la que caminamos, para que lleguemos a ser lo que él desea: «Que todos sean uno» (Jn 17,21).

DISCURSO

Santidades, Ilustres Representantes de las Iglesias, de las Comunidades cristianas y de las Religiones, queridos hermanos y hermanas:

Os saludo con gran respeto y afecto, y os agradezco vuestra presencia. Doy las gracias a la Comunidad de Sant'Egidio, a la Diócesis de Asís y a las Familias Franciscanas que han preparado esta jornada de oración. Hemos venido a Asís como peregrinos en busca de paz. Llevamos dentro de nosotros y ponemos ante Dios las esperanzas y las angustias de muchos pueblos y personas. Tenemos sed de paz, queremos ser testigos de la paz, tenemos sobre todo necesidad de orar por la paz, porque la paz es un don de Dios y a nosotros nos corresponde invocarla, acogerla y construirla cada día con su ayuda.

«Bienaventurados los que trabajan por la paz» (Mt 5,9). Muchos de vosotros

habéis recorrido un largo camino para llegar a este lugar bendito. Salir, ponerse en camino, encontrarse juntos, trabajar por la paz: no sólo son movimientos físicos, sino sobre todo del espíritu, son respuestas espirituales concretas para superar la cerrazón abriéndose a Dios y a los hermanos. Dios nos lo pide, exhortándonos a afrontar la gran enfermedad de nuestro tiempo: la indiferencia. Es un virus que paraliza, que vuelve inertes e insensibles, una enfermedad que ataca el centro mismo de la religiosidad, provocando un nuevo y triste paganismo: el *paganismo de la indiferencia*.

No podemos permanecer indiferentes. Hoy el mundo tiene una ardiente sed de paz. En muchos países se sufre por las guerras, con frecuencia olvidadas, pero que son siempre causa de sufrimiento y de pobreza. En Lesbos, con el querido Patriarca ecuménico Bartolomé, he visto en los ojos de los refugiados el dolor de la guerra, la angustia de pueblos sedientos de paz. Pienso en las familias, cuyas vidas han sido alteradas; en los niños, que en su vida sólo han conocido la violencia; en los ancianos, obligados a abandonar sus tierras: todos ellos tienen una gran sed de paz. No queremos que estas tragedias caigan en el olvido. Juntos deseamos dar voz a los que sufren, a los que no tienen voz y no son escuchados. Ellos saben bien, a menudo mejor que los poderosos, que no hay futuro en la guerra y que la violencia de las armas destruye la alegría de la vida.

Nosotros no tenemos armas. Pero creemos en la fuerza mansa y humilde de la oración. En esta jornada, la sed de paz se ha transformado en una invocación a Dios, para que cesen las guerras, el terrorismo y la violencia. La paz que invocamos desde Asís no es una simple protesta contra la guerra, ni siquiera «el resultado de negociaciones, compromisos políticos o acuerdos económicos, sino resultado de la oración» (Juan Pablo II, *Discurso*, Basílica de Santa María de los Ángeles, 27 octubre 1986: *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española [2 noviembre 1986, 1]). Buscamos en Dios, fuente de la comunión, el agua clara de la paz, que anhela la humanidad: ella no puede brotar de los desiertos del orgullo y de los intereses particulares, de las tierras áridas del beneficio a cualquier precio y del comercio de las armas.

Nuestras tradiciones religiosas son diversas. Pero la diferencia no es para nosotros motivo de conflicto, de polémica o de frío desapego. Hoy no hemos orado los unos contra los otros, como por desgracia ha sucedido algunas veces en la historia. Por el contrario, sin sincretismos y sin relativismos, hemos rezado los unos con los otros, los unos por los otros. San Juan Pablo II dijo en este mismo lugar: «Acaso más que nunca en la historia ha sido puesto en evidencia ante todos el vínculo intrínseco que existe entre una actitud religiosa auténtica y el gran bien de la paz» (*Id.*, *Discurso*, Plaza de la Basílica inferior de San Francisco, 27 octubre 1986: *l.c.*, 11). Continuando el camino iniciado hace treinta años en Asís, donde está viva la memoria de aquel hombre de Dios y de paz que fue san Francisco,

«reunidos aquí una vez más, afirmamos que quien utiliza la religión para fomentar la violencia contradice su inspiración más auténtica y profunda» (*Id.*, *Discurso a los representantes de las Religiones*, Asís, 24 enero 2002), que ninguna forma de violencia representa «la verdadera naturaleza de la religión. Es más bien su deformación y contribuye a su destrucción» (Benedicto XVI, *Intervención en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo*, Asís, 27 octubre 2011). No nos cansamos de repetir que nunca se puede usar el nombre de Dios para justificar la violencia. Sólo la paz es santa. Sólo la paz es santa, no la guerra.

Hoy hemos implorado el don santo de la paz. Hemos orado para que las conciencias se movilicen y defiendan la sacralidad de la vida humana, promuevan la paz entre los pueblos y cuiden la creación, nuestra casa común. La oración y la colaboración concreta nos ayudan a no quedar encerrados en la lógica del conflicto y a rechazar las actitudes rebeldes de los que sólo saben protestar y enfadarse. La oración y la voluntad de colaborar nos comprometen a buscar una paz verdadera, no ilusoria: no la tranquilidad de quien esquivo las dificultades y mira hacia otro lado, cuando no se tocan sus intereses; no el cinismo de quien se lava las manos cuando los problemas no son suyos; no el enfoque virtual de quien juzga todo y a todos desde el teclado de un *ordenador*, sin abrir los ojos a las necesidades de los hermanos ni ensuciarse las manos para ayudar a quien tiene necesidad. Nuestro camino es el de sumergirnos en las situaciones y poner en el primer lugar a los que sufren; el de afrontar los conflictos y sanarlos desde dentro; el de recorrer con coherencia el camino del bien, rechazando los atajos del mal; el de poner en marcha pacientemente procesos de paz, con la ayuda de Dios y con la buena voluntad.

Paz, un hilo de esperanza, que une la tierra con el cielo, una palabra tan sencilla y difícil al mismo tiempo. Paz quiere decir *Perdón* que, fruto de la conversión y de la oración, nace de dentro y, en nombre de Dios, hace que se puedan sanar las heridas del pasado. Paz significa *Acogida*, disponibilidad para el diálogo, superación de la cerrazón, que no son estrategias de seguridad, sino puentes sobre el vacío. Paz quiere decir *Colaboración*, intercambio vivo y concreto con el otro, que es un don y no un problema, un hermano con quien tratar de construir un mundo mejor. Paz significa *Educación*: una llamada a aprender cada día el difícil arte de la comunión, a adquirir la cultura del encuentro, purificando la conciencia de toda tentación de violencia y de rigidez, contrarias al nombre de Dios y a la dignidad del hombre.

Aquí, nosotros, unidos y en paz, creemos y esperamos en un mundo fraterno. Deseamos que los hombres y las mujeres de religiones diferentes, allá donde se encuentren, se reúnan y susciten concordia, especialmente donde hay conflictos. Nuestro futuro es el de vivir juntos. Por eso, estamos llamados a liberarnos de las

pesadas cargas de la desconfianza, de los fundamentalismos y del odio. Que los creyentes sean *artesanos de paz* invocando a Dios y trabajando por los hombres. Y nosotros, como Responsables religiosos, estamos llamados a ser sólidos puentes de diálogo, mediadores creativos de paz. Nos dirigimos también a quienes tienen la más alta responsabilidad al servicio de los pueblos, a los *Líderes* de las Naciones, para que no se cansen de buscar y promover caminos de paz, mirando más allá de los intereses particulares y del momento: que no quede sin respuesta la llamada de Dios a las conciencias, el grito de paz de los pobres y las buenas esperanzas de las jóvenes generaciones. Aquí, hace treinta años, san Juan Pablo II dijo: «La paz es una cantera abierta a todos y no solamente a los especialistas, sabios y estrategas. La paz es una responsabilidad universal» (*Discurso*, Plaza de la Basílica inferior de San Francisco, 27 octubre 1986: *l.c.*, 11). Hermanas y hermanos, asumamos esta responsabilidad, reafirmemos hoy nuestro sí a ser, todos juntos, constructores de la paz que Dios quiere y de la que la humanidad está sedienta.

LLAMAMIENTO

Hombres y mujeres de distintas religiones hemos venido, como peregrinos, a la ciudad de San Francisco. En 1986, hace 30 años, e invitados por el Papa Juan Pablo II, Representantes religiosos de todo el mundo se reunieron aquí -por primera vez de una manera tan solemne y tan numerosos-, para afirmar el vínculo indisoluble entre el gran bien de la paz y una actitud auténticamente religiosa. Aquel evento histórico dio lugar a un largo peregrinaje que, pasando por muchas ciudades del mundo, ha involucrado a muchos creyentes en el diálogo y en la oración por la paz; ha unido sin confundir, dando vida a sólidas amistades interreligiosas y contribuyendo a la solución de no pocos conflictos. Este es el espíritu que nos anima: realizar el encuentro a través del diálogo, oponerse a cualquier forma de violencia y de abuso de la religión para justificar la guerra y el terrorismo. Y aun así, en estos años transcurridos, hay muchos pueblos que han sido gravemente heridos por la guerra. No siempre se ha comprendido que la guerra empeora el mundo, dejando una herencia de dolor y de odio. Con la guerra, todos pierden, incluso los vencedores.

Hemos dirigido nuestra oración a Dios, para que conceda la paz al mundo. Reconocemos la necesidad de orar constantemente por la paz, porque la oración protege el mundo y lo ilumina. La paz es el nombre de Dios. Quien invoca el nombre de Dios para justificar el terrorismo, la violencia y la guerra, no sigue el camino de Dios: la guerra en nombre de la religión es una guerra contra la religión misma. Con total convicción, reafirmamos por tanto que la violencia y el terrorismo se oponen al verdadero espíritu religioso.

Hemos querido escuchar la voz de los pobres, de los niños, de las jóvenes generaciones, de las mujeres y de muchos hermanos y hermanas que sufren a causa

de la guerra; con ellos, decimos con fuerza: No a la guerra. Que no quede sin respuesta el grito de dolor de tantos inocentes. Imploramos a los Responsables de las naciones para que se acabe con los motivos que inducen a la guerra: el ansia de poder y de dinero, la codicia de quienes comercian con las armas, los intereses partidistas, las venganzas por el pasado. Que crezca el compromiso concreto para remover las causas que subyacen en los conflictos: las situaciones de pobreza, injusticia y desigualdad, la explotación y el desprecio de la vida humana.

Que se abra en definitiva una nueva época, en la que el mundo globalizado llegue a ser una familia de pueblos. Que se actúe con responsabilidad para construir una paz verdadera, que se preocupe de las necesidades auténticas de las personas y los pueblos, que impida los conflictos con la colaboración, que venza los odios y supere las barreras con el encuentro y el diálogo. Nada se pierde, si se practica eficazmente el diálogo. Nada es imposible si nos dirigimos a Dios con nuestra oración. Todos podemos ser artesanos de la paz; desde Asís, con la ayuda de Dios, renovamos con convicción nuestro compromiso de serlo, junto a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

**Discurso del Papa Francisco
en el encuentro con Su Santidad y Beatitud Elías II, Catholicós y Patriarca
de toda Georgia, durante el Viaje Apostólico a Georgia y Azerbaiyán
(30 de septiembre - 2 de octubre de 2016)**

Palacio del Patriarcado - Tiflis. Viernes, 30 de septiembre de 2016

Gracias, Santidad. Me ha conmovido profundamente escuchar el «Ave María» que Su Santidad mismo ha compuesto. Sólo de un corazón que ama tanto a la Santa Madre de Dios, un corazón de hijo y también de niño, puede salir una composición tan bella.

Es para mí una gran alegría y una gracia especial encontrarme con Su Santidad y Beatitud y los Venerables Metropolitans, Arzobispos y Obispos, miembros del Santo Sínodo. Saludo al Señor Primer Ministro y a los ilustres representantes del mundo académico y de la cultura.

Santidad, con vuestra visita histórica al Vaticano, la primera de un Patriarca georgiano, usted abrió una nueva página en las relaciones entre la Iglesia Ortodoxa de Georgia y la Iglesia Católica. En aquella ocasión, intercambié con el Obispo de Roma el beso de la paz y la promesa de rezar el uno por el otro. Así se han reforzado los importantes lazos que existen entre nosotros desde los primeros siglos del cristianismo. Estos se han desarrollado y siguen siendo respetuosos y cordiales, como se pone de manifiesto también por la afectuosa acogida reservada a mis enviados y representantes; por la actividad de estudio e investigación de fieles ortodoxos georgianos en los Archivos Vaticanos y en las Pontificias Universidades; por la presencia en Roma de una comunidad vuestra, alojada en una iglesia de mi diócesis; y por la colaboración, sobre todo cultural, con la comunidad católica local. Como peregrino y amigo, he llegado a esta tierra bendita, cuando está a punto de concluir para los católicos el Año Jubilar de la Misericordia. También estuvo aquí el santo Papa Juan Pablo II, la primera vez de un Sucesor de Pedro, en un momento muy importante, en el umbral del Jubileo del 2000: vino a reforzar los «vínculos profundos y fuertes» con la Sede de Roma (*Discurso en la ceremonia de bienvenida*, Tiflis, 8 noviembre 1999) y a recordar lo importante que era, en el umbral del tercer Milenio, «la contribución de Georgia, esta antigua encrucijada de culturas y tradiciones, a la construcción [...] de una civilización del amor» (*Discurso en el Palacio patriarcal*, Tiflis, 8 noviembre 1999).

Ahora, la Providencia divina ha querido que nos encontremos de nuevo y, frente a un mundo sediento de misericordia, de unidad y de paz, nos pide que se dé un nuevo impulso, un renovado fervor a los lazos que nos unen, signo elocuente de los cuales es el beso de la paz y nuestro abrazo fraternal. La Iglesia Ortodoxa de Georgia, enraizada en la predicación apostólica, especialmente en

la figura del apóstol Andrés, y la Iglesia de Roma, fundada sobre el martirio del apóstol Pedro, tienen así la gracia de renovar hoy, en el nombre de Cristo y para su gloria, la belleza de la fraternidad apostólica. En efecto, Pedro y Andrés eran hermanos: Jesús los llamó a dejar sus redes para ser, juntos, pescadores de hombres (cf. *Mc* 1,16-17). Querido hermano, dejémonos mirar de nuevo por el Señor Jesús, dejémonos atraer aún por su invitación a dejar todo lo que nos impide dar, juntos, el anuncio de su presencia.

Nos sostiene en esto el amor que transformó la vida de los Apóstoles. Es el amor sin igual, que el Señor ha encarnado: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15,13); y que nos lo ha dado para que nos amemos unos a otros como él nos ha amado (cf. *Jn* 15,12). En este sentido, el gran poeta de esta tierra parece que nos dirige también a nosotros algunas de sus célebres palabras: «¿Has leído cómo los apóstoles escribieron del amor, cómo hablan, cómo lo alaban? Conócelo, dirige tu mente a estas palabras: *el amor nos eleva*» (S. Rustaveli, *El Caballero de la piel de tigre*, Tiflis 1988, estancia 785). Realmente el amor del Señor nos eleva, porque nos permite alzarnos por encima de las incomprendiones del pasado, de los cálculos del presente y de los temores del futuro.

El pueblo georgiano ha dado testimonio durante siglos de la grandeza de este amor. Ha encontrado en él la fuerza para levantarse de nuevo después de muchas pruebas; gracias a él se ha elevado hasta las alturas de una extraordinaria belleza artística. Sin el amor, como ha escrito otro gran poeta, «el sol no reina en la bóveda del cielo», y para los hombres «no hay belleza ni inmortalidad» (G. Tabidze, «Senza l'amore», en *Galaktion Tabidze*, Tiflis 1982, 25). El amor es la razón de ser de la belleza inmortal de vuestro patrimonio cultural, que se expresa de muchas formas, como la música, la pintura, la arquitectura y la danza. Usted, querido Hermano, ha ofrecido una digna manifestación de ello, especialmente mediante la composición de apreciados himnos sagrados, algunos incluso en lengua latina y muy queridos en la tradición católica. Ellos enriquecen el tesoro de vuestra fe y cultura, un regalo único para la cristiandad y la humanidad, que merece ser conocido y apreciado por todos.

La gloriosa historia del Evangelio en esta tierra se debe de una manera especial a santa Nino, que suele ser equiparada a los Apóstoles: difundió la fe bajo el signo particular de la cruz hecha de sarmiento de vid. No se trata de una cruz desnuda, porque la imagen de la vid, además del fruto que en esta tierra es excelente, representa al Señor Jesús. Él, en efecto, es «la vid verdadera», y pidió a sus Apóstoles que, como sarmientos, permanecieran firmemente injertados en él para dar fruto (cf. *Jn* 15,1-8). Querido Hermano, para que también hoy el Evangelio dé fruto, se nos pide que permanezcamos todavía más enraizados en el Señor y unidos entre nosotros. Que la multitud de santos de este país nos anime a poner el Evange-

lio por encima de todo y a evangelizar como en el pasado y, más que en el pasado, libres de las ataduras de ideas preconcebidas y abiertos a la perenne novedad de Dios. Que las dificultades no sean un obstáculo, sino un estímulo que nos ayude a conocernos mejor, a compartir la sabia vida de la fe, a intensificar la oración de unos por otros y a cooperar con caridad apostólica en el testimonio común, para la gloria de Dios en el cielo y el servicio de la paz en la tierra.

Al pueblo georgiano le gusta ensalzar, brindando con el fruto de la vid, sus valores más apreciados. Junto al amor que eleva, se da un papel especial a la amistad. «Quien no busca un amigo, es enemigo de sí mismo», nos recuerda una vez más el poeta (S. Rustaveli, *El Caballero de la piel de tigre*, estancia 847). Quiero ser un amigo sincero de esta tierra y de este querido pueblo, que no olvida el bien recibido y cuyo carácter hospitalario se combina con un estilo de vida verdaderamente lleno de esperanza, aún en medio de las dificultades, que nunca faltan. También esta actitud positiva tiene sus raíces en la fe, que lleva a los georgianos a invocar, en torno a la mesa, la paz para todos, recordando incluso a los enemigos.

Con la paz y el perdón estamos llamados a vencer a nuestros verdaderos enemigos, que no son de carne y hueso, sino los espíritus del mal que están dentro y fuera de nosotros (cf. *Ef*6,12). Esta tierra bendita está llena de héroes valientes según el Evangelio que, como san Jorge, fueron capaces de vencer al mal. Pienso en tantos monjes, y especialmente en los numerosos mártires, cuya vida ha triunfado «con la fe y la paciencia» (Ioane Sabanisze, *Martirio de Abo*, III): ha pasado por la prueba del dolor permaneciendo unida al Señor y ha dado así un fruto pascual, regando el suelo georgiano con la sangre derramada por amor. Que su intercesión alivie a tantos cristianos que todavía hoy en el mundo sufren persecuciones y atropellos, y fortalezca en nosotros el buen deseo de estar fraternalmente unidos para anunciar el Evangelio de la paz.

[Después del intercambio de obsequios]

Gracias, Santidad. Que Dios bendiga a Su Santidad y a la Iglesia Ortodoxa de Georgia. Y que siga adelante por el camino de la libertad.

[...]

Gracias, Santidad por la acogida y por sus palabras. Gracias por su benevolencia, y también por este compromiso fraterno de orar uno por otro tras haberse dado el beso de la paz. Gracias.

HOMILÍAS

**Homilía del Papa Francisco
en la Santa Misa con sacerdotes, religiosas, religiosos,
consagrados y seminaristas polacos,
durante el Viaje Apostólico a Polonia con ocasión de
la XXXI Jornada Mundial de la Juventud (27-31 de julio de 2016)**

Santuario de San Juan Pablo II - Cracovia. Sábado, 30 de julio de 2016

El pasaje del Evangelio que hemos escuchado (cf. *Jn* 20,19-31) nos habla de *un lugar*, de *un discípulo* y *un libro*.

El lugar es la casa en la que estaban los discípulos al anoecer del día de la Pascua: de ella se dice sólo que sus puertas estaban cerradas (cf. v. 19). Ocho días más tarde, los discípulos estaban todavía en aquella casa, y sus puertas también estaban cerradas (cf. v. 26). Jesús entra, se pone en medio y trae su paz, el Espíritu Santo y el perdón de los pecados: en una palabra, la misericordia de Dios. En este local cerrado resuena fuerte el mensaje que Jesús dirige a los suyos: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (v. 21).

Jesús envía. Él desea desde el principio que la Iglesia esté *de salida*, que vaya al mundo. Y quiere que lo haga tal como él mismo lo ha hecho, como él ha sido mandado al mundo por el Padre: no como un poderoso, sino en forma de siervo (cf. *Flp* 2,7), no «a ser servido, sino a servir» (*Mc* 10,45) y llevar la Buena Nueva (cf. *Lc* 4,18); también los suyos son enviados así en todos los tiempos. Llama la atención el contraste: mientras que los discípulos cerraban las puertas por temor, Jesús los envía a una misión; quiere que abran las puertas y salgan a propagar el perdón y la paz de Dios con la fuerza del Espíritu Santo.

Esta llamada es también para nosotros. ¿Cómo no sentir aquí el eco de la gran exhortación de san Juan Pablo II: «¡Abrid las puertas!»? No obstante, en nuestra vida como sacerdotes y personas consagradas, se puede tener con frecuencia la tentación de quedarse un poco encerrados, por miedo o por comodidad, en nosotros mismos y en nuestros ámbitos. Pero la dirección que Jesús indica es de sentido único: salir de nosotros mismos. Es un viaje sin billete de vuelta. Se trata de emprender un éxodo de nuestro yo, de perder la vida por él (cf. *Mc* 8,35), siguiendo el camino de la entrega de sí mismo. Por otro lado, a Jesús no le gustan los recorridos a mitad, las puertas entreabiertas, las vidas de doble vía. Pide ponerse en camino ligeros, salir renunciando a las propias seguridades, anclados únicamente en él.

En otras palabras, la vida de sus discípulos más cercanos, como estamos llamados a ser, está hecha de *amor concreto*, es decir, de *servicio* y *disponibilidad*; es

una vida en la que no hay espacios cerrados ni propiedad privada para nuestras propias comodidades: al menos no los debe haber. Quien ha optado por configurar toda su existencia con Jesús ya no elige dónde estar, sino que va allá donde se le envía, dispuesto a responder a quien lo llama; tampoco dispone de su propio tiempo. La casa en la que reside no le pertenece, porque la Iglesia y el mundo son los espacios abiertos de su misión. Su tesoro es poner al Señor *en medio* de la vida, sin buscar otra para él. Huye, pues, de las situaciones gratificantes que lo pondrían en el centro, no se sube a los estrados vacilantes de los poderes del mundo y no se adapta a las comodidades que aflojan la evangelización; no pierde el tiempo en proyectar un futuro seguro y bien remunerado, para evitar el riesgo convertirse en aislado y sombrío, encerrado entre las paredes angostas de un egoísmo sin esperanza y sin alegría. Contento con el Señor, no se conforma con una vida mediocre, sino que tiene un deseo ardiente de ser testigo y de llegar a los otros; le gusta el riesgo y sale, no forzado por caminos ya trazados, sino abierto y fiel a las rutas indicadas por el Espíritu: contrario al «ir tirando», siente el gusto de evangelizar.

En segundo lugar, aparece en el Evangelio de hoy la figura de Tomás, el único *discípulo* que se menciona. En su duda y su afán de entender -y también un poco terco-, este discípulo se nos asemeja un poco, y hasta nos resulta simpático. Sin saberlo, nos hace un gran regalo: nos acerca a Dios, porque Dios no se oculta a quien lo busca. Jesús le mostró sus llagas gloriosas, le hizo tocar con la mano la ternura infinita de Dios, los signos vivos de lo que ha sufrido por amor a los hombres.

Para nosotros, los discípulos, es muy importante poner la humanidad en contacto con la carne del Señor, es decir, llevarle a él, con confianza y total sinceridad, hasta el fondo, lo que somos. Jesús, como dijo a santa Faustina, se alegra de que hablemos de todo, no se cansa de nuestras vidas, que ya conoce; espera que la compartamos, incluso que le contemos cada día lo que nos ha pasado (cf. *Diario*, 6 septiembre 1937). Así se busca a Dios, con una oración que sea transparente y no se olvide de confiar y encomendar las miserias, las dificultades y las resistencias. El corazón de Jesús se conquista con la apertura sincera, con los corazones que saben reconocer y llorar las propias debilidades, confiados en que precisamente allí actuará la divina misericordia. ¿Qué es lo que nos pide Jesús? Quiere corazones verdaderamente consagrados, que viven del perdón que han recibido de él, para derramarlo con compasión sobre los hermanos. Jesús busca corazones abiertos y tiernos con los débiles, nunca duros; corazones dóciles y transparentes, que no disimulen ante los que tienen la misión en la Iglesia de orientar en el camino. El discípulo no duda en hacerse preguntas, tiene la valentía de sentir la duda y de llevarla al Señor, a los formadores y a los superiores, sin cálculos ni reticencias. El discípulo fiel lleva a cabo un discernimiento atento y constante,

sabiendo que cada día hay que educar el corazón, a partir de los afectos, para huir de toda doblez en las actitudes y en la vida.

El apóstol Tomás, al final de su búsqueda apasionada, no sólo ha llegado a creer en la resurrección, sino que ha encontrado en Jesús lo más importante de la vida, a su Señor; le dijo: «Señor mío y Dios mío» (v. 28). Nos hará bien rezar, hoy y cada día, estas palabras espléndidas, para decirle: «Eres mi único bien, la ruta de mi camino, el corazón de mi vida, mi todo.

En el último versículo que hemos escuchado, se habla, en fin, de un *libro*: es el Evangelio, en el que no están escritos muchos otros signos que hizo Jesús (v. 30). Después del gran signo de su misericordia -podemos pensar-, ya no se ha necesitado añadir nada más. Pero queda todavía un desafío, queda espacio para los signos que podemos hacer nosotros, que hemos recibido el Espíritu del amor y estamos llamados a difundir la misericordia. Se puede decir que el Evangelio, libro vivo de la misericordia de Dios, que hay que leer y releer continuamente, todavía tiene al final páginas en blanco: es un libro abierto, que estamos llamados a escribir con el mismo estilo, es decir, realizando obras de misericordia. Os pregunto, queridos hermanos y hermanas: ¿Cómo están las páginas del libro de cada uno de vosotros? ¿Se escriben cada día? ¿Están escritas sólo en parte? ¿Están en blanco? Que la Madre de Dios nos ayude en ello: que ella, que ha acogido plenamente la Palabra de Dios en su vida (cf. Lc 8,20-21), nos de la gracia de ser escritores vivos del Evangelio; que nuestra Madre de misericordia nos enseñe a curar concretamente las llagas de Jesús en nuestros hermanos y hermanas necesitados, de los cercanos y de los lejanos, del enfermo y del emigrante, porque sirviendo a quien sufre se honra a la carne de Cristo. Que la Virgen María nos ayude a entregarnos hasta el final por el bien de los fieles que se nos han confiado y a sostenernos los unos a los otros, como verdaderos hermanos y hermanas en la comunión de la Iglesia, nuestra santa Madre.

Queridos hermanos y hermanas, cada uno de nosotros guarda en el corazón una página personalísima del libro de la misericordia de Dios: es la historia de nuestra llamada, la voz del amor que atrajo y transformó nuestra vida, llevándonos a dejar todo por su palabra y a seguirlo (cf. Lc 5,11). Reavivemos hoy, con gratitud, la memoria de su llamada, más fuerte que toda resistencia y cansancio. Demos gracias al Señor continuando con la celebración eucarística, centro de nuestra vida, porque ha entrado en nuestras puertas cerradas con su misericordia; porque, como a Tomás, nos da la gracia de seguir escribiendo su Evangelio de amor.

Homilía del Papa Francisco en la Santa Misa para la Jornada Mundial de la Juventud

Campus Misericordiae - Cracovia. Domingo, 31 de julio de 2016

Queridos jóvenes: habéis venido a Cracovia para encontraros con Jesús. Y el Evangelio de hoy nos habla precisamente del encuentro entre Jesús y un hombre, Zaqueo, en Jericó (cf. *Lc* 19,1-10). Allí Jesús no se limita a predicar, o a saludar a alguien, sino que quiere -nos dice el Evangelista- *cruzar* la ciudad (cf. v. 1). Con otras palabras, Jesús desea acercarse a la vida de cada uno, recorrer nuestro camino hasta el final, para que su vida y la nuestra se encuentren realmente.

Tiene lugar así el encuentro más sorprendente, el encuentro con Zaqueo, jefe de los «publicanos», es decir, de los recaudadores de impuestos. Así que Zaqueo era un rico colaborador de los odiados ocupantes romanos; era un explotador de su pueblo, uno que debido a su mala fama no podía ni siquiera acercarse al Maestro. Sin embargo, el encuentro con Jesús cambió su vida, como sucedió, y cada día puede suceder con cada uno de nosotros. Pero Zaqueo tuvo que superar *algunos obstáculos* para encontrarse con Jesús. No fue fácil para él, tuvo que superar algunos obstáculos, *al menos tres*, que también pueden enseñarnos algo a nosotros.

El primero es la baja estatura: Zaqueo no conseguía ver al Maestro, porque era bajo. También nosotros podemos hoy caer en el peligro de quedarnos lejos de Jesús porque no nos sentimos a la altura, porque tenemos una baja consideración de nosotros mismos. Esta es una gran tentación, que no sólo tiene que ver con la autoestima, sino que afecta también la fe. Porque la fe nos dice que somos «hijos de Dios, pues ¡lo somos!» (*1 Jn* 3,1): hemos sido creados a su imagen; Jesús hizo suya nuestra humanidad y su corazón nunca se separará de nosotros; el Espíritu Santo quiere habitar en nosotros; estamos llamados a la alegría eterna con Dios. Esta es nuestra «estatura», esta es nuestra identidad espiritual: somos los hijos amados de Dios, siempre. Entendéis entonces que no aceptarse, vivir descontentos y pensar en negativo significa no reconocer nuestra identidad más auténtica: es como darse la vuelta cuando Dios quiere fijar sus ojos en mí; significa querer impedir que se cumpla su sueño en mí. Dios nos ama tal como somos, y no hay pecado, defecto o error que lo haga cambiar de idea. Para Jesús -nos lo muestra el Evangelio-, nadie es inferior y distante, nadie es insignificante, sino que todos somos predilectos e importantes: ¡Tú eres importante! Y Dios cuenta contigo por lo que eres, no por lo que tienes: ante él, nada vale la ropa que llevas o el teléfono móvil que utilizas; no le importa si vas a la moda, le importas tú, tal como eres. A sus ojos, vales, y lo que vales no tiene precio.

Cuando en la vida sucede que apuntamos bajo en vez de a lo alto, nos puede

ser de ayuda esta gran verdad: Dios es fiel en su amor, y hasta obstinado. Nos ayudará pensar que nos ama más de lo que nosotros nos amamos, que cree en nosotros más que nosotros mismos, que está siempre de nuestra parte, como el más acérrimo de los «hinchas». Siempre nos espera con esperanza, incluso cuando nos encerramos en nuestras tristezas, rumiando continuamente los males sufridos y el pasado. Pero complacerse en la tristeza no es digno de nuestra estatura espiritual. Es más, es un *virus* que infecta y paraliza todo, que cierra cualquier puerta, que impide enderezar la vida, que recomience. Dios, sin embargo, es obstinadamente esperanzado: siempre cree que podemos levantarnos y no se resigna a vernos apagados y sin alegría. Es triste ver a un joven sin alegría. Porque somos siempre sus hijos amados. Recordemos esto al comienzo de cada día. Nos hará bien decir todas las mañanas en la oración: «Señor, te doy gracias porque me amas; estoy seguro de que me amas; haz que me enamore de mi vida». No de mis defectos, que hay que corregir, sino de la vida, que es un gran regalo: es el tiempo para amar y ser amado.

Zaqueo tenía un *segundo* obstáculo en el camino del encuentro con Jesús: la *vergüenza paralizante*. Sobre esto hemos dicho algo ayer por la tarde. Podemos imaginar lo que sucedió en el corazón de Zaqueo antes de subir a aquella higuera, habrá tenido una lucha afanosa: por un lado, la curiosidad buena de conocer a Jesús; por otro, el riesgo de hacer una figura bochornosa. Zaqueo era un personaje público; sabía que, al intentar subir al árbol, haría el ridículo delante de todos, él, un jefe, un hombre de poder, pero muy odiado. Pero superó la vergüenza, porque la atracción de Jesús era más fuerte. Habréis experimentado lo que sucede cuando una persona se siente tan atraída por otra que se enamora: entonces sucede que se hacen de buena gana cosas que nunca se habrían hecho. Algo similar ocurrió en el corazón de Zaqueo, cuando sintió que Jesús era de tal manera importante que habría hecho cualquier cosa por él, porque él era el único que podía sacarlo de las arenas movedizas del pecado y de la infelicidad. Y así, la vergüenza paralizante no triunfó: Zaqueo -nos dice el Evangelio- «corrió más adelante», «subió» y luego, cuando Jesús lo llamó, «se dio prisa en bajar» (vv. 4.6.). Se arriesgó y actuó. Esto es también para nosotros el secreto de la alegría: no apagar la buena curiosidad, sino participar, porque la vida no hay que encerrarla en un cajón. Ante Jesús no podemos quedarnos sentados esperando con los brazos cruzados; a él, que nos da la vida, no podemos responderle con un pensamiento o un simple «mensajito».

Queridos jóvenes, no os avergoncéis de llevarle todo, especialmente las debilidades, las dificultades y los pecados, en la confesión: Él sabrá sorprenderos con su perdón y su paz. No tengáis miedo de decirle «sí» con toda la fuerza del corazón, de responder con generosidad, de seguirlo. No os dejéis anestesiar el alma, sino aspirad a la meta del amor hermoso, que exige también renuncia, y un «no» fuerte al *doping* del éxito a cualquier precio y a la droga de pensar sólo en sí mismo y

en la propia comodidad.

Después de la baja estatura y después de la vergüenza paralizante, hay un *tercer* obstáculo que Zaqueo tuvo que enfrentar, ya no en su interior sino a su alrededor. Es la *multitud que murmura*, que primero lo bloqueó y luego lo criticó: Jesús no tenía que entrar en su casa, en la casa de un pecador. ¿Qué difícil es acoger realmente a Jesús, qué duro es aceptar a un «Dios, rico en misericordia» (Ef 2,4). Puede que os bloqueen, tratando de haceros creer que Dios es distante, rígido y poco sensible, bueno con los buenos y malo con los malos. En cambio, nuestro Padre «hace salir su sol sobre malos y buenos» (Mt 5,45), y nos invita al valor verdadero: ser *más fuertes que el mal* amando a todos, incluso a los enemigos. Puede que se rían de vosotros, porque creéis en la fuerza mansa y humilde de la misericordia. No tengáis miedo, pensad en cambio en las palabras de estos días: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). Puede que os juzguen como unos soñadores, porque creéis en una nueva humanidad, que no acepta el odio entre los pueblos, ni ve las fronteras de los países como una barrera y custodia las propias tradiciones sin egoísmo y resentimiento. No os desaniméis: con vuestra sonrisa y vuestros brazos abiertos predicáis la esperanza y sois una bendición para la única familia humana, tan bien representada por vosotros aquí.

Aquel día, la multitud juzgó a Zaqueo, lo miró con desprecio; Jesús, en cambio, hizo lo contrario: levantó los ojos hacia él (v. 5). La mirada de Jesús va más allá de los defectos para ver a la persona; no se detiene en el mal del pasado, sino que divisa el bien en el futuro; no se resigna frente a la cerrazón, sino que busca el camino de la unidad y de la comunión; en medio de todos, no se detiene en las apariencias, sino que mira al corazón. Jesús mira nuestro corazón, el tuyo, el mío. Con esta mirada de Jesús, podéis hacer surgir una humanidad diferente, sin esperar a que os digan «qué buenos sois», sino buscando el bien por sí mismo, felices de conservar el corazón limpio y de luchar pacíficamente por la honestidad y la justicia. No os detengáis en la superficie de las cosas y desconfiad de las liturgias mundanas de la apariencia, del *maquillaje* del alma para aparentar mejores. Por el contrario, instalad bien la conexión más estable, la de un corazón que ve y transmite incansablemente el bien. Y esa alegría que habéis recibido gratis de Dios, por favor, dadla gratis (cf. Mt 10,8), porque son muchos los que la esperan. Y la esperan de vosotros.

Escuchemos por último las palabras de Jesús a Zaqueo, que parecen dichas a propósito para nosotros, para cada uno de nosotros: «Date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa» (v. 5). «Baja inmediatamente, porque hoy debo quedarme contigo. Ábreme la puerta de tu corazón». Jesús te dirige la misma invitación: «Hoy tengo que alojarme en tu casa». La Jornada Mundial de la Juventud, podríamos decir, *comienza hoy y continúa mañana, en casa*, porque

es allí donde Jesús quiere encontrarnos a partir de ahora. El Señor no quiere quedarse solamente en esta hermosa ciudad o en los recuerdos entrañables, sino que quiere venir a tu casa, vivir tu vida cotidiana: el estudio y los primeros años de trabajo, las amistades y los afectos, los proyectos y los sueños. Cómo le gusta que todo esto se lo llevemos en la oración. Él espera que, entre tantos contactos y *chats* de cada día, el primer puesto lo ocupe el hilo de oro de la oración. Cuánto desea que su Palabra hable a cada una de tus jornadas, que su Evangelio sea tuyo, y se convierta en tu «navegador» en el camino de la vida.

Jesús, a la vez que te pide entrar en tu casa, como hizo con Zaqueo, *te llama por tu nombre*. Jesús nos llama a todos por nuestro nombre. Tu nombre es precioso para él. El nombre de Zaqueo evocaba, en la lengua de la época, el *recuerdo de Dios*. Fiaros del recuerdo de Dios: su memoria no es un «disco duro» que registra y almacena todos nuestros datos, su memoria es un corazón tierno de compasión, que se regocija eliminando definitivamente cualquier vestigio del mal. Procuremos también nosotros ahora imitar la memoria fiel de Dios y custodiar el bien que hemos recibido en estos días. En silencio hagamos memoria de este encuentro, custodiemos el recuerdo de la presencia de Dios y de su Palabra, avivemos en nosotros la voz de Jesús que nos llama por nuestro nombre. Así pues, recemos en silencio, haciendo memoria, dando gracias al Señor que nos ha traído aquí y ha querido encontrarnos.

Homilía del Papa Francisco
en la Santa Misa y canonización de la Beata Madre Teresa de Calcuta
Jubileo de los operadores y de los voluntarios de la Misericordia

Plaza de San Pedro. Domingo, 4 de septiembre de 2016

«¿Quién comprende lo que Dios quiere?» (*Sb* 9,13). Este interrogante del libro de la Sabiduría, que hemos escuchado en la primera lectura, nos presenta nuestra vida como un misterio, cuya clave de interpretación no poseemos. Los protagonistas de la historia son siempre dos: por un lado, Dios, y por otro, los hombres. Nuestra tarea es la de escuchar la llamada de Dios y luego aceptar su voluntad. Pero para cumplirla sin vacilación debemos ponernos esta pregunta: ¿cuál es la voluntad de Dios?

La respuesta la encontramos en el mismo texto sapiencial: «Los hombres aprendieron lo que te agrada» (v. 18). Para reconocer la llamada de Dios, debemos preguntarnos y comprender qué es lo que le gusta. En muchas ocasiones, los profetas anunciaron lo que le agrada al Señor. Su mensaje encuentra una síntesis admirable en la expresión: «Misericordia quiero y no sacrificios» (*Os* 6,6; *Mt* 9,13). A Dios le agrada toda obra de misericordia, porque en el hermano que ayudamos reconocemos el rostro de Dios que nadie puede ver (cf. *Jn* 1,18). Cada vez que nos hemos inclinado ante las necesidades de los hermanos, hemos dado de comer y de beber a Jesús; hemos vestido, ayudado y visitado al Hijo de Dios (cf. *Mt* 25,40). En definitiva, hemos tocado la carne de Cristo

Estamos llamados a concretar en la realidad lo que invocamos en la oración y profesamos en la fe. No hay alternativa a la caridad: quienes se ponen al servicio de los hermanos, aunque no lo sepan, son quienes aman a Dios (cf. *1 Jn* 3,16-18; *St* 2,14-18). Sin embargo, la vida cristiana no es una simple ayuda que se presta en un momento de necesidad. Si fuera así, sería sin duda un hermoso sentimiento de humana solidaridad que produce un beneficio inmediato, pero sería estéril porque no tiene raíz. Por el contrario, el compromiso que el Señor pide es el de una *vocación a la caridad* con la que cada discípulo de Cristo lo sirve con su propia vida, para crecer cada día en el amor.

Hemos escuchado en el Evangelio que «mucha gente acompañaba a Jesús» (*Lc* 14,25). Hoy aquella «gente» está representada por el amplio mundo del voluntariado, presente aquí con ocasión del Jubileo de la Misericordia. Vosotros sois esa gente que sigue al Maestro y que hace visible su amor concreto hacia cada persona. Os repito las palabras del apóstol Pablo: «He experimentado gran gozo y consuelo por tu amor, ya que, gracias a ti, los corazones de los creyentes han encontrado alivio» (*Flm* 1,7). Cuántos corazones confortan los voluntarios. Cuántas manos sostienen; cuántas lágrimas secan; cuánto amor derraman en el

servicio escondido, humilde y desinteresado. Este loable servicio da voz a la fe -¡da voz a la fe!- y expresa la misericordia del Padre que está cerca de quien pasa necesidad.

El seguimiento de Jesús es un compromiso serio y al mismo tiempo gozoso; requiere radicalidad y esfuerzo para reconocer al divino Maestro en los más pobres y descartados de la vida y ponerse a su servicio. Por esto, los voluntarios que sirven a los últimos y a los necesitados por amor a Jesús no esperan ningún agradecimiento ni gratificación, sino que renuncian a todo esto porque han descubierto el verdadero amor. Y cada uno de nosotros puede decir: «Igual que el Señor ha venido a mi encuentro y se ha inclinado sobre mí en el momento de necesidad, así también yo salgo al encuentro de él y me inclino sobre quienes han perdido la fe o viven como si Dios no existiera, sobre los jóvenes sin valores e ideales, sobre las familias en crisis, sobre los enfermos y los encarcelados, sobre los refugiados e inmigrantes, sobre los débiles e indefensos en el cuerpo y en el espíritu, sobre los menores abandonados a sí mismos, como también sobre los ancianos dejados solos. Dondequiera que haya una mano extendida que pide ayuda para ponerse en pie, allí debe estar nuestra presencia y la presencia de la Iglesia que sostiene y da esperanza». Y, esto, hacerlo con la viva memoria de la mano extendida del Señor sobre mí cuando estaba por tierra.

Madre Teresa, a lo largo de toda su existencia, ha sido una generosa dispensadora de la misericordia divina, poniéndose a disposición de todos por medio de la acogida y la defensa de la vida humana, tanto la no nacida como la abandonada y descartada. Se ha comprometido en la defensa de la vida proclamando incesantemente que «el no nacido es el más débil, el más pequeño, el más pobre». Se ha inclinado sobre las personas desfallecidas, que mueren abandonadas al borde de las calles, reconociendo la dignidad que Dios les había dado; ha hecho sentir su voz a los poderosos de la tierra, para que reconocieran sus culpas ante los crímenes -¡ante los crímenes!- de la pobreza creada por ellos mismos. La misericordia ha sido para ella la «sal» que daba sabor a cada obra suya, y la «luz» que iluminaba las tinieblas de los que no tenían ni siquiera lágrimas para llorar su pobreza y sufrimiento.

Su misión en las periferias de las ciudades y en las periferias existenciales permanece en nuestros días como testimonio elocuente de la cercanía de Dios hacia los más pobres entre los pobres. Hoy entrego esta emblemática figura de mujer y de consagrada a todo el mundo del voluntariado: que ella sea vuestro modelo de santidad. Pienso, quizás, que tendremos un poco de dificultad en llamarla Santa Teresa. Su santidad es tan cercana a nosotros, tan tierna y fecunda que espontáneamente continuaremos a decirle «Madre Teresa».

Esta incansable trabajadora de la misericordia nos ayude a comprender cada vez más que nuestro único criterio de acción es el amor gratuito, libre de toda

ideología y de todo vínculo y derramado sobre todos sin distinción de lengua, cultura, raza o religión. Madre Teresa amaba decir: «Tal vez no hablo su idioma, pero puedo sonreír». Llevemos en el corazón su sonrisa y entreguémosla a todos los que encontremos en nuestro camino, especialmente a los que sufren. Abriremos así horizontes de alegría y esperanza a toda esa humanidad desanimada y necesitada de comprensión y ternura.

**Homilía del Papa Francisco
durante el Jubileo de los Catequistas.
Jubileo extraordinario de la Misericordia**

Plaza de San Pedro. Domingo, 25 de septiembre de 2016

El Apóstol Pablo, en la segunda lectura, dirige a Timoteo, y también a nosotros, algunas recomendaciones muy importantes para él. Entre otras, pide que se guarde «el *mandamiento* sin mancha ni reproche» (1 *Tm* 6,14). Habla sencillamente de un mandamiento. Parece que quiere que tengamos nuestros ojos fijos en lo que es *esencial* para la fe. San Pablo, en efecto, no recomienda una gran cantidad de puntos y aspectos, sino que subraya el centro de la fe. Este centro, alrededor del cual gira todo, este corazón que late y da vida a todo es el anuncio pascual, el primer anuncio: el Señor Jesús ha resucitado, el Señor Jesús te ama, ha dado su vida por ti; resucitado y vivo, está a tu lado y te espera todos los días. Nunca debemos olvidarlo. En este *Jubileo de los catequistas*, se nos pide que no dejemos de poner por encima de todo el anuncio principal de la fe: el Señor ha resucitado. No hay un contenido más importante, nada es más sólido y actual. Cada aspecto de la fe es hermoso si permanece unido a este centro, si está permeado por el anuncio pascual. En cambio, si se le aísla, pierde sentido y fuerza. Estamos llamados a vivir y a anunciar la novedad del amor del Señor: «Jesús te ama de verdad, tal y como eres. Déjale entrar: a pesar de las decepciones y heridas de la vida, dale la posibilidad de amarte. No te defraudará».

El mandamiento del que habla san Pablo nos lleva a pensar también en el mandamiento nuevo de Jesús: «Que os améis unos a otros como yo os he amado» (*Jn* 15,12). A Dios-Amor se le anuncia amando: no a fuerza de convencer, nunca imponiendo la verdad, ni mucho menos aferrándose con rigidez a alguna obligación religiosa o moral. A Dios se le anuncia encontrando a las personas, teniendo en cuenta su historia y su camino. El Señor no es una idea, sino una persona viva: su mensaje llega a través del testimonio sencillo y veraz, con la escucha y la acogida, con la alegría que se difunde. No se anuncia bien a Jesús cuando se está triste; tampoco se transmite la belleza de Dios haciendo sólo bonitos sermones. Al Dios de la esperanza se le anuncia viviendo hoy el Evangelio de la caridad, sin miedo a dar testimonio de él incluso con nuevas formas de anuncio.

El Evangelio de este domingo nos ayuda a entender qué significa amar, sobre todo a evitar algunos peligros. En la parábola se habla de un hombre rico que no se fija en Lázaro, un pobre que «estaba echado a su puerta» (*Lc* 16,20). El rico, en verdad, no hace daño a nadie, no se dice que sea malo. Sin embargo, tiene una enfermedad peor que la de Lázaro, que estaba «cubierto de llagas» (*ibíd.*): este rico sufre una fuerte *ceguera*, porque no es capaz de ver más allá de su mundo,

hecho de banquetes y ricos vestidos. No ve más allá de la puerta de su casa, donde yace Lázaro, porque no le importa lo que sucede fuera. No ve con los ojos porque no siente con el corazón. En su corazón ha entrado la *mundanidad* que adormece el alma. La mundanidad es como un «agujero negro» que engulle el bien, que apaga el amor, porque lo devora todo en el propio yo. Entonces se ve sólo la apariencia y no se fija en los demás, porque se vuelve indiferente a todo. Quien sufre esta grave ceguera adopta con frecuencia un comportamiento «estrábico»: mira con deferencia a las personas famosas, de alto nivel, admiradas por el mundo, y aparta la vista de tantos Lázaros de ahora, de los pobres y los que sufren, que son los predilectos del Señor.

Pero el Señor mira a los que el mundo abandona y descarta. Lázaro es el único personaje de las parábolas de Jesús al que se le llama por su nombre. Su nombre significa «Dios ayuda». Dios no lo olvida, lo acogerá en el banquete de su Reino, junto con Abraham, en una profunda comunión de afectos. El hombre rico, en cambio, no tiene siquiera un nombre en la parábola; su vida cae en el olvido, porque el que vive para sí no construye la historia. Y un cristiano debe construir la historia. Debe salir de sí mismo para construir la historia. Quien vive para sí no construye la historia. La insensibilidad de hoy abre abismos infranqueables para siempre. Y nosotros hemos caído, en este mundo, en este momento, en la enfermedad de la indiferencia, del egoísmo, de la mundanidad.

En la parábola vemos otro aspecto, un contraste. La vida de este hombre sin nombre se describe como opulenta y presuntuosa: es una continua reivindicación de necesidades y derechos. Incluso después de la muerte insiste para que lo ayuden y pretende su interés. La pobreza de Lázaro, sin embargo, se manifiesta con gran dignidad: de su boca no salen lamentos, protestas o palabras despectivas. Es una valiosa lección: como servidores de la palabra de Jesús, estamos llamados a no hacer alarde de apariencia y a no buscar la gloria; ni tampoco podemos estar tristes y disgustados. No somos profetas de desgracias que se complacen en denunciar peligros o extravíos; no somos personas que se atrincheran en su ambiente, lanzando juicios amargos contra la sociedad, la Iglesia, contra todo y todos, contaminando el mundo de negatividad. El escepticismo quejoso no es propio de quien tiene familiaridad con la Palabra de Dios.

El que proclama la esperanza de Jesús es portador de alegría y sabe ver más lejos, tiene horizontes, no tiene un muro que lo encierra; ve más lejos porque sabe mirar más allá del mal y de los problemas. Al mismo tiempo, ve bien de cerca, pues está atento al prójimo y a sus necesidades. El Señor nos lo pide hoy: ante los muchos Lázaros que vemos, estamos llamados a inquietarnos, a buscar caminos para encontrar y ayudar, sin delegar siempre en otros o decir: «Te ayudaré mañana, hoy no tengo tiempo, te ayudaré mañana». Y esto es un pecado. El tiempo para ayudar es tiempo regalado a Jesús, es amor que permanece: es nuestro tesoro

en el cielo, que nos ganamos aquí en la tierra.

En conclusión, queridos catequistas y queridos hermanos y hermanas, que el Señor nos conceda la gracia de vernos renovados cada día por la alegría del primer anuncio: Jesús ha muerto y resucitado, Jesús nos ama personalmente. Que nos dé la fuerza para vivir y anunciar el mandamiento del amor, superando la ceguera de la apariencia y las tristezas del mundo. Que nos vuelva sensibles a los pobres, que no son un apéndice del Evangelio, sino una página central, siempre abierta a todos.

CARTAS APOSTÓLICAS

Carta Apostólica en forma de «Motu Proprio» del Papa Francisco con la que se instituye el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral

En todo su ser y obrar, la Iglesia está llamada a promover el desarrollo integral del hombre a la luz del Evangelio. Este desarrollo se lleva a cabo mediante el cuidado de los incommensurables bienes de la justicia, la paz y la protección de la creación. El Sucesor del Apóstol Pedro, en su labor de promover estos valores, adapta continuamente los organismos que colaboran con él, de modo que puedan responder mejor a las exigencias de los hombres y las mujeres, a los que están llamados a servir.

Con el fin de poner en práctica la solicitud de la Santa Sede en los mencionados ámbitos, como también en los que se refieren a la salud y a las obras de caridad, instituyo el Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral. En modo particular, este Dicasterio será competente en las cuestiones que se refieren a las migraciones, los necesitados, los enfermos y los excluidos, los marginados y las víctimas de los conflictos armados y de las catástrofes naturales, los encarcelados, los desempleados y las víctimas de cualquier forma de esclavitud y de tortura.

En el nuevo Dicasterio, regido por el Estatuto que con fecha de hoy apruebo *ad experimentum*, confluirán, desde el 1 de enero de 2017, las competencias de los actuales Consejos Pontificios que se indican a continuación: el Consejo Pontificio Justicia y Paz, el Consejo Pontificio «Cor unum», el Consejo Pontificio para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes y el Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud. En esa fecha, estos cuatro Dicasterios cesarán en sus funciones y serán suprimidos, quedando abrogados los artículos 142-153 de la Constitución apostólica *Pastor Bonus*.

Cuanto deliberado con esta Carta apostólica en forma de «Motu proprio», ordeno que entre en vigor de manera firme y estable, no obstante cualquier disposición contraria, aunque sea digna de particular mención, y que sea promulgada mediante publicación en *L'Osservatore Romano* y, posteriormente, en *Acta Apostolicae Sedis*, entrando en vigor el 1 de enero de 2017.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 17 de agosto de 2016, Jubileo de la Misericordia, cuarto de mi Pontificado.

CONGREGACIONES

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Ad resurgendum cum Christo**Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 15 de agosto de 2016, acerca de la cremación de los cadáveres**

1: Para resucitar con Cristo, es necesario morir con Cristo, es necesario «dejar este cuerpo para ir a morar cerca del Señor» (2 Co 5, 8). Con la Instrucción *Piam et constantem* del 5 de julio de 1963, el entonces Santo Oficio, estableció que «la Iglesia aconseja vivamente la piadosa costumbre de sepultar el cadáver de los difuntos», pero agregó que la cremación no es «contraria a ninguna verdad natural o sobrenatural» y que no se les negaran los sacramentos y los funerales a los que habían solicitado ser cremados, siempre que esta opción no obedezca a la «negación de los dogmas cristianos o por odio contra la religión católica y la Iglesia». Este cambio de la disciplina eclesiástica ha sido incorporado en el Código de Derecho Canónico (1983) y en el Código de Cánones de las Iglesias Orientales (1990).

Mientras tanto, la práctica de la cremación se ha difundido notablemente en muchos países, pero al mismo tiempo también se han propagado nuevas ideas en desacuerdo con la fe de la Iglesia. Después de haber debidamente escuchado a la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, el Consejo Pontificio para los Textos Legislativos y muchas Conferencias Episcopales y Sínodos de los Obispos de las Iglesias Orientales, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha considerado conveniente la publicación de una nueva Instrucción, con el fin de reafirmar las razones doctrinales y pastorales para la preferencia de la sepultura de los cuerpos y de emanar normas relativas a la conservación de las cenizas en el caso de la cremación.

2. La resurrección de Jesús es la verdad culminante de la fe cristiana, predicada como una parte esencial del Misterio pascual desde los orígenes del cristianismo: «Les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1 Co 15,3-5).

Por su muerte y resurrección, Cristo nos libera del pecado y nos da acceso a una nueva vida: «a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... también nosotros vivamos una nueva vida» (Rm 6,4). Además, el Cristo resucitado es principio y fuente de nuestra resurrección futura: «Cristo resucitó de entre los muertos, como primicia de los que durmieron... del mismo

modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo» (1 Co 15, 20- 22).

Si es verdad que Cristo nos resucitará en el último día, también lo es, en cierto modo, que nosotros ya hemos resucitado con Cristo. En el Bautismo, de hecho, hemos sido sumergidos en la muerte y resurrección de Cristo y asimilados sacramentalmente a él: «Sepultados con él en el bautismo, con él habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos» (Col 2, 12). Unidos a Cristo por el Bautismo, los creyentes participan ya realmente en la vida celestial de Cristo resucitado (cf. Ef 2, 6).

Gracias a Cristo, la muerte cristiana tiene un sentido positivo. La visión cristiana de la muerte se expresa de modo privilegiado en la liturgia de la Iglesia: «La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma: y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo». Por la muerte, el alma se separa del cuerpo, pero en la resurrección Dios devolverá la vida incorruptible a nuestro cuerpo transformado, reuniéndolo con nuestra alma. También en nuestros días, la Iglesia está llamada a anunciar la fe en la resurrección: «La resurrección de los muertos es esperanza de los cristianos; somos cristianos por creer en ella».

3. Siguiendo la antiquísima tradición cristiana, la Iglesia recomienda insistentemente que los cuerpos de los difuntos sean sepultados en los cementerios u otros lugares sagrados.

En la memoria de la muerte, sepultura y resurrección del Señor, misterio a la luz del cual se manifiesta el sentido cristiano de la muerte, la inhumación es en primer lugar la forma más adecuada para expresar la fe y la esperanza en la resurrección corporal.

La Iglesia, como madre acompaña al cristiano durante su peregrinación terrenal, ofrece al Padre, en Cristo, el hijo de su gracia, y entregará sus restos mortales a la tierra con la esperanza de que resucitará en la gloria.

Enterrando los cuerpos de los fieles difuntos, la Iglesia confirma su fe en la resurrección de la carne, y pone de relieve la alta dignidad del cuerpo humano como parte integrante de la persona con la cual el cuerpo comparte la historia. No puede permitir, por lo tanto, actitudes y rituales que impliquen conceptos erróneos de la muerte, considerada como anulación definitiva de la persona, o como momento de fusión con la Madre naturaleza o con el universo, o como una etapa en el proceso de re-encarnación, o como la liberación definitiva de la «prisión» del cuerpo.

Además, la sepultura en los cementerios u otros lugares sagrados responde adecuadamente a la compasión y el respeto debido a los cuerpos de los fieles difuntos, que mediante el Bautismo se han convertido en templo del Espíritu Santo y de los cuales, «como herramientas y vasos, se ha servido piadosamente el

Espíritu para llevar a cabo muchas obras buenas».

Tobías el justo es elogiado por los méritos adquiridos ante Dios por haber sepultado a los muertos, y la Iglesia considera la sepultura de los muertos como una obra de misericordia corporal.

Por último, la sepultura de los cuerpos de los fieles difuntos en los cementerios u otros lugares sagrados favorece el recuerdo y la oración por los difuntos por parte de los familiares y de toda la comunidad cristiana, y la veneración de los mártires y santos.

Mediante la sepultura de los cuerpos en los cementerios, en las iglesias o en las áreas a ellos dedicadas, la tradición cristiana ha custodiado la comunión entre los vivos y los muertos, y se ha opuesto a la tendencia a ocultar o privatizar el evento de la muerte y el significado que tiene para los cristianos.

4. Cuando razones de tipo higiénicas, económicas o sociales lleven a optar por la cremación, ésta no debe ser contraria a la voluntad expresa o razonablemente presunta del fiel difunto, la Iglesia no ve razones doctrinales para evitar esta práctica, ya que la cremación del cadáver no toca el alma y no impide a la omnipotencia divina resucitar el cuerpo y por lo tanto no contiene la negación objetiva de la doctrina cristiana sobre la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo.

La Iglesia sigue prefiriendo la sepultura de los cuerpos, porque con ella se demuestra un mayor aprecio por los difuntos; sin embargo, la cremación no está prohibida, «a no ser que haya sido elegida por razones contrarias a la doctrina cristiana».

En ausencia de razones contrarias a la doctrina cristiana, la Iglesia, después de la celebración de las exequias, acompaña la cremación con especiales indicaciones litúrgicas y pastorales, teniendo un cuidado particular para evitar cualquier tipo de escándalo o indiferencia religiosa.

5. Si por razones legítimas se opta por la cremación del cadáver, las cenizas del difunto, por regla general, deben mantenerse en un lugar sagrado, es decir, en el cementerio o, si es el caso, en una iglesia o en un área especialmente dedicada a tal fin por la autoridad eclesial competente.

Desde el principio, los cristianos han deseado que sus difuntos fueran objeto de oraciones y recuerdo de parte de la comunidad cristiana. Sus tumbas se convirtieron en lugares de oración, recuerdo y reflexión. Los fieles difuntos son parte de la Iglesia, que cree en la comunión «de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia».

La conservación de las cenizas en un lugar sagrado puede ayudar a reducir el riesgo de sustraer a los difuntos de la oración y el recuerdo de los familiares y de la comunidad cristiana. Así, además, se evita la posibilidad de olvido, falta de respeto y malos tratos, que pueden sobrevenir sobre todo una vez pasada la primera

generación, así como prácticas inconvenientes o supersticiosas.

6. Por las razones mencionadas anteriormente, no está permitida la conservación de las cenizas en el hogar. Sólo en casos de graves y excepcionales circunstancias, dependiendo de las condiciones culturales de carácter local, el Ordinario, de acuerdo con la Conferencia Episcopal o con el Sínodo de los Obispos de las Iglesias Orientales, puede conceder el permiso para conservar las cenizas en el hogar. Las cenizas, sin embargo, no pueden ser divididas entre los diferentes núcleos familiares y se les debe asegurar respeto y condiciones adecuadas de conservación.

7. Para evitar cualquier malentendido panteísta, naturalista o nihilista, no sea permitida la dispersión de las cenizas en el aire, en la tierra o en el agua o en cualquier otra forma, o la conversión de las cenizas en recuerdos conmemorativos, en piezas de joyería o en otros artículos, teniendo en cuenta que para estas formas de proceder no se pueden invocar razones higiénicas, sociales o económicas que pueden motivar la opción de la cremación.

8. En el caso de que el difunto hubiera dispuesto la cremación y la dispersión de sus cenizas en la naturaleza por razones contrarias a la fe cristiana, se le han de negar las exequias, de acuerdo con la norma del derecho.

El Sumo Pontífice Francisco, en audiencia concedida al infrascrito Cardenal Prefecto el 18 de marzo de 2016, ha aprobado la presente Instrucción, decidida en la Sesión Ordinaria de esta Congregación el 2 de marzo de 2016, y ha ordenado su publicación. Roma, de la sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 15 de agosto de 2016, Solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen María.



OBISPO



OBISPO

HOMILÍAS

Apertura de los Ejercicios Espirituales para Sacerdotes celebrados en el Santuario de Los Milagros, del 18 al 22 de julio.

*Mi querido D. Juan Antonio, Obispo de Astorga
¡Mis queridos hermanos sacerdotes!*

“Al que sigue buen camino le haré ver la Salvación de Dios” (Sal. 49)

Este pensamiento que como respuesta al salmo responsorial nos propone la liturgia de la Palabra de Dios de la Misa de este día, nos puede servir para acompañarnos y animarnos en nuestro camino espiritual a lo largo de estos días de Ejercicios Espirituales. Con mis palabras no quisiera solapar o enmendar el camino trazado por mi hermano D. Juan Antonio ¡todo lo contrario! Con el fin de no interrumpir vuestros Ejercicios era mi deseo acercarme el día de la clausura, como viene siendo habitual, pero este año otras ocupaciones me lo impiden.

Los Ejercicios son un camino en el que se debe entrar con *“gran ánimo y generosidad...”*, *“ofreciéndole todo nuestro querer y libertad para que el Señor se sirva de nosotros conforme a su voluntad”* (S. Ignacio, *Libro de los Ejercicios*, 5)

Por ser sacerdotes, todos somos maestros de Ejercicios Espirituales, los hemos dado y los hemos recibido muchas veces; sin embargo, no está de más que hagamos nuestra la actitud de aquellos que en el Evangelio de hoy se acercan a Jesús y le dicen: *“Maestro, queremos ver un milagro tuyo”* (Mt. 12,38). Podemos caer en la tentación, al inicio de este camino espiritual, de pretender que el Señor haga un milagro. Creedme, en cuestión de Ejercicios el único milagro es *“disponer y aparejar el alma para escuchar al Señor (E.E. 238)”*

Porque el protagonista principal de estos días es el Señor: el Espíritu del Señor. Todo y todos los demás son apoyos para conjugar bien esos tres elementos de este camino:

- Oración
- Discernimiento
- Ascesis

Oración que nos lleva a ponernos a la escucha amorosa del Señor; es necesario que lo oigamos, que nos ayude a *bajar las cosas de la cabeza al corazón*; porque, *lo que harta y satisface al alma no es el mucho saber, sino el sentir y gustar de las cosas internamente”* (E.E. nº2). Es bueno que aprovechemos el tiempo para saborear y

disfrutar a Dios, de Dios y las cosas de Dios.

El **discernimiento** es otro de los momentos imprescindibles en los Ejercicios; todo lo que se nos diga y anuncie debe llevarnos a una actitud de escucha; no caigamos en la tentación de hacer análisis, ni crítica textual, ni otro tipo de observaciones. Todo auténtico discernimiento tiene que llevarnos a escuchar lo que Dios quiere decirnos, aquí y ahora. Cuidémonos de no caer en la pragmática eclesiástica que consiste en pensar que lo que Dios me dice es para predicar a los demás. No, para eso no son los Ejercicios Espirituales.

El otro aspecto, a tener en cuenta, es la **ascesis**. De manera especial el cultivo del silencio exterior e interior, así como procurar la concentración para mejor captar y cultivar la oración que debe ser un coloquio con el Señor que nos debe llevar a sentir con Él y a degustar su Palabra.

En este contexto os ruego, y, ante todo vuelvo a pedir disculpas a D. Juan Antonio por si interfiero en la dinámica de estos días, pero quisiera que tuvierais presente dos pensamientos que nos ofrece el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, creo que son especialmente emblemáticos en esta situación: “*Al que sigue buen camino le hare ver la salvación de Dios*”. No me cabe la menor duda de que al encontrarnos aquí queréis seguir el *buen camino*. A este camino nos invita el Santo Padre, casi al comienzo de la exhortación apostólica. Nos decía:

“Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por El, de intentarlo cada día sin descanso (...). Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que El ya esperaba su llegada con los brazos abiertos (...). No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante! (EG nº3)

Solo gracias a ese encuentro -o reencuentro- con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora (EG nº 8).

¡Cuánto desearía que todos los sacerdotes hiciesen los Ejercicios anuales! ¡Cuánto daría para que participasen en los retiros de zona pastoral! Ahí está la clave de la auténtica tarea evangelizadora, y además, en esta antigua praxis de la Iglesia encontramos el antídoto contra toda pastoral autorreferencial y de puro mantenimiento.

Estáis iniciando vuestro camino espiritual en este Santuario, vais a vivir estos días en esta casa de María, la *Madre del Evangelio viviente* -como la llama el Santo Padre- a Ella le pido que se acerque a cada uno de vosotros con su maternal ternura y os acompañe ahora y siempre a lo largo de la vida. Como una verdadera

Madre, Ella camina con vosotros y os ayudará a que a través de las manos de vuestra existencia sacerdotal, derramáis el amor misericordioso de Dios sobre los hermanos y hermanas que la Iglesia os encomiende. Que Ella os ayude a creer, desde la verdad de Jesucristo, en lo auténticamente *revolucionario de la ternura y del cariño* (EG n° 88) de los que están tan necesitados nuestros contemporáneos.

Os prometo mis oraciones y os suplico que recéis por mí y que tengáis presentes a nuestros hermanos sacerdotes, sobre todo a aquellos que necesitan descubrir la ternura del perdón de Dios. Y no os olvidéis de pedirle a esta Señora de los Milagros que nos conceda vocaciones sacerdotales.

¡Que así sea!

**Misa exequial polo pai do Excmo. Sr. Presidente da Xunta de Galicia
Igrexa de Cristo Rei das Lagoas. Ourense. 19 de xullo de 2016.**

Apoc 21, 1-5a. 6b-7

Sal 22

Mt 5, 1-12

Sr. Presidente da Xunta de Galicia.

Irmáns e Irmás.

Saúdo con especial afecto á esposa, fillos e demais familiares de D. Saturnino.

Meus queridos amigos:

Nesta calurosa tarde do mes de xullo fomos convocados nesta igrexa parroquial de Cristo Rei das Lagoas da cidade de Ourense por un motivo de piedade e para vivir unha das obras de misericordia que dende sempre recomendou a Igrexa: *enterrar aos mortos*.

Ante o feito da morte dos nosos seres queridos, a pesar da dor, a fe da Igrexa invítanos a abrir o noso corazón á esperanza e coa axuda da Palabra de Deus que proclamamos nesta liturxia exequial lémbra-nos: *Vin un ceo novo e unha terra nova, porque o primeiro ceo e a primeira terra pasaron* (Apc 21, 1). Somos conscientes de que no máis íntimo do ser humano hai un berro de eternidade que non pode ser esmagado nin anulado polo feito da morte, aínda que esta pretenda roubarnos coa súa inexorable presenza o acougo e a paz, atenazando tantas veces a intelixencia e o corazón. Resistímonos ao feito mesmo do morrer como posibilidade última da existencia humana. A intelixencia do home e da muller de hoxe e de sempre téñense rebelado contra toda posible formulación unidimensional da existencia humana pretendendo reducir a vida de toda persoa, única e exclusivamente, ás nosas habituais coordenadas espazo-temporais sen aceptar ningunha perspectiva de eternidade.

O apóstolo Paulo, que vivira unha experiencia dramática na súa vida, deixou-nos un testemuño de fe na vida eterna; el mesmo dinos que o ser humano está chamado, logo da morte, a unha nova dimensión, a unha existencia nova que *nin o ollo viu, nin o oído sentiu, nin o home pode pensar o que Deus preparou para os que o aman* (1 Cor 2, 9-10). E, aínda que a nós, cidadáns desta terra e deste tempo, nos resulte case imposible crer estas palabras, dende a perspectiva da fe sabemos que para Deus nada hai imposible e El, *cuxo poder se manifesta co perdón e coa misericordia*, que nos sacou da nada por puro amor, tamén agora, con esa enerxía que procede da resurrección de Xesús Cristo pode *facer novas todas as cousas* (Apoc 21, 6), porque o amor de Deus é máis poderoso que a morte, por iso é polo que agardamos e cremos que este corpo que hoxe imos entregar á terra resucitará en incorrupción; por iso co libro sapiencial da Santa Escritura dicimos: *Con todo, eu*

sei: O meu Redentor está vivo e ó remate hase erger sobre a terra; despois de ter esgazada a miña pel, aínda sen carnes hei ver a Deus. Eu mesmo o hei ver; hano ve-los meus ollos, non os doutro (Jb 19, 25-27). Cremos nesa existencia persoal despois da morte como unha consecuencia desa nova creación feita por obra do amor de Deus.

Poñemos toda a longa historia da vida do noso irmán D. Saturnino nas mans do Señor e estamos convencidos de que *a misericordia é sempre máis grande que calquera pecado e ninguén poderá poñer un límite ao amor dun Deus que perdoo* (Misericordia vultus, nº 3b). Ás veces, os crentes no Deus da vida, pensamos que a misericordia do Señor é unha idea abstracta, pero equivocámonos, porque *é unha realidade concreta coa cal El revela o seu amor, que é como o dun pai ou unha nai que se conmoven no máis profundo das súas entrañas polo propio fillo* (MV nº 6b). Por iso, no salmo que liamos hai un momento proclamabamos que *A túa bondade e a túa misericordia acompañanme todos os días da miña vida, e habitarei na casa do Señor por anos sen término (...) porque o Señor é o meu pastor* (Sal 22, 6). Ante o sufrimento e a dor impónse a tenrura dun Deus que ama e perdoo e que amosa o seu rostro misericordioso a través de Xesus Cristo, o Resucitado de entre os mortos.

A resurrección de Xesus Cristo foi e segue a ser un forte impacto no ánimo dos cristiáns que dende o primeiro momento da súa historia, o día da morte dun crente denominárono *dies natalis*; é dicir, o día do seu nacemento; e ao lugar onde depositaban aos seus defuntos chamáronlle *lugar onde se dorme*: cemiterio. E isto ata o día de hoxe.

Irmáns e irmás: *a morte non é o final do camiño*, senón o paso a unha nova existencia en plenitude que se vive fóra destes ceos e desta terra, nesa dimensión que chamamos eternidade. Cando vivimos esta certeza que se apoia na vida, paixón e morte do noso Señor Xesus Cristo, entón o noso comportamento existencial é máis comprometido. É verdade que alguén escribiu, e algúns seguen a repetilo, que o cristianismo se cruza de brazos ante a transformación e o progreso deste mundo e só eleva as súas mans cara ao ceo agardando que de alí chovan as solucións aos seus problemas. Quen ofrece esta caricatura da vida cristiá non entendeu a fe no Resucitado que brotou no corazón dos homes e mulleres do noso pobo e os impulsou na súa existencia, na súa vida profesional e matrimonial, e tamén como cidadáns responsables como aconteceu co noso irmán D. Saturnino. Un home honrado, humilde e sinxelo, alleo á publicidade. Fiel esposo, bo pai cheo de tenrura cos seus fillos, e amigo xeneroso de todos os que o trataron.

Tanto el coma nós, contando coas nosas pobreza e debilidades, loitamos por vivir na nosa vida o *Sermón das benaventuranzas* que nos presentou o Evanxeo de san Mateo que proclamamos nesta liturxia de exequias: Benaventurados... Ditosos. Unha concreción destas benaventuranzas atopámola nas *Obras de Misericordia corporais e espirituais* que o papa Francisco nos pide que reflexionemos e que convertamos en proxecto de vida neste Ano xubilario da Misericordia, porque

en base a elas seremos xulgados no atardecer da vida, pero ese xuízo échenos de paz porque a fe dinos que seremos examinados con amor.

Invítovos a que volvamos a mirada á Santísima Virxe María que nesta parroquia se venera baixo o nome da Nosa Señora de Portovello. A ela, que é Nai Misericordiosa, encomendamos ao noso irmán D. Saturnino e, facendo noso o sentir daquela antiquísima oración, podémoslle dicir: Acórdate, oh Nai de Deus, cando te atopas ante a presenza do Altísimo, de dicirlle cousas boas do noso irmán e de cada un dos que estamos aquí, para que o noso paso por este mundo se converta nun camiño seguro que nos leve a eses *ceos novos e esa terra nova* que o Bo Deus ten preparados para os que ama.

¡Que así sexa!

Solemnidad de Santa Clara de Asís
Monasterio de San José de Vilar de Astrés
Ourense, 11 de agosto de 2016

*Rvdma. Madre Abadesa y querida Comunidad,
 Mis queridos hermanos sacerdotes,
 Hermanas y hermanos, fieles devotos de Santa Clara de Asís.*

Quisiera dirigirme a todos los aquí presentes por medio de las palabras de la Escritura Santa que ha sido proclamada en esta solemne liturgia de acción de gracias: *“El Dios que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas”, la ha encendido en vuestros corazones, haciendo resplandecer el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo (2 Cor 4,6-10)*

Esta realidad de la que nos habla el texto del apóstol San Pablo se hizo carne viva en la existencia de Santa Clara de Asís, cuya solemnidad estamos celebrando. De igual modo, mis queridas hermanas Clarisas, a las que en la tradición espiritual franciscana se os ha denominado con el hermoso nombre de Damas Pobres de la Orden Franciscana, también vosotras estáis llamadas a ser luz en medio de este mundo y, como toda luz no hace ruido, así vosotras, desde este lugar, sin ruido de palabras, tenéis que ser luz que ilumine el camino de nuestra Iglesia particular.

Siguiendo la estela de santidad que vuestros seráficos padres San Francisco y Santa Clara os han dejado, vosotras tenéis que ser como esos *rayos de la única luz de Cristo que resplandece en el rostro de la Iglesia*; tal como nos lo recuerda la reciente Constitución Apostólica *Vultum Dei quaerere*, del papa Francisco - en la que aparece citada hasta cuatro veces vuestra Santa Madre fundadora - vosotras estáis llamadas a ser *como faro que indique la ruta para llegar a puerto, así el mundo os necesita* (nº 5). Los que hemos nacido y vivido los primeros años de nuestra vida cerca del mar, sabemos de la importancia que tienen los faros que se asoman a los acantilados de nuestra rías para indicar con su resplandor el puerto seguro a los marineros, sobre todo en las noches oscuras y en los momentos de tempestades violentas; lo hacen sin ruido, solo con sus destellos de luz indican donde están los peligros y encaminan la nave a puerto seguro. Se os recuerda que *sois faro que indica la ruta*, y lo sois desde esta atalaya en donde poco a poco habéis construido este monasterio de Clarisas reparadoras. Desde este lugar y desde esta casa se espera que broten esos signos de misericordia, de perdón y se haga evidente la ternura del Dios de los pobres que quiere iluminarnos a través de vuestra presencia.

Hermanas mías, en esta fiesta de vuestra Madre fundadora es bueno recordaros, una vez más, *que la Iglesia os necesita*; seguid luchando, siendo fieles al caris-

ma de vuestra vocación monástica para convertirnos en esas *centinelas de la aurora* (Is. 14,6) que anuncian a Jesucristo vivo. Así, *con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, tenéis que indicarnos a Aquel* (nº 6) que es Jesucristo.

Hoy más que nunca, quizás mucho más que en épocas pasadas, vuestro testimonio es muy importante porque esta generación necesita ver y palpar a través de vuestra entrega en la Iglesia -una entrega que pocos saben apreciar y algunos pueden considerar inútil - y de vuestra vida silenciosa y operativa os convertiréis en signos elocuentes de una historia de amor apasionado por el Señor y por esta humanidad. Esta historia de amor, que es la vida de una clarisa, se despliega cotidianamente a través de la apasionada búsqueda del rostro del Dios de la misericordia, rostro que se hace realidad viva en las hermanas de la Comunidad, sobre todo de las más ancianas y necesitadas de ayuda y de atención. También, tal como os lo recuerda la mencionada constitución *Vultum Dei quaerere*, ese rostro se hace presente en el trabajo cotidiano, aunque éste sea sencillo y pobre ¡no os olvidéis de vuestros orígenes! ¡Damas pobres de Santa Clara!; y no os olvidéis de esa otra gran tarea que es la formación continua que os ayudará a vivir vuestra vocación de hijas, hermanas, madres y maestras de vida interior.

Cuidad mucho vuestra vida fraterna en Comunidad. Alejad de vuestros corazones los fantasmas que os hacen pensar en otros claustros, en otras hermanas o en otro estilo de vida. En la medida en la potenciéis la vida fraterna comunitaria estaréis convirtiéndoos en un icono vivo de la gran familia de Dios, por eso se os recuerda que *la vida fraterna en comunidad es también la primera forma de evangelización* (nº 27); es decir, evangelizáis viviendo con pasión vuestra vida de comunidad. Dios os quiere aquí, en este lugar del que tenéis que hacer un hogar y una escuela de santidad que irradie esa luz imprescindible para la nueva tarea evangelizadora. Si vivís así seréis signos creíbles de Jesucristo al que habéis entregado todo lo que sois y poseéis.

En el Evangelio de esta solemnidad hemos escuchado como el Señor nos dice. *Permaneced en mi* (Jn 15,4). Para ser fieles, al estilo de Santa Clara de Asís, tal como la Iglesia quiere y os lo pide una vez más a través de las palabras de la *Vultum Dei quaerere*, no os podéis olvidar de la centralidad que en vuestra vida tiene la oración; una oración apoyada y alimentada sobre todo por la contemplación de la Palabra del Señor. A veces usamos muchos libros, muchos de ellos buenos, pero, no podemos olvidar que para un cristiano, y más para una monja contemplativa, descubrir la centralidad de la Palabra de Dios es *la fuente primera de toda espiritualidad*, como nos recordaba san Juan Pablo II. Por eso, es necesario redescubrir que *la lectio divina o lectura orante de la Palabra es el arte que ayuda a dar el paso del texto bíblico a la vida, es la hermenéutica existencial de la Sagrada Escritura, gracias a la cual podemos llenar la distancia entre espiritualidad y cotidiana*

neidad, entre fe y vida. El proceso que la lectio divina lleva acabo tiene como fin llevarnos de la escucha al conocimiento y del conocimiento al amor (nº 20) Que vuestra jornada, personal y comunitaria, esté marcada por ese ritmo existencial que brota de la Palabra de Dios; si hacéis así, vuestra comunidad será una escuela donde se escucha, vive y anuncia la Palabra a cuantos se vayan encontrando con vosotras. No nos olvidemos que toda verdadera contemplación de la Palabra finaliza en la acción; es decir, la Palabra leída, estudiada, escrutada y contemplada transforma nuestras vidas y las convierte en un don para los demás.

Permaneced en mí! Estas palabras han sido dirigidas a todos los que estamos celebrando esta sagrada liturgia, no solo para vosotras que hoy vivís con alegría la fiesta de vuestra Madre. ¡Sí! A todos y a cada uno de nosotros la Palabra de Jesús, con la fuerza del Espíritu, se dirige y nos dice: *Permaneced en mí. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada (Jn 15, 4-6)*

Nuestra unión con Jesús es un don que Dios nos ha concedido en la Iglesia a través del Bautismo; este regalo nos abre a la comunión, a caminar unidos, a caminar juntos sintiéndonos hermanos gracias a ese Cristo *que siendo rico se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8, 9)*. Por eso, lejos de nosotros la división, el partidismo, las quiebras a la comunión eclesial, la autoreferencialidad, el egoísmo pastoral, porque ese es el camino de la infelicidad y de la infecundidad pastoral y vocacional.

El mismo Evangelio de hoy nos da la clave para..., me vais a perdonar que hable así: ¡para triunfar! *Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que deseáis, y se realizará (Jn 15, 7-8)* En este Año de la Misericordia el Santo Padre nos está pidiendo no solo con palabras, sino con hechos, como lo volvió a repetir en su visita a la basílica de Nuestra Señora de los Ángeles - a la Porciúncula - en la ciudad de Asís, que volvamos a los brazos del Padre de la Misericordia, no una, sino tantas cuantas veces lo necesitemos, para que así el dinamismo del buen espíritu y la fuerza de su gracia nos ayude a vivir unidos a Él y en virtud de esa fecunda realidad podamos hacer más auténtica y viva nuestra comunión. Desde esta perspectiva, mis queridas hermanas y hermanos, se entiende el **camino sinodal** en el que nos encontramos. Vivámoslo con alegría y esperanza; sepamos descubrirlo desde la perspectiva de la novedad de las cosas de Dios; aceptémoslo como uno de los regalos que el Señor concede a nuestra Iglesia particular y os ruego que desde este faro luminoso que es y debe ser vuestro monasterio coloquéis a los pies del Redentor y de su Santísima Madre este camino que nos hemos propuesto realizar juntos en el seno de esta Iglesia ourensana.

Mis queridas Hermanas Clarisas quisiera que no os olvidarais de que vuestra forma de vida contemplativa es un don para esta Iglesia que peregrina por estas

cálidas y queridas tierras; vuestra vida nace en la Iglesia, crece en la Iglesia y está orientada hacia la Iglesia; vivid en profunda comunión con la Iglesia a través de esta Iglesia local que os quiere y os valora. Ruego al Buen Dios que al estilo de Santa Clara de Asís seáis para nosotros como una prolongación del misterio fecundo de María virgen, esposa, madre y maestra. Como Ella acoged la Palabra, guardadla en vuestro corazón y así daréis fruto aquí o allende nuestras fronteras, y, sobre todo, nos regalaréis al mundo y a los hermanos y hermanas que buscan en vosotras a ese Cristo que es *el Camino y la Verdad y la Vida* (Jn. 14,6).

Qué así sea.

Exequias de D. Elías Seoane Ramírez
Cura-párroco de Santiago de Barallobre
16 de setembro de 2016

Irmáns meus no sacerdocio

Irmás e irmáns no Señor.

Benqueridos amigos e veciños todos.

Permitídemme que saúde con especial afecto aos familiares de D. Elías e lles manifeste o meu sentimento de pésame, no meu nome, no do Sr. Arzobispo, de D. Jesús o Sr. Bispo-auxiliar de Compostela, no dos sacerdotes, non só dos presentes senón tamén de todos aqueles que non puideron asistir. A vosa dor é tamén nosa porque este sacerdote era membro desta gran familia que é o Presbiterio diocesano.

Eu son a resurrección e a vida: o que cre en min, aínda que morra, vivirá; e o que está vivo e cre en min, non morrerá para sempre?

Meus queridos irmáns, veciños e amigos todos: Estamos tan afeitos a oír, dicir, e ata cantar este versículo do Evanxeo que pode ser que perda forza e intensidade nas nosas vidas; convén que non esquezamos que este texto evanxélico recollido nun contexto determinado nos ofrece unha profesión de fe na vida eterna; no seu contexto faise una interrogante que se converte nunha pregunta a cada un. Neste momento, o mesmo que no seu tempo lle preguntou Jesús aos seus contemporáneos: *Cres isto?* ¡Meus benqueridos irmáns! Ante os restos mortais de Don Elías, persoa tan entrañable para todos os fillos de Barallobre e de todo este Arciprestado temos que facernos a nós mesmos esta mesma pregunta. *Cres isto?* É dicir, cres na resurrección dos mortos como Pablo preguntaba aos fieis da igrexa de Corinto tal como se nos amosa na primeira lectura deste tempo ordinario que nos ofrece a liturxia deste día.

Cando vivimos a nosa fe no Crucificado-Resucitado, no Deus que está vivo, nótase no tenor da nosa existencia cristiá e sacerdotal. Si vivimos de cara á vida eterna, a nosa forma de vivir o noso cristianismo, ou a nosa vocación sacerdotal será distinta. Cando sabemos que estamos chamados á eternidade, esforzámonos por vivir o momento presente con paixón e co dinamismo da graza de Deus, somos capaces de ir relativizando todo aquilo que é efémero e transitorio; recordemos aquilo que tantas veces nos lembran os mellores fillos da Igrexa que son os santos: *que importa ao home gañar o mundo enteiro se perde a súa alma?* Dende a perspectiva da eternidade o exercicio do noso ministerio sacerdotal, a nosa vida cristiá vivida de acordo coa vocación que cada un temos! adquire un relevo

e unha forza que fai que ata as cousas máis pequenas teñan un gran sentido. Do mesmo xeito que lle pasa á semente que espalla pola terra o divino sembrador, é pouca cousa, pero dela brota nova vida.

Cando vivimos nesa clave de eternidade o noso traballo pastoral, a Liturxia das Horas e a Eucaristía cotiá ben celebrada, o vivir desprendido das cousas, o ter ao día as cuestións relativas ao noso traballo ou ministerio, o sabernos servidores e administradores e non donos daquilo que nos encomendaron; en definitiva, toda a nosa loita no cotián constitúe unha parte, non pequena, do noso camiño de santidad.

Cremos na vida eterna!

Cando cumprimos co triste deber de dar sepultura a este sacerdote que formou e forma parte xa de xeito definitivo da historia de moitos dos que estamos aquí, que serviu a esta Igrexa durante tantos anos, repasamos co corazón agradecido a historia do exercicio do seu ministerio e podemos dicir: As súas obras acompañano! e todas elas deixámolas nas mans do Pai que é rico en misericordia. Hoxe rezamos por él; pero sabemos, así nolo ensinaba aquel gran mestre que foi San Agustín, que a vida é unha propedéutica para a morte. Esta oración da Igrexa por este irmán sacerdote, motivo polo cal nos atopamos hoxe aquí, na parroquia de Santiago de Barallobre, lévanos a preguntarnos pola nosa fe na eternidade. Cremos en que Xesús, o Señor, é a resurrección e a vida? Cremos como cre a Igrexa? Se a nosa fe é auténtica, como nos recorda o papa Francisco, lévanos a saír de nós mesmos, dos nosos criterios e opinións, das nosas excesivas preocupacións polo mañá que nos levan a agarrarnos ás cousas do aquí e esta actitude impídenos ser libres porque nos convertemos en escravos das mesmas cousas, das posesións, da conta corrente; en definitiva, lévanos a caer nesa *mundanidade* que nos ata. Hoxe pídesenos a todos que loitemos por ser testemuñas misioneras. Testemuñas vivas da nosa fe en Xesucristo para que o mundo crea. Só dende a fe, é dicir, só si abrimos a nosa existencia á fe en Xesucristo Resucitado e vivo, só así, seremos capaces de saír de nós mesmos -rompendo con esa mundanidade- e deste xeito converterémonos en testemuñas cribles que seremos capaces de atraer á Igrexa, en definitiva, a Deus, a tantos irmás / irmáns que se afastaron. Canto nos ensinan e nos ensinaron os sacerdotes maiores!, sacerdotes cun corazón entregado e xeneroso. Cantas cousas non poderíamos dicir da vida e do ministerio exercido por D. Elías nesta parroquia, na de Perlio e en todo Bezoucos. Dende moi novo entregouse ao exercicio do ministerio entre nós, recordamos, e vivimos as moitas facetas que exerceu a través do seu ministerio. Sempre buscou o ben e o mellor do home e da muller do noso pobo. Aquí entregou as mellores das súas cualidades humanas e sacerdotales ata o final da súa existencia.

D. Elías, ao longo da súa vida, deixou signos elocuentes da súa presenza sacerdotal, hoxe poñémolos nas mans Daquel que é misericordioso e pedímoslle que o

reciba neses ceos novos e, a nós, que nos conceda unha fe forte para o noso camiño. Suplico para o noso irmán sacerdote o descanso e a paz eterna. Que o Señor o recompense polo coidado con que exerceu o seu sacerdocio na nosa parroquia. Hoxe entregamos os seus restos mortais como boa semente no surco desta terra na que viviu e quixo morrer, para que dea froito.

A vós, meus queridos amigos e veciños que vivides a vosa fe nesta comunidade cristiá de Santiago de Barallobre, rógovos que sexades conscientes de que a situación da Igrexa non é a de hai anos, a dos anos cincuenta cando veu a vivir o carón de nós D. Elías: cada parroquia tiña o seu cura. Agora é imposible. E isto non só porque baixou o número de vocacións sacerdotais; senón porque neste momento da nosa historia tendes que descubrir que a Igrexa non só é un asunto que lle concerne ao bispo e aos sacerdotes, senón tamén a todos os fieis bautizados. É necesario que axudedes ao sacerdote que vos atenda e que sexades comprensivos con el porque deberá atender outras comunidades parroquiais. Os fieis, que auténticamente viven a súa fe cristiá, deberán acudir á Santa Misa alí onde se celebre, tal como se facía ao principio do cristianismo. Si tivesemos unha fe máis viva e comprometida colaboraríamos máis coa parroquia, axudariamos aos nosos sacerdotes coa nosa oración e coidado e non os estariamos censurando polo que non fan, ou polo mal que nos atenden, ou quizais porque chegan tarde e ignoramos os motivos serios do seu atraso.

Irmás e irmáns meus, ante os restos mortais de D. Elías que viviu connosco servíndovos o mellor que sabía e podía, suplicovos con toda a alma que vos impliquedes máis coa vida parroquial. Era o desexo e a ilusión do noso párroco. Todos podemos aportar un pouco do moito que o bo Deus nos concedeu e que temos para que esta sexa unha Comunidade viva. Rógovos que recedes por D. Elías, pola santidad dos sacerdotes, para que sexamos fieis! Cubridede coa capa da caridade os erros e fallos que poidan ter os vosos sacerdotes, axudádelles, non lles critiqueades! Xa nos chega coas noticias, moitas veces, non verdadeiras sobre algún membro da Igrexa. Nós, como cristiáns temos que ser positivos.

Estamos vivindo o Ano da Misericordia, moitos peregrinastes a Santiago acompañados por D. Elías, foi a última vez que o vin; abride os vosos corazóns á graza do Señor e El concederavos unha existencia nova. Non esquezades pedir polos seminaristas, para que perseveren, rogade para que xurdan vocacións nestas terras. O último que se ordenou nacido nestas terras fun eu, hai máis de trinta e seis anos. Procurade coidar as catequesis e a preparación dos nenos para a primeira confesión e a primeira comunión. Aí é onde comezan a fraguarse as vocacións. Non obstaculicedes que vaian os nenos ao Seminario Menor, non teñades medo! O Seminario Menor non é unha fábrica de cregos, senón unha estrutura académica que nos ofrece a Igrexa onde os nenos e os mozos adquiren estudos adecuados e, ademais, unha formación humana e cristiá que lles servirá para a súa

propia vida; no Seminario trabállase para dar unha formación integral aos nosos mozos e, se o Señor lles concede a vocación sacerdotal, bendito sexa Deus!

Volvemos a mirada a esta realidade que temos aquí presente, os restos mortais de D. Elías, o noso irmán sacerdote e o noso párroco, e para el pedimos *Dálle Señor o descanso eterno! ¡Que descanse das súas fatigas e que as súas obras obteñan das mans do que é rico en Misericordia o premio que merece pola súa dedicación* e, se necesita a nosa axuda fraterna, ofrecemos esta Santa Eucaristía como sufraxio para que o Señor lle perdoe todo aquilo que por mor da fragilidade do corazón humano puido cometer.

Que Santa María, Nai de Deus e Nai nosa, Señora do Carme, á que lle profesaba unha especial devoción e celebraba a súa festa con especial gozo tódolos anos, abra o seu colo de Nai Misericordiosa e, facendo noso o sentir daquela antiquísima oración, podemoslle dicir: Acórdate, oh Nai de Deus, cando te atopas ante a presenza do Altísimo, de dicirlle cousas boas do noso irmán e de cada un dos que estamos aquí, para que o noso paso por este mundo se converta nun camiño seguro que nos leve a eses ceos novos e esa terra nova que o Bo Deus ten preparado para os que ama.

Que así sexa!

Fiesta de Santa Eufemia en la parroquia de Calheiros - Viana do Castelo 18 de septiembre de 2016¹

Excelencia Sr. Bispo D. Anacleto, Sr. Bispo emérito D. José.

Benquerido P. Jorge. Saúdo a todos los padres que participan nesta concelebración eucarística con motivo da festa de Santa Eufemia

Irmáns e irmas, benqueridos amigos todos.

“El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto” (Lc 16, 10-11)

Con estas palabras del Evangelio de este domingo podemos comenzar nuestra reflexión en esta fiesta de santa Eufemia, mártir y patrona de esta comunidad. Algunos piensan que los mártires son un producto religioso de tiempos pretéritos y se equivocan. Hace tan solo unos días el Santo Padre Francisco, durante la homilía de la Santa Misa cotidiana en la Residencia de Santa Marta en el Vaticano nos dijo algo muy hermoso acerca del martirio, lo hizo con ocasión de una Misa en la que recordaba al P. Jacques Hamel, sacerdote francés que fue degollado mientras celebraba la Santa Misa. El papa nos dice que los primeros cristianos confesaron a Jesucristo pagando con su vida; a ellos se les proponía la apostasía, o sea, las autoridades les proponían: *“Decid que nuestro dios es el verdadero, y no el vuestro. Haced un sacrificio a nuestro dios o a nuestros dioses”, si hacéis esto se os concederá la vida y seréis libres, y si rechazáis a nuestros dioses, entonces, moriréis.*

Esta historia se repite hasta hoy, y hoy hay más mártires cristianos en la Iglesia que en los primeros tiempos. Hoy hay cristianos asesinados, torturados, encarcelados, degollados porque no reniegan de Jesucristo. En esa historia interminable llegamos hasta nuestro Padre Jacques: él forma parte de esta cadena de mártires. Los cristianos que hoy sufren -ya sea en la cárcel o con la muerte o las torturas- por no renegar de Jesucristo, hacen ver precisamente la crueldad de esta persecución. Y esa crueldad que pide apostatar de la fe en Jesucristo -digamos la palabra- es satánica. El Padre Jacques Hamel fue degollado, precisamente, mientras celebraba el sacrificio de la Cruz de Cristo.

Los mártires dieron su existencia por la Vida auténtica que es Jesucristo: *Camino, Verdad y Vida*; es decir, dieron su vida por mantener su fidelidad a Jesucristo, fidelidad que se manifestaba a través de la lucha por vivir las virtudes, como en el caso de santa Eufemia, que a sus 18 años se mantuvo fiel en su pureza de vida y prefirió la muerte antes que ser infiel al amor de Dios. El papa nos recuerda con fuerza que atentar contra el ser humano es una ofensa grave contra Dios y matar utilizando el nombre de Dios es una acción satánica. Palabras fuertes y claras

¹ Texto en castellano de la catequesis-homilía pronunciada en portugués.

pronunciadas por el Santa Padre.

¿Cómo los mártires, seres de carne y hueso como nosotros, fueron capaces de dar la su vida por Jesucristo? Lo hicieron porque supieron encarnar en su vida la fe en Jesús. Vivieron una experiencia viva del Evangelio y lo convirtieron en código de conducta ;se fascinaron de la vida de Jesucristo! También nosotros tenemos un camino para ser, como nos recuerda la Iglesia, testigos, es decir, mártires de Cristo en nuestro mundo por medio de una vivencia auténtica de nuestros compromisos familiares como hijos, padres, esposos, abuelos; también con nuestro trabajo bien hecho; con el respeto a los demás sin caer en críticas o murmuraciones, ni levantando falsos testimonios acerca de la vida de los otros, cuando esto hacemos terminamos manchándonos a nosotros mismos; en este sentido que fuertes y certeras han sido las palabras del papa Francisco contra estas faltas tan frecuentes que terminan por encerrarnos en nosotros mismos, convirtiéndonos como dice él en autorreferenciales, es decir, en personas que giramos sobre nosotros mismos de forma egoísta; ser mártires hoy consiste en luchar, como auténticos testigos de Jesucristo, por llevar a la vida el Evangelio que llena de alegría y paz el corazón y la vida entera de todos los que se encuentran con Jesús.

Para lograr ser testigos-misioneros como nos recuerda hoy la Iglesia, por medio del papa, es necesario que acojamos el consejo que de forma providencial llega hoy, una vez más, a través de los textos de la Sagrada Escritura que acabamos de proclamar: La primera lectura es un pequeños fragmento del profeta Amós, que pasa por ser el profeta de la justicia social y que ejerció su ministerio profético, posiblemente, hacia el siglo VIII a C. Era aquel un momento de prosperidad económica y de aparente tranquilidad política, pero solo era una aparente realidad - como sucede también hoy en muchos países, por lo menos en el mío, no se aquí - porque mientras unos cuantos gozaban de aquella política de progreso y del bienestar social, otros muchos, la mayoría de la población formaban parte de las gentes desfavorecidas que pasaban graves necesidades. Es decir, mientras unos nadaban en la abundancia, otros no tenían ni para comer. El profeta les anunciaba que ese era un atentado contra Dios, no nos olvidemos, todo aquello que va contra el hombre, también va contra Dios. La lección que nos da este texto es que los muchos bienes, el mucho poseer no da la felicidad sino que termina *metalizando* el corazón humano y le hace insensible ante las necesidades de los demás, incluso de los más próximos. Y esta actitud no es cristiana; si vimos así, no podemos ser esos testigos que el mundo y la Iglesia hoy nos reclama.

Para evitar que se metalice nuestra vida en la carta del apóstol Pablo a Timoteo se nos recomienda que se hagan paces, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, también por aquellos que nos gobiernan. Hablar de la necesidad de la oración en estas tierras de Portugal no es necesario porque aquí habéis tenido la suerte de haber recibido el mensaje de la Madre de Dios que nos ha pedido a todos, niños y ancianos, jóvenes y personas mayores, enfermos

y sanos que intensifiquemos nuestra oración pidiendo por nuestra conversión personal y la del todo el mundo. Fátima sigue siendo, casi cien años después de las apariciones a los santos "*meninos*", un signo profético para nuestro tiempo. En este mismo sentido, el papa Francisco nos decía que si queremos una conversión de la pastoral, de la vida de la Iglesia, de las estructuras que regulan las actividades catequéticas, formativas, es imprescindible una conversión personal. Nosa Señora nos recuerda penitencia y oración, que es tanto como decir: orar para lograr una conversión personal más auténtica de tal modo que así nos convirtamos en esos testigos-misioneros que hoy la Iglesia necesita.

El apóstol Pablo en esta carta nos enseña que la verdadera oración súplica no es lograr la conversión del corazón de Dios, como algunos piensan - hacer que Dios haga lo que yo quiera - ¡eso no es cristiano!; la auténtica oración de súplica, como es la que estamos haciendo en este momento es para que nosotros nos convirtamos a Dios y así nos dispongamos para recibir de Él sus dones y, en ocasiones, la cruz de la fragilidad, del dolor, de la enfermedad o muerte de un ser querido, también se convierte en un don de Dios, aunque no lo entendamos de momento. ¡Cuando trabajo nos cuesta entender las realidades negativas o adversas de la vida! necesitamos mirar, como lo hicieron los mártires a Aquel que fue traspasado por amor en la cruz por todos nosotros.

Ante la cruz de Jesucristo no hay dolor como su dolor, pero el nuestro unido al suyo se convierte en un dolor corredentor que nos beneficia a nosotros mismos y a toda la humanidad aunque nosotros no sepamos descubrirlo. Si esto no fuera así, la muerte de nuestros mártires, como lo fue la de la joven santa Eufemia, la del P. Hamel, la de tantos cristianos de la Iglesia de Oriente, la de ese grupo de estudiantes africanos -que fueron martirizados por ser fieles a su fe en Cristo-, habrían sido muertes sinsentido.

No quisiera finalizar mis palabras sin referirme a este texto del Evangelio de san Lucas. La parábola que nos presenta Jesús nos resulta desconcertante; parece que el Señor alaba la conducta inmoral de un administrador corrupto - de lo que tanto se habla hoy en mi país: corrupción -; no, lo que pretende el Señor es que nos fiemos en la habilidad y en el ingenio de aquel administrador con los bienes materiales, de tal modo que nosotros debemos de llenarnos de ingenio y habilidad para conseguir los bienes del Reino de esos Cielos nuevos y de esa Tierra nueva. Debemos aprovechar muy bien el tiempo que nos concede el Señor para ir construyendo nuestro cielo en la tierra como nos enseñan los mejores hijos de la Iglesia, los santos, recordad como decía santa Teresa del Niño Jesús: "*quiero pasar de mi cielo haciendo bien en la tierra*". Nosotros queremos ganar esos Cielos y esa Tierra nueva, haciendo el bien en esta tierra hoy, aquí y ahora. En esto consiste el verdadero y auténtico *materialismo cristiano*; es decir, entendiendo bien las cosas tenemos que luchar en este momento de nuestra vida - porque es el hoy de Dios para cada uno de nosotros - para anegar el mal en abundancia de bien,

aprendiendo siempre a perdonar para ser así misericordiosos como nuestro Padre del Cielo, de tal modo que así tiene sentido pleno lo que nos dice el Evangelio de hoy: *Quien es fiel en las cosas pequeñas, también es fiel en las grandes; y quien es injusto en las cosas pequeñas, también es injusto en las grandes.* Este es un consejo muy práctico que todos podemos hacerlo realidad cotidianamente. Ser fieles en las cosas pequeñas. En las cosas cotidianas, en lo de cada día. Si luchamos por hacerlo así estaremos entendiendo bien el cristianismo porque seremos capaces de concretar en nuestra vida cotidiana la misma existencia de Nuestro Señor Jesucristo que pasó la vida haciendo el bien.

Así lo hicieron los santos y los mártires. Así lo hizo santa Eufemia. Una mujer joven y hermosa, con una buena educación, que por fidelidad a Jesucristo, encarnándolo en su propia vida tuvo la fuerza y el arrojo de ser un testigo fiel del Evangelio, por eso, a pesar de los muchos siglos que nos separan en el tiempo de su propia vida, seguimos recordando su gesta de amor y de fidelidad, y ese recuerdo nos beneficia a todos porque así también aprendemos a ser fieles y valientes seguidores de Jesús en nuestros ambientes y en nuestra sociedad tan llena de modas laicistas excluyentes contra el hecho religioso católico, de un creciente relativismo que está empobreciendo la vivencia auténtica del cristianismo y, sobre todo de ese neopaganismo que a través de los medios de comunicación, sobre todo la televisión y los rápidos e individualistas servicios de internet están influyendo en las costumbres de muchos creyentes, cambiándolas de acuerdo con otros criterios que no son cristianos.

Que el recuerdo vivo de vuestra patrona, la mártir san Eufemia, nos ayude a todos a ser fieles testigos de Jesucristo en el mundo de hoy y nos conceda la fuerza para convertirnos en una Iglesia en salida hacia esas periferias que comienzan en nuestros hogares, en las academias y universidades, en los lugares de ocio y de diversión...son precisamente esos los lugares en donde debemos ser, cada uno a su manera, esos testigos-misioneros que la Iglesia hoy necesita para llevar a cabo esa *nueva tarea en la evangelización de siempre.* Una evangelización que ha de ser *nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones.*

Os invito a que volváis la mirada a la Santísima Virgen María, Señora de Fátima, en este primer centenario de sus apariciones en esta bendita y afortunada tierra de Portugal para que acojamos, una vez más, con un corazón abierto lo que la Iglesia nos está pidiendo a través del papa Francisco: una Iglesia en salida, más cercana a las necesidades reales de los hombres y mujeres de nuestro pueblo, una Iglesia que sepa descubrir cuáles son esas periferias en las que debe hacer presente la luz del Evangelio de Jesucristo, y unos cristianos que abramos nuestro corazón a la misericordia y al perdón de Dios para que cada uno de nosotros seamos un eco de ese amor siendo misericordiosos como el Padre.

¡Que así sea!

Celebración Eucarística con motivo de la Apertura del curso académico en los Seminarios, en el Instituto Teológico “Divino Maestro” y en el Centro de Ciencias Religiosas “San Martín”

Capilla del Seminario Mayor. 26 de septiembre de 2016

Saludo a los rectores del Seminario “Divino Maestro”, del “Redemptoris Mater”, al Vicerrector y Director Técnico de Estudios del Seminario Menor de la Inmaculada.

A los Directores del Instituto Teológico “Divino Maestro” y del Centro de Ciencias Religiosas “San Martín”.

Ilustrísimas autoridades aquí presentes.

Señores profesores.

Mis queridos seminaristas y alumnos.

Mis queridos amigos todos:

*“El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado. Pues el más pequeño de vosotros es el más importante”
(Lc 9,46-50)*

El Señor Jesús que conoce nuestros pensamientos y para el que no están ocultos nuestros proyectos más íntimos, de cara a este próximo curso académico 2016-2017, nos invita a través de las palabras del Evangelio de Lucas a que convirtamos la sencillez de corazón en uno de los objetivos de nuestra existencia. Ser sencillos como los niños supone vivir con naturalidad nuestra vida y, formando parte de ella, nuestro trabajo - en este caso, el trabajo intelectual -; la naturalidad en nuestras relaciones y la sencillez de nuestros corazones constituyen el *humus* adecuado para lograr los objetivos de una *formación integral*. Por pura providencia la Liturgia de la Palabra nos ha propuesto un fragmento del libro de Job. Para los que formamos parte de estas instituciones formativas y académicas la lección que podemos encontrar en este texto sapiencial es que la clave y el sentido de nuestras obras y de nuestros días solo se encuentran en Dios ¡sólo en Dios! y desde este Dios *cuyo poder se manifiesta en el perdón y en la misericordia*¹ el objetivo último de todos nosotros es la eternidad en la que se funda nuestra esperanza, es decir, en la gloria eterna.

Si no fuera así qué sentido tendría nuestro estudio y el esfuerzo consiguiente ¿sólo conseguir unas buenas notas?, y para los profesores, ¿cuál sería el objetivo de la preparación de las clases y de las demás intervenciones académicas o formativas? Solo el simple lucimiento, o quizás la vanidad o el amor propio para ser considerados “los mejores” docentes. El trabajo académico en nuestros centros, de manera especial en el Instituto Teológico, tiene como finalidad la consecución

1 Oración colecta de la Misa del Domingo XXVI del Tiempo ordinario.

de una sólida competencia intelectual por parte de todos nuestros alumnos, de tal modo que así se les prepare adecuadamente para poder entrar en contacto con la cultura de nuestro tiempo. Una cultura que hoy se nos muestra fragmentada y a veces fuertemente ideologizada de tal modo que deberíamos hablar más de culturas que de cultura. Hoy es más importante que en tiempos pasados la formación de los candidatos al ministerio sacerdotal porque *la nueva tarea en la evangelización de siempre* exige una mediación cultural y no solo pastoral, y para ello es imprescindible una buena formación tanto en los años de Seminario como a lo largo de la vida.

A pesar de las dificultades con las que nos encontramos debido a la escasez de vocaciones al ministerio sacerdotal, fenómeno que nos preocupa y que obedece a múltiples causas que no es este el momento para señalar, no podemos bajar la intensidad en la formación de los candidatos al ministerio, al menos con carácter general. Es imprescindible un buen conocimiento no solo en las ciencias filosófico-teológicas, sino que además es imprescindible poseer al menos una buena introducción en las materias sociales e históricas que configuran la vida y el quehacer ordinario de las gentes de nuestros pueblos, incluso de los más pequeños. No nos olvidemos que estamos llamados a *dar razón de nuestra esperanza* y de llevar a tantos hermanos al conocimiento del *Evangelio vivo* de Dios que es Nuestro Señor Jesucristo. Esta exigencia en la consecución de una preparación adecuada se observa en la Iglesia desde la misma época apostólica; recordad como Pablo a los cristianos de Roma le indicaba que el mensaje del Evangelio debe hacerse llegar conforme a la Verdad y a la razón (cf. Rm 12).

Hoy, más que nunca, todos necesitamos estar al día, de manera especial los sacerdotes y los demás agentes de pastoral; no nos olvidemos lo que nos está recomendando el papa Francisco que debemos ser *luz y faro*, algo así como una *antorcha* que pueda iluminar a nuestros hermanos, y de acompañar a los más frágiles y también a aquellos que se han alejado de nuestras comunidades cristianas. Si no nos esforzamos por hacerlo bien ¿cómo podemos ayudar a nuestras gentes en el *discernimiento pastoral* que tantas veces requieren nuestra ayuda y precisan nuestra atención con urgencia? No seremos buenos pastores si pensamos que con cualquier frivolidad o receta pastoral ya lo solucionamos todo. *Sabemos que no existen "recetas sencillas"*. No podemos pensar que con solo el bagaje adquirido en los años de Seminario es suficiente para dar las respuestas adecuadas que tantas veces se nos demanda o se nos exige incluso a través del breve espacio de una homilía con la que podemos hacer tanto bien, o al contrario, tanto mal.

Se nos recuerda que los presbíteros tenemos la tarea de acompañar a las personas *en el camino del discernimiento de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia y las*

2 FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, n° 298.

*orientaciones del Obispo*³. Y para eso es necesario estudiar y reflexionar ¿de qué nos sirven las exhortaciones del Papa, o los documentos de la Conferencia Episcopal, e incluso las cartas pastorales del Obispo, si ni siquiera las leemos? O lo que es peor, a veces las criticamos sin haberlas estudiado antes y nos fiamos más del análisis que hacen ciertos medios que las que nos proponen los responsables de la formación en la Diócesis. Tenemos que formarnos bien, con la conciencia de un buen profesional para evitar *el grave riesgo de dar mensajes equivocados* generando confusión y, en ocasiones, provocando el escándalo subsiguiente entre los fieles laicos al contraponerse la opinión de un sacerdote contra la de otro de tal modo que pueden llegar a pensar que la *Iglesia sostiene una doble moral*, como muy bien diagnosticaba recientemente el papa Francisco.

Es imprescindible la formación permanente, el estudio y la reflexión sosegada de la riqueza que nos ofrece tanta doctrina como poseemos en nuestra Iglesia. Un seminarista que pensase para sus adentros que el estudio no es tan importante para el ejercicio del ministerio ordenado cometería una grave equivocación, al igual que lo haría el sacerdote que abandonase el estudio al concluir su formación académica institucional y, a partir de su ordenación, no asistiese, sistemáticamente, a los encuentros de formación permanente que se organizan en la Diócesis; ese sacerdote estaría deslizándose, peligrosamente, por la pendiente de una *inercia pastoral*, tantas veces *autorreferencial e individualista* que, tarde o temprano le conduciría al desencanto personal y a la quiebra de la comunión eclesial.

Hermanos míos: ¡perdemos mucho tiempo en cosas que no son importantes! A lo largo de la semana pasada, en la Liturgia de la Palabra se nos ofrecía para nuestra contemplación distintos fragmentos del libro del Eclesiastés y una de sus enseñanzas era que *todo tiene su momento y, cada cosa su tiempo bajo el cielo* (Ecl 3,1). Para los que luchamos por creer en Aquel que es *Alfa y Omega, Principio y Fin de todas las cosas* y de toda la Historia, *el tiempo, para nosotros no vale oro, sino eternidad*.

En este día en el que celebramos la apertura solemne de este año académico os brindo cuatro verbos para que os sirvan, si queréis, como un lema para vuestra vida: *rezar, estudiar, sonreír y callar* ¡sí! callar, porque estoy convencido de que perdemos mucho tiempo con tantos comentarios, críticas y maledicencias con las que nos hacemos mucho daño y, en ocasiones podemos causar un grave quebranto en la vida de *los otros* que son nuestros prójimos y, para un cristiano, ese *otro*, o esos *otros*, son el mismo Jesucristo: *lo que habéis hecho a uno de esos mis hermanos pequeños, conmigo lo hicisteis*. Seamos positivos y constructivos tal como le corresponde a un buen cristiano.

En vuestro caso, mis queridos seminaristas, además de esos cuatro infinitivos: *rezar, estudiar, sonreír y callar*, os ruego que hagáis *mucho deporte* y que no os

3 *Ibíd*, nº 300.

dejéis atrapar por las redes informáticas porque cuando os deis cuenta de la situación podréis estar tan enmarañados psicológicamente que, además de robaros el tiempo de estudio y de descanso, os puede arrebatarse la salud y el alma, y a poner en riesgo vuestra vocación cristiana.

Volvamos la mirada a la Madre del “Divino Maestro”, que ella nos ayude a ser sencillos y pequeños, dóciles como el niño obediente que está siempre a la escucha del querer de su madre; en nuestro caso, prestémosle ese obsequioso regalo de la obediencia al querer de la Iglesia, Madre y Maestra, que busca y quiere para todos lo mejor: *que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad.*

¡Qué así sea!

EN LA REVISTA DIOCESANA COMUNIDADE

Julio

La Religión es el “opio” del pueblo

Es bien conocida esta frase que Marx popularizó para señalar el carácter sedante de la religión sobre la conciencia de las personas, generándoles una felicidad ilusoria que los evadiese de la realidad social y de la lucha por un mundo más justo. En una visión confusa y en una versión degradada de la fe cristiana quizás cupiese ese *descalificativo*, pero desde una verdadera experiencia religiosa, concebida como encuentro que conmueve y fascina a las personas, el *opio* pierde sus cualidades y se transforma en un estimulante de las conciencias, que despierta los corazones, no hacia evanescentes cielos, sino hacia el compromiso con el rostro concreto del hermano, porque el cristiano descubre y vive desde el donde ser hijo de un Dios al que llama Padre.

Esta experiencia se vive y se comparte porque el cristiano no vive su fe de modo intimista o recluso en su casa: la comparte, la celebra en comunidad, es parte de cada uno de los momentos de su vida. Nuestra tierra ourensana está sembrada de una presencia notable de lugares y espacios religiosos, de bellos templos y santuarios, monasterios y casas parroquiales que hablan, desde el arte y la historia, de la multiseccular vivencia de la fe. De modo habitual cada domingo, puntual en las fiestas y romerías que pueblan la geografía diocesana, o desde el inicio hasta el final de la vida, la fe acompaña y expresa las más hondas vivencias del creyente.

Como una casa entre las casas de los hombres, cada iglesia parroquial o capilla se convierte en la morada del mejor amigo de los hombres, Jesucristo. Por eso la parroquia, que literalmente significa *junto a las casas*, aglutina, especialmente en verano y en nuestros pueblos, la vida de las familias y de los amigos que, con motivo de sus vacaciones, se reencuentran. Con ocasión de las fiestas patronales de la parroquia natal, o de las romerías de sus zonas de origen, regresan a sus raíces, se refuerzan los lazos de convivencia y de solidaridad, y se revitalizan las parroquias que durante el invierno viven una especie de letargo pastoral. Y así, en todos nosotros se desarrolla, como dice el papa Francisco, *el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente* (EG 268).

Somos, de este modo, un pueblo, convocado por el Señor e invitado a dar razón de su esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan, sino como creyentes que proponen y *con dulzura y respeto* (1 Pe 3,16), y *en lo posible y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres* (Rm 12,18). Tenemos que vencer *el mal con el bien* (Rm 12,21), sin cansarnos de *hacer el bien* (Ga 6,9) y sin pretender aparecer como superiores, sino *considerando a los demás como superiores*

a uno mismo (Flp 2,3) (cf. EG 271). La fe cristiana es como un acicate que nos estimula a construir un mundo mejor, a purificar la conciencia propia y ajena, de odios y de fanatismos, de rivalidades y de enfrentamientos. No nos lleva a clavar la mirada en el cielo esperando que venga una fuerza de lo alto y solucione, mágicamente, cualquier tipo de maldad. El cristianismo, cuando es auténtico, nos lleva a anegar el mal en abundancia de bien.

Y una exhortación final: os ruego que ayudéis a vuestros sacerdotes durante el verano, en primer lugar con vuestra comprensión, porque a las numerosas parroquias que atienden ordinariamente, se le añaden otras tareas pastorales, a causa del aumento poblacional que experimentan sus comunidades, de tal modo que les impide poder atender todas las solicitudes de los diferentes pueblos. Todos somos Iglesia, pueblo de Dios. Colaboremos en las diferentes actividades parroquiales a lo largo del año, *caminemos juntos* en la audaz y hermosa tarea de ser creyentes y ciudadanos coherentes y comprometidos en las iglesias y en las plazas, en el templo y en la calle, allí donde estemos. ¡¡Feliz verano a todos!!

Os bendice con afecto.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Agosto

¿A dónde vas?

Hemos oído muchas veces que el hombre es un ser en camino. En el ambiente que nos rodea los caminos a Santiago, así como el de la peregrinación nos envuelve de tal modo que apenas le damos importancia a esta realidad. Sin embargo, es un hecho que el ser humano está en camino y que necesitamos saber de dónde venimos y a donde nos dirigimos. Es más, los grandes maestros del espíritu nos enseñan que para realizar, adecuadamente, el camino de la vida es más importante saber a dónde se va que caminar más o menos a prisa, o quizás hacerlo lentamente ¡Solo importa llegar!

Hay algo que no debemos olvidar y es que el punto de partida y el término de nuestra peregrinación parecen realidades opuestas y, sin embargo, desde la perspectiva cristiana están *co-implicadas*. Saber a dónde nos dirigimos, conocer el fin, es de capital importancia en nuestras vidas porque es elemento esencial en todo proyecto humano. De ahí que en este tiempo estival, tan apropiado para descansar un poco, sería bueno que hiciésemos una pausa en nuestra vida, a veces tan acelerada, y nos hiciésemos esta pregunta ¿Hacia dónde vamos? Si nuestra respuesta está iluminada por la verdad de la eternidad nos daremos cuenta de que esa certeza condicionará todo nuestro estilo de vida y, mientras damos el primer

paso, sabemos que éste encierra y supone ya el último, y el paso definitivo estará siempre posibilitado por el primero que damos.

En nuestra sociedad, muchos de nuestros contemporáneos, incluso algunos que nos decimos creyentes, no sabemos bien a dónde nos dirigimos. Hacemos esta afirmación apoyándonos en una observación externa sobre diferentes estilos de vida, comportamientos y actitudes de nuestra existencia. Pensamos que Dios, la Iglesia, los sacramentos, el ejercicio de la caridad son cosas buenas, incluso estéticamente hermosas, sin embargo, no tienen un eco fundamental en nuestra manera de caminar. Podemos seguir amasando propiedades, incrementando la cuenta corriente, añadiendo cosas a nuestra historia que se convierten en ataduras del pasado que nos impiden vivir con libertad el presente y aguardar con esperanza el futuro. Nos olvidamos de aquel texto del Evangelio: *Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?" Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios* (Lc 12, 16-21)

¡Que distinto es el estilo de caminar que tienen los santos! Para ellos Jesucristo es *el Camino y la Verdad y la Vida* (Jn 14,6); el cristiano que lee la vida de Jesús, que la medita y se esfuerza por convertirla en pauta de conducta sabe que gracias a este Dios cercano - *Dios con nosotros* - sabemos de dónde venimos, quienes somos, qué debemos hacer y hacia dónde nos dirigimos. En una sociedad como la nuestra en la que tenemos tantas cosas, no nos damos cuenta de que muchas personas, quizás también en nuestro entorno, se sienten muy solos, incluso lejos de Dios y de los otros; de ordinario no saben o no se atreven a decir a donde van. Ni siquiera reconocen que su camino está equivocado, que les lleva a una exteriorización de ellos mismos y de sus sentimientos encaminándoles al vacío existencial más dramático que es la pérdida del sentido de su propia vida. En este sentido no podemos olvidar que existen sondeos sociológicos sobre algunas "enfermedades" en nuestra sociedad que nos preocupan.

Como cristianos tenemos un recurso en nuestras manos que ha sido utilizado por nuestros mayores y les hizo muy libres y felices: abrirse y conocer la vida de Jesucristo. El papa Francisco en algunas de sus audiencias generales regaló a los jóvenes una pequeña edición del Evangelio. Con este gesto nos está indicando que el camino ante tantas cosas como nos estremecen el alma es dejarnos ganar el corazón por Jesús que es el rostro misericordioso de Dios Padre. Ahí aprendemos a respetarnos a nosotros mismos y a los demás, contemplando la vida de este Dios misericordioso seremos capaces de descubrir las huellas de su presencia en la creación y respetaríamos todo lo que nos rodea en la naturaleza.

¡Qué dolor nos causan los incendios de nuestros bosques y de los montes que circundan y embellecen el horizonte! Provocar un incendio es un atentado gravísimo contra Dios y contra su obra. Si nos atrevemos a leer la vida de Jesús contenida en los relatos del Evangelio aprenderemos a descubrir, constantemente

te, que Dios se nos muestra a través del rostro del otro, sea o no de nuestra familia o de nuestro círculo de amistades. En ese pequeño libro, al alcance de todos, aprenderemos que el amor al prójimo y cuidarse de él, es la quinta esencia del cristianismo, de este modo se va haciendo camino. Si no queremos equivocarnos, ni errar en el planteamiento de nuestra existencia, aprenderemos a descubrir que por nuestra fidelidad a Jesucristo se llegan a dar la mano en nuestra existencia la verdad y el amor. Cuando el Señor deja de ser el centro, el principio y el fin (Ap 1, 8) de nuestra vida, entonces corremos el riesgo de que se pervierta nuestro amor, se adultere la verdad y perdamos el auténtico camino de la vida, y con ello, desaparezca toda esperanza.

¿Cómo algunos que se dicen creyentes en Dios pueden atentar contra su propia vida, abusar de ella o de la de los otros, y quedarse tranquilos? No podemos acostumbrarnos a recibir noticias en las que se afirma que en nombre de la religión se atenta contra la vida de los inocentes como aconteció, recientemente en Alemania, en Francia y en otros lugares de la tierra. Todo atentado contra la naturaleza y las personas jamás podrá tener su origen en el Dios de la vida, y mucho menos se puede convertir el hecho religioso en una realidad sospechosa que conviene erradicar de la sociedad moderna. ¡Todo lo contrario!

Os invito a que durante las muchas fiestas, novenas y romerías de este mes de verano -dentro de este Año de la Misericordia- aprovechéis para acercaros al Sacramento de la Penitencia, esto os ayudará a vivir mejor la participación en la Eucaristía y así se dilatará vuestro corazón, se llenará de esperanza y optimismo, aprenderéis a descansar en los brazos misericordiosos de Dios y seréis capaces de descubrir el rostro de este Dios lleno de ternura en la naturaleza y, sobre todo en los otros, sabiendo que la plenitud personal depende de la felicidad que damos a los demás.

Recordad aquello que nos decían de pequeños: *Siempre alegres para hacer felices a los demás*. Sin Dios es imposible saber a dónde vamos, por eso es muy importante mostrar a los demás que nuestra vida de Fe es fuente de esperanza y, cuando esta no se tiene se pretende sustituirla por unos sucedáneos: esos mundos virtuales de la ficción televisiva; el creernos todos y cada uno de los mensajes que nos lanzan los *mass media* sobre las bondades de nuestra sociedad tecnificada y de progreso que convierte la libertad, el cuerpo, el prestigio, el poder en unos ídolos. ¡Ese no es el camino!

El camino que da sentido a nuestra existencia es y se llama Jesucristo. Intentemos descubrirlo constantemente y nos daremos cuenta de que cuanto más nos acercamos a Él más se ensancha nuestro corazón y se llena de esperanza nuestra marcha hacia la verdadera meta.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense

Septiembre

Volver a empezar

Para muchos, el mes de septiembre supone un volver a empezar, casi desde cero. Sin embargo, eso no es verdad. Así como no podemos repetir momentos del pasado inmediato, así tampoco podemos pensar que siempre estamos iniciando el camino. Sea cual sea el momento y el lugar, hemos dejado atrás parte de nuestra historia y, en el instante en el que me estás leyendo, ya llevamos mucho recorrido y, desde nuestro *hoy*, nos lanzamos con esperanza hacia el mañana, que es pura Providencia.

Desde esta perspectiva, este mes de septiembre encierra en sí algo nuevo. Los más jóvenes comienzan un nuevo curso académico. Las comunidades parroquiales, con renovada ilusión, inician las tareas catequéticas. En nuestra Diócesis, reactivamos con esperanza la Programación Pastoral.

En este curso comenzaremos a dar los primeros pasos en ese *camino en común* que nos hemos propuesto. El **Sínodo diocesano** es una hermosa ocasión para llevar a cabo lo que la Iglesia, por medio del papa Francisco nos recomienda: luchar por lograr nuestra conversión personal para conseguir así una conversión pastoral que nos ayude a abrirnos a las fuerzas del Espíritu Santo de tal modo que nos comprometamos en esta nueva tarea de la evangelización de siempre.

El reto pastoral ya se nos ha presentado, basta que lo sepamos acoger con sencillez, humildad y disponibilidad para ser fieles a la acción del Espíritu en esta Iglesia local concreta.

Os invito a todos a que aprovechéis el comienzo de este nuevo curso para dar un nuevo impulso a las actividades del Año Jubilar de la Misericordia. Sería una experiencia muy positiva que al inicio de la catequesis, a todos los niveles, pudiésemos intensificar algunas de las actividades programadas con motivo de este Año Santo y que, o bien no pudimos realizarlas, o quizás las hemos llevado a cabo y tuvieron un resultado positivo que bien pudiéramos repetir.

Quisiera concluir esta reflexión invitándoos a repasar las intervenciones que el papa Francisco tuvo en la Jornada Mundial de la Juventud de Cracovia 2016. De su meditación podemos obtener ideas y fuerza para revitalizar la tarea pastoral con la juventud y con el mundo universitario, sin olvidarnos de la creación de esa *cultura vocacional* que tanto necesitamos. No nos olvidemos que estos próximos años las Jornadas de la Juventud serán a nivel diocesano. Esta experiencia nos ayudará a ponernos en salida y comenzar a preparar la JMJ de Panamá 2019.

Os ruego que nos encomendéis a nuestro patrono San Martín, santo de la misericordia y modelo de evangelizador, para que sigamos *caminando juntos* y así construyamos una Iglesia más evangelizadora y misionera.

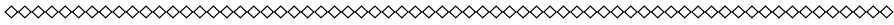
Me confío a vuestras oraciones y os bendigo.

J. Leonardo Lemos Montanet

Bispo de Ourense



IGLESIA DIOCESANA



SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Sr. Obispo de Ourense, Monseñor D. Leonardo Lemos Montanet, ha tenido a bien realizar los siguientes nombramientos:

Con fecha **24 de septiembre de 2016** se constituye la **Unidad de Atención Parroquial de Santa Teresita del Veintiuno**, que está formada por la Parroquia de *Santa Teresita*, y las Zonas pastorales de *Peliquín y Covadonga*. Quedan nombrados encargados los sacerdotes: **Rvdo. Sr. D. Aquilino Rodríguez Fernández** (sacerdote moderador), **Rvdo. Sr. D. Lisardo Ramos Sandiás**, **Rvdo. Sr. D. Héctor Bernárdez Germade**.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. José Caseiro Suárez**, *Párroco, por 6 años, de San Lorenzo de Piñor y Administrador parroquial de San Benito de Cabeza de Vaca*.

Se constituye la **Unidad de Atención Parroquial de Medeiros**, que está formada por las parroquias de: *Santa María de Medeiros, Santa Eulalia de Bousés, Santa María de las Nieves de Chás, San Juan de A Granxa, San Cristóbal de Medeiros* y *Santa María de Videferre*. Es nombrado Moderador de la UAP el sacerdote **Rvdo. Sr. D. José David Penín Martínez**. Se designan como centros de referencia las parroquias de: *Santa María de Medeiros y Santa Eulalia de Bousés*.

Se renueva el equipo sacerdotal de la **Unidad de Atención Parroquial de Allariz**, para la que quedan nombrados encargados los sacerdotes: **Rvdo. Sr. D. Miguel Blanco Grande** (sacerdote moderador), **Rvdo. Sr. D. José Canal Sánchez**, **P. Esteban García Sastre, SDB**, **P. José Carlos González Dávila, SDB** y **Rvdo. Sr. D. Francisco Manuel Martín López**.

Nombra al **P. Francisco Ferreras Rivas, SDB**, *Párroco, por 6 años, de Santa María la Real de Xunqueira de Ambía y Administrador parroquial de San Vicente de Abeleda, San Salvador de Armariz, Santa María de Vilar de Puente Ambía y San Pedro de Ribeira*.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. Julio Grande Seara** *Administrador parroquial de San Pedro de Sabucedo de Montes, Santa María de Couxil, Santa María de Pereira de Montes y Santa María de Vilar de Paio Muñiz (A Merca)*.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. Manuel Emilio Rodríguez Álvarez**, *Párroco*, por 6 años, de *Cristo Rey de As Lagoas*.

Se constituye la **Unidad de Atención Parroquial de O Carballiño** que está formada por las siguientes parroquias: *San Cibrao de O Carballiño*, *San Roque de Señorín* y *Santiago de Partovia*. Nombra encargados a los sacerdotes: **Rvdo. Sr. D. José Benito Sieiro González** (sacerdote Moderador), **Rvdo. Sr. D. Emmanuel Álvarez Lara** y **Rvdo. Sr. D. Ramiro W. López Quispe**.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. Emmanuel Álvarez Lara**: *Administrador parroquial de Santa María do Campo*, *San Cosme de Cusanca*, *San Pedro de Dadín*, *Santa Mariña de Cidade* y *San Xoán de Froufe*.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. Héctor Bernárdez Germade** *Vicerrector del Seminario Diocesano Misionero Internacional "Redemptoris Mater"*.

Nombra al **M.I. Sr. D. Luis Javier González Seguí** *Director Espiritual del Seminario Menor de La Inmaculada*.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. José María Romero Rodríguez** *Formador del Seminario Menor de La Inmaculada*.

Nombra al **D. Alejo Diz Franco** *Formador del Seminario Menor de La Inmaculada*.

Nombra al **Rvdo. Sr. D. José González Ramos** *Confesor del Seminario*.

Decreto de Constitución del Consejo de Asuntos Económicos en la parroquia de San Ildefonso de San Ciprián de Viñas



LEONARDO LEMOS MONTANET
OBISPO DE OURENSE

**NOS, EL DOCTOR, D. JOSÉ LEONARDO LEMOS MONTANET,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OURENSE**

El *Código de Derecho Canónico* manda que en todas las parroquias de la diócesis se constituirá el Consejo de Asuntos Económicos para ayudar al párroco en la administración de los bienes de la parroquia (cn. 537).


Por el presente, previos los asesoramientos pertinentes, y de acuerdo con el canon 357 del Código de Derecho Canónico, así como las enseñanzas y orientaciones del Concilio Vaticano II, de la Santa Sede y de la Conferencia Episcopal Española, APROBAMOS la constitución del CONSEJO DE ASUNTOS ECONÓMICOS de la parroquia de San Ildefonso de San Ciprián de Viñas, en el Arciprestazgo Ourense-Este de esta ciudad y Diócesis de Ourense, cuya actividad y funcionamiento se regirá por los cánones del derecho general (cc. 1281-1288) y por los Estatutos que nos han sido presentados y que APROBAMOS.

Dado en Ourense, a uno de agosto de dos mil dieciséis.


Leonardo Lemos Montanet
Obispo de Ourense



Notifíquese y publíquese

Por mandato de S.E. Rvdma.

M. Emilio Rodríguez Álvarez
Canciller Secretario

SÍNODO DIOCESANO

Secretaría del Sínodo

Crónica del Sínodo Diocesano. Septiembre de 2016

14.09.16: Se reúne la **Secretaría General del Sínodo**. Los miembros de la Secretaría ultiman los recursos que se utilizarán en las diferentes reuniones que se celebren con motivo de dar a conocer el Sínodo y sensibilizar al Pueblo de Dios sobre su importancia para nuestra Iglesia Diocesana. Para facilitar la presencia de los miembros de la Secretaría en los distintos ámbitos y zonas, se encomienda a cada uno particularmente los Arciprestazgos y sectores de pastoral de los que se ocupará de una forma especial.

21.09.16: Con ocasión de la presentación de la *Programación Diocesana de Pastoral* algunos miembros de la Secretaría General presentan el Sínodo Diocesano a los miembros de la **“Asamblea de Arciprestes, Vicearciprestes y Delegados”**, señalando qué es, cuál es su estructura fundamental, el modo de funcionar y etapas del mismo. También se expone el trabajo realizado en la fase preparatoria del Sínodo, y los pasos a dar en la etapa de sensibilización, señalando el calendario y los materiales disponibles: trípticos y dípticos explicativos, oración y preces para pedir por el fruto del Sínodo, logo y lema, guion para utilizar en las homilías y encuentros de sensibilización, himno, trípticos de inscripción en los grupos sinodales y fichas de consultas de temas. Por último se explica el estudio socio-pastoral a realizar en la Diócesis de Ourense en el marco del Sínodo, y los materiales elaborados para llevarlo a cabo.

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

**Presentación de la Instrucción pastoral
«Jesucristo, Salvador del hombre y esperanza del mundo»****I. Motivación y finalidad del documento cristológico**

El documento que ahora presentamos tiene su motivación y origen en el compromiso contraído por la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe con el desarrollo del octavo Plan pastoral de la Conferencia Episcopal, «*La nueva evangelización desde la Palabra de Dios: “Por tu palabra echaré las redes” (Lc 5,5). Plan pastoral 2011-2015*» (Madrid, 26 de abril de 2012), aprobado por la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal.

Un Plan pastoral centrado en el programa pastoral de la «nueva evangelización». En esta programación se incluía como objetivo propuesto de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe el seguimiento especial del Año de la Fe (2012/2013), promulgado mediante la Carta apostólica en forma *motu proprio* «*Porta fidei*» por el Papa Benedicto XVI el 11 de octubre de 2011 para conmemorar los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II. La Comisión se comprometía a la «elaboración de un documento centrado en la proclamación de la fe en Jesucristo...» (*Plan pastoral 2011-2015*, n. 20).

La complejidad de un documento de esta naturaleza y las tareas de la Comisión Doctrinal fueron retrasando su presentación a la Asamblea Plenaria. La atención al sínodo de la evangelización para la transmisión de la doctrina de la fe nos hacía esperar la Exhortación postsinodal, que llegaría en 2013 de la mano del Papa Francisco. Luego la preparación de los dos sínodos sobre la familia, el extraordinario de 2014 y el ordinario de 2015, así como la redacción en este contexto del nuevo Plan pastoral 2016-2020, de cuya comisión formó parte también el Presidente de la Comisión Doctrinal que les habla. A ello hay que sumar el acontecimiento.

Todas estas circunstancias, sin embargo, no han frenado la elaboración del documento, sino el estudio y debida documentación de una Instrucción pastoral sobre el contenido de la fe cristiana. El recorrido de tres largos años ha aquilatado el trabajo en un documento tan importante, elaborado con una motivación bien definida y clara. Se trata de contribuir con el documento al programa de nueva evangelización de la cultura y sociedad actuales, proponiendo la fe en Jesucristo como salvador universal. Una propuesta que debe ser considerada en el contexto del cometido confiado a la Comisión de *proclamar y custodiar* la fe eclesial. Se quiere proponer la fe en Cristo tal como fe es creída y profesada por la tradición eclesial recibida de los Apóstoles.

A este propósito hay que decir que la motivación de contribuir al programa de nueva evangelización incluye, en efecto, que *la proclamación, por nuestra parte, de la fe de la Iglesia en el misterio de Cristo que este documento propone, los obispos queremos que sirva al mismo tiempo como pública defensa de la fe cristológica que la Iglesia*. Sin pretender formulaciones exhaustivas, ni tratar todas las cuestiones de la cristología

en debate, al proclamar la fe de la Iglesia en Jesucristo, centramos la mente y el corazón de los fieles en la Persona divina del Señor y en el alcance salvífico universal de su misión, para cuyo cumplimiento el Hijo eterno de Dios se hizo hombre y nació de María Virgen. Este objetivo fundamental queda reflejado en el título del documento.

La Congregación para la Doctrina de la Fe a lo largo de los últimos años ha llamado la atención sobre la universalidad de la salvación en Jesucristo, sobre todo con la Declaración *Dominus Iesus* (6 agosto 2000), manifestando su preocupación por algunas corrientes de teología que se alejan de la comprensión el misterio de la persona de Cristo como Verbo encarnado, el significado soteriológico del misterio pascual, por el cual fuimos redimidos, y el alcance universal de la misión salvífica de Jesucristo con relación al valor salvífico de la religiones no cristianas.

Por su parte, la Comisión para Doctrina de la Fe preparó la Instrucción pastoral «*Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*» (30 de marzo de 2006), debatido y sometido a la aprobación de la LXXXVI Asamblea plenaria de la CEE. En este documento se trataron de las cuestiones que ahora consideramos de nuevo al presentar el anuncio de Jesucristo como Hijo de Dios encarnado y salvador de los hombres. Los obispos han venido haciendo públicas algunas *notas doctrinales*, exponiendo las reservas que suscitan algunas de las formulaciones de la fe cristológica de autores conocidos y de influencia sobre los fieles, en particular sobre los sacerdotes, las comunidades religiosas y grupos apostólicos del laicado. En este sentido se han ido concretando en estos años las observaciones que era necesario realizar a propósito de algunas obras y corrientes de pensamiento en la Iglesia, indicando la dificultad fundamental en cada caso para poder reconocer, en los escritos y manifestaciones públicas de algunos autores, la fe de la Iglesia sobre en Jesucristo; y dejando siempre abierta a posibles explicaciones satisfactorias por parte de los autores los interrogantes que plantean el tratamiento de puntos doctrinales diversos.

En ningún momento han querido los obispos tratar estas cuestiones como censura que reprimiera la libre investigación de los orígenes de la fe y del desarrollo de la historia de los dogmas cristianos y de la teología. *Nuestra manera de hacer ha querido ser principalmente propositiva y de proclamación y anuncio que vuelve a presentar a Jesucristo en el contexto de la cultura y la sociedad de nuestros días como verdadero y único Salvador del mundo.* Esta Instrucción pastoral tiene que ver con la misión de la Iglesia y la evangelización. La Iglesia tiene su razón de ser en Jesucristo y no puede renunciar al anuncio de Cristo como Redentor del hombre y Salvador universal, Mediador único entre Dios y los hombres, porque este es el contenido del Nuevo Testamento y el contenido de la tradición de fe y doctrina que ilumina la vida en Cristo del hombre nuevo.

Nuestra preocupación es fundamentalmente evangelizadora y del mismo modo que no es posible la caridad que Cristo impulsa en la Iglesia mediante la acción del Espíritu Santo, porque la caridad ha de hacerse en la verdad (*Caritas in veritate*), del

mismo modo no es posible proponer a Cristo si no es en la fidelidad a la verdad de la fe en su contenido, como la Iglesia profesa el Credo y tal como lo entiende, o si quieren, lo interpreta la Iglesia que vive de él.

La acción evangelizadora de la Iglesia tropieza, en efecto, no sólo con el laicismo beligerante de algunos sectores mentores de la sociedad actual, que tanto influye en la atmósfera cultural y la mentalidad ambiente, sino con la corriente secularizadora que opera en el interior de la Iglesia y alimenta formas de cristianismo que se alejan de la tradición de fe, provocando no poco confusionismo en los fieles. Por ello, con voluntad de salir al paso de concepciones de la fe que condicionan negativamente la evangelización, se nos planteaba la cuestión de ofrecer al pueblo de Dios, como lo hizo, por ejemplo, el beato Pablo VI, una proclamación de la fe de la Iglesia que sirviera de orientación a los fieles y por su misma formulación positiva la defendiera de deformaciones o desviaciones que la apartan de la fe profesada por la Iglesia en el misterio de Cristo y su misión salvífica universal.

Este planteamiento salvaguarda el depósito de la fe, y al mismo tiempo confirma la fe de los fieles y sirve al anuncio del *kérygma*, a su explanación en la predicación, la catequesis y la formación en la situación actual de la Iglesia en la sociedad pluralista. Una proclamación de la fe en este estilo hace frente al relativismo que presiona y empuja la conciencia cristiana a una comprensión racionalista del dogma de Cristo, dando lugar a nuevas formas de gnosticismo, fundamentalmente contrario a la intervención de Dios en el orden material e histórico de la existencia humana. Se cuestiona así la verdad de la encarnación del Verbo en el hombre Jesús, su unicidad y el alcance universal de su valor salvífico. Se cuestiona de la misma manera la resurrección de Cristo y de los creyentes.

En este sentido, hacer esta proclamación cristológica justo cuando se cumplen *cincuenta años de la creación de la Conferencia Episcopal Española* y comienza el nuevo *Plan pastoral 2016/2020*, que aprobamos en esta Asamblea plenaria para afrontar una etapa nueva en la Iglesia, tiene un gran alcance pastoral. Proceder de este modo nos ha parecido acertado, a pesar de que una declaración de esta naturaleza requiere precisiones de léxico y formulaciones que implican algunos conocimientos; pero también las encíclicas y los documentos del magisterio eclesial exigen estos conocimientos para su mejor lectura, y algunas de las instrucciones que hemos aprobado no dejan de exigir estos mismos conocimientos.

II. Estructura del documento

El documento que consta de 47 números que permiten una mejor lectura del mismo. Se divide en **cuatro capítulos** con una amplia **Introducción** (nn. 1-6), que lo sitúa, exponiendo la *finalidad* del mismo y su *alcance pastoral* en cuanto documento que sirve a la proclamación de la fe, siempre al servicio del anuncio cristiano y de la acción evangelizadora. El documento sale a la luz en un momento de especial significado, cuando se cumplen 50 años de la creación de la Conferencia Episcopal Española y los obispos en plena comunión con el Papa Francisco se hallan empeñados

en impulsar la misión evangelizadora de la Iglesia como “guías fraternos del pueblo de Dios”. Como tales proclaman la fe en Jesucristo que da razón de ser a la misión.

Capítulo I: “Anunciamos a Jesús, Hijo de Dios encarnado, revelador del origen y destino del ser humano” [7-15]. Este capítulo prolonga la introducción mostrando el contenido y alcance del anuncio cristiano: la humanidad de Jesucristo es la *humanidad del Hijo de Dios, nacido de María Virgen*, de suerte que *la encarnación es realidad y no mitología, pero porque es así, la confesión de fe de la Iglesia incluye la asunción por el Verbo de una humanidad concreta, históricamente determinada*. Esta confesión de fe incluye la *divinidad de Jesús y su nacimiento virginal de María*. La «carne» del Verbo es de María, pero es creación de Dios en las entrañas de la Virgen y lugar de la salvación. Este principio alcanza del mismo modo a la resurrección, a la cual el documento se refiere en la última parte.

Es importante este capítulo para dar razón del concepto cristiano de Dios como Trinidad de personas, un concepto de Dios inseparable de la confesión de fe en la divinidad de Jesucristo. Es asimismo importante para mejor comprender la idea del hombre que ofrece la revelación bíblica. Se tienen en cuenta en este capítulo las *limitaciones de la exégesis crítica* para dar razón del dogma de Cristo

No hay separación entre el «*Jesús de la historia*» y el «*Cristo de la fe*». El anuncio cristiano del *único* Cristo Jesús tropieza con el *racionalismo* que no deja a Dios obrar en el ámbito de la «carne», de la «materia»; porque sólo admite la acción de Dios en la interioridad de los creyentes (Benedicto XVI). Dios, sin embargo, no opera tan sólo en el reducto interior de la conciencia, se ubica en la historia, en un fragmento de la historia y en él se revela con proyección universal el misterio del amor de Dios. Por esto mismo es imposible privatizar el anuncio de Cristo en la sociedad: «La fe en Cristo ha impregnado de humanismo trascendente las tradiciones religiosas, culturales y jurídicas compartidas durante siglos por los países occidentales» [n. 13].

Capítulo II: “Jesucristo revela la verdad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo” [16-24]. Introduce en el misterio de *la Persona divina de Cristo y abre la confesión de fe a la Trinidad de Dios*, imposible de sostener sin la afirmación de la divinidad de Jesucristo. Se lleva a cabo en esta parte una aproximación al misterio trinitario de Dios. Jesús es *portador del Espíritu* y la afirmación del Nuevo Testamento de ser Jesús la encarnación del *Lógos*, y cuanto afirma de la acción de Dios en él mediante el Espíritu (nacimiento virginal, misión, muerte y resurrección), no se reduce a lenguaje simbólico sobre la actuación del único Dios. *La Trinidad no es lenguaje sino realidad entitativa en Dios*. El Padre es el origen y patria de Jesús como Unigénito de Dios, lo cual permite el discurso teológico sobre la unidad del Hijo con el Padre. El Espíritu Santo, que actúa en la humanidad de Jesús es la fuente de la alegría exultante del Hijo encarnado que sostiene el anuncio de la salvación, y la revelación del amor y la misericordia del Padre. Este amor misericordioso alcanza a los seres humanos y los redime por medio de la misión de Jesús, y de modo privilegiado llega a los pequeños,

pecadores y necesitados, a los pobres.

Capítulo III: “Jesucristo, Salvador universal” [25-35]. El capítulo confiesa la fe en Jesús como Salvador único y universal. No sólo se fundamenta cuanto se afirma en el Nuevo Testamento, teniendo en cuenta los recursos exegéticos, sino también en la enseñanza de los santos Padres y la evolución del dogma cristiano que cristaliza en las formulaciones conciliares. A estas enseñanzas se agregan las intervenciones del magisterio eclesiástico sobre una recta comprensión de los aspectos positivos de las religiones no cristianas según el espíritu y la letra de la Declaración *Nostra aetate* del Vaticano II. El documento toma como referencia magisterial el *Catecismo de la Iglesia Católica*, la Declaración *Dominus Iesus* (6.8.2000), y algunas *Notas* de la Congregación para la Fe. Asimismo, sin entrar en el análisis de los elementos de *eclesiología* incorporados al documento, en este capítulo se formulada la fe en el misterio de salvación en cuanto mediado en la predicación y las acciones sacramentales de la Iglesia, de suerte que es imposible separar la misión salvífica de la Iglesia del envío de los apóstoles por Jesús resucitado y el carácter de mediación sacramental de la salvación en la Iglesia, a la cual define el Concilio como «sacramento universal de salvación».

Capítulo IV: “El encuentro con Jesucristo Redentor, principio de renovación de la vida cristiana y meta del anuncio evangélico» [36-46]. Se centra, finalmente, en la *obra redentora de Jesucristo* por medio del misterio pascual. Cristo ha redimido a la humanidad mediante su muerte y resurrección con conciencia de entregarse al designio del Padre para la salvación. Jesús asume el designio del Padre en obediencia de Hijo en plena libertad frente a la muerte, haciendo posible la *interpretación soteriológica* desarrollada por el Nuevo Testamento a partir del valor sacrificial que Jesús mismo da a su muerte y su comprensión por él como acto supremo de amor en la obediencia al designio del Padre. Algunos autores no parecen haber tomado con suficiente consideración cuanto es posible decir, gracias precisamente al análisis crítico científico del Nuevo Testamento, sobre los datos que proporcionan la misma palabra y conciencia de Jesús y/o el testimonio de los autores sagrados sobre ambas cosas (palabra y conciencia de Jesús), cuya interpretación es inseparable del misterio pascual tal como lo entiende la Iglesia.

Dios responde a la entrega de Jesús con la resurrección, que el documento recuerda que es acontecimiento alcanza la historia, siendo, sin embargo, realidad trascendente, ya que la resurrección de Jesús no es una revivificación de un muerto. El documento sale al paso de interpretaciones de difícil conciliación con los datos del Nuevo Testamento y pretende deshacer el prejuicio contrario a la soberanía de Dios sobre la realidad material y corpórea del mundo creado. No son conciliables con la doctrina de la fe opiniones que le son de hecho contrarias, que se ofrecen documentalmente en nota. El misterio pascual hace patente en sumo grado el carácter de la vida de Jesús como auto-comunicación de Dios ofrecida en la pro-existencia de Jesús.

En transición hacia la **Conclusión**, el último número de esta cuarta parte se refiere a la espiritualidad de la evangelización que se alimenta en el Corazón de Cristo, aludiendo al CLX aniversario de la introducción de la solemnidad del Corazón de Jesús por el beato Pío IX en 1856. La conclusión vuelve sobre la celebración del quincuagésimo aniversario el significado de la clausura del Vaticano II y de la constitución de la Conferencia Episcopal Española, para termina con un bello texto del beato Pablo VI confesión y anuncio evangelizador ante cuatro millones de católicos en Manila. Es un homenaje al Pontífice Romano que condujo con sabiduría y santidad el desarrollo del Concilio como herencia del santo papa Juan XXIII.

III. Recapitulación

El documento quiere ser *memoria y anuncio* de la fe en Jesucristo, que da vida a la Iglesia y es contenido tarea del ministerio episcopal al servicio de la evangelización.

Afirma de forma positiva descartándose, en consecuencia las desviaciones de la misma, la fe de la Iglesia en Jesucristo. Como obispos, guías fraternos del pueblo de Dios y custodios de la fe apostólica, norma que mantiene en su identidad la comunión eclesial, proclamamos que Jesucristo es Hijo eterno de Dios, hecho carne y nacido de las entrañas virginales de María. *Su divinidad es inseparable de su humanidad, por medio de la cual el Hijo de Dios entra en la historia de los hombres y del mundo, revela el misterio de Dios y la vida de amor de la Santa Trinidad, abriendo la comunión divina a los hombres por medio de la obra redentora culminada en el misterio pascual.*

Salvador universal, Jesucristo es el Mediador único entre Dios y los hombres, razón de ser de la *unicidad y universalidad de la redención acontecida «en Él, por Él y en Él»*. Todos los hombres, aun cuando practiquen religiones no cristianas, reciben de Cristo la salvación, aunque la relación que una religión no cristiana pueda decir a Cristo nos sea misteriosamente oculta a nosotros y patente al conocimiento de Dios.

La salvación acontecida en el misterio pascual de Cristo prolonga sus efectos en la *mediación salvífica de la Iglesia*, a la cual sirve el ministerio apostólico.

El *esquema* seguido prolonga el mismo esquema de la Instrucción *«Teología y secularización en España»*, acentuando el carácter de proclamación del misterio de Jesucristo, tanto la verdad entitativa de Cristo como Hijo de Dios (divinidad de Jesucristo); como por lo que se refiere a su humanidad, *el fragmento de humanidad que sostenido por el Verbo de Dios es el lugar (topos) donde se da a conocer el Padre en el Hijo, Creador y Redentor del hombre dando fundamento a la esperanza en la vida eterna, anticipada en la resurrección de Jesucristo*

Madrid, 6 de julio de 2016.

Adolfo González Montes

Obispo de Almería y Presidente de la CEDF



CRÓNICA DIOCESANA



CRÓNICA DIOCESANA

JULIO

- Días 1 y 2: Curso para padres de niños de 3 a 6 años para “*Potenciar los talentos de nuestros hijos*”, en el Instituto da Familia.
- Día 3: Visita Pastoral del Sr. Obispo a Laxas, Pazos de Arenteiro, Albarellos y Salón.
Jornada de la Responsabilidad en el Tráfico.
- Del 9 al 14: Campamento Monagos en Porto do Son para niños y jóvenes de 9 a 15 años organizado por la Delegación de Vocaciones.
- Día 10: Visita Pastoral del Sr. Obispo a Ceboliño.
- Día 11: Gala benéfica en favor de los damnificados del terremoto de Ecuador organizada por la Delegación de Misionos en el Teatro Principal. Participó el Sr. Obispo y D. Manuel Rodicio, misionero diocesano en Ecuador.
- Día 16: Encuentro con los misioneros diocesanos en Allariz, al que asistió el Sr. Obispo. Celebración de la Eucaristía.
- Día 17: Visita Pastoral del Sr. Obispo a Velle y O Carballiño.
- Del 17 al 22: Ejercicios Espirituales para sacerdotes en el santuario de Los Milagros dirigidos por Mons. D. Juan Antonio Méndez, obispo de Astorga. Monseñor Lemos presidió la Eucaristía del primer día.
- Del 18 al 24: Campo de trabajo para jóvenes organizado por Acción Católica en la residencia de discapacitados psíquicos de las Hijas de la Caridad en Mondoñedo.
- Del 20 al 25: Días en las Diócesis en Polonia, como preparación a la Jornada Mundial de la Juventud, JMJ 2016.
- Del 26 al 31: Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) en Cracovia. Asistieron un grupo de jóvenes de la Diócesis, seminaristas del Seminario Mayor "Divino Maestro" y el Sr. Obispo.
- Día 31: Día del Misionero diocesano.

AGOSTO

- Del 1 al 11: Campamentos Urbanos organizados por la Asociación Xuvenil de "Amencer", de la parroquia de María Auxiliadora y del Colegio Salesianos.
- Día 6: Romería de San Francisco Blanco en O Tameirón, organizada por la Delegación de Misiones.
- Día 15: Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora. El Obispo presidió la Eucaristía en Macendo.
- Del 18 al 25: Peregrinación diocesana a Tours (Francia) en el 1700 aniversario del nacimiento de San Martín de Tours, patrón de la Diócesis de Ourense.
- Del 21 al 26: Ejercicios Espirituales para sacerdotes en la Casa diocesana de Ejercicios. "Proponer los ejercicios espirituales, significa invitar a una experiencia de Dios, de su amor, de su belleza. Quien vive los ejercicios de modo auténtico experimenta la atracción, la fascinación de Dios, y vuelve renovado, transfigurado a la vida ordinaria, al ministerio, a las relaciones cotidianas, llevando consigo el perfume de Cristo". Papa Francisco.
- Del 22 al 28: Campo de trabajo para jóvenes organizado por Acción Católica en la residencia de discapacitados psíquicos de las Hijas de la Caridad en Mondoñedo.

SEPTIEMBRE

- Día 2: La Delegación Episcopal de Vocaciones, en el marco de la novena a la Virgen de los Milagros, celebró un Acto Eucarístico Vocacional el viernes día 2 en el Santuario de Nuestra Señora de los Milagros.
- De 5 al 7: XLV Encuentro de Seminarios Mayores. El Obispo de Ourense participa estos días en el XLV Encuentro de Seminarios Mayores organizado por la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades del 5 al 7 de septiembre en Madrid. El tema de las jornadas es "Formar pastores de corazón misericordioso. Claves pastorales en el pensamiento del papa Francisco".
- Día 7: El Obispo asistió y presidió el Rosario de las antorchas en el

Santuario de Los Milagros.

Día 8: Monseñor Lemos presidió la Eucaristía en el santuario de Nuestra Señora del Portal en Ribadavia y por la tarde en el Santuario de los Remedios de Verín.

Desde el 8: El Centro de Ciencias Religiosas San Martín, institución educativa y formativa de la Iglesia en Ourense, inicia durante esta semana el período de matriculación, hasta finales de septiembre. En su aspecto académico es un centro vinculado al Instituto Superior Compostelano de Ciencias Religiosas (ISCCR), patrocinado por la Facultad de Teología de la UPSA, que imparte la titulación de Bachillerato en Ciencias Religiosas (3 cursos / 180 ECTS) que permite obtener, a quienes completen todos los cursos y pruebas establecidas, la DECA (Declaración Eclesiástica de Competencia Académica) para Secundaria y Bachillerato. Como Centro Asociado del Instituto Internacional de Teología a Distancia (IITD) ofrecemos también, en modalidad a distancia, los planes de formación para la obtención de la DECA para Infantil y Primaria.

Día 10: El Obispo presidió la Eucaristía y el acto de homenaje a D. Antonio, párroco de Louredo.

Del 12 al 14: Jornadas para el clero de Galicia en el monasterio de Poio (Pontevedra). Asistió una representación de nuestra Diócesis que estuvo acompañada por el Obispo.

Del 12 al 16: Jornadas de comienzo de curso de los educadores en la fe en el salón Padre Feijóo del Obispado de Ourense, que culminaron el viernes con la Celebración de envío en la iglesia de Santa María Nai, que fue presidido por el Obispo.

Día 14: Mons. Lemos Montanet pronunció la conferencia de apertura en el Curso de Actualización Pastoral de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra.

Presentación de la renovada gestión de la Catedral de Ourense. El pasado mes de mayo, el Cabildo Catedral de Ourense junto con la empresa de gestión turística, artiSplendore, pusieron en marcha una renovada visita cultural y turística con la inclusión de audioguías, digitalización de la venta de entradas, contratación de nuevos profesionales y nueva imagen corporativa. Todo el proceso de desarrollo del proyecto, los servicios puestos en

marcha y la nueva página web eran presentados y explicados a la sociedad ourensana en un acto, en el Liceo de Ourense, que contó con la participación del Obispo de la Diócesis, Mons. D. Leonardo Lemos Montanet, el Deán de la Catedral de Ourense, D. José Pérez Domínguez y el Director de Desarrollo de Negocio de artiSplendore, Francisco Moya.

- Día 20: Jornada de oración por la paz propuesta por el Papa.
- Día 21: El Sr. Obispo visitó el Instituto Geriátrico Divino Maestro, con motivo del Día Mundial del Alzheimer.
- Día 24.: Nuestra Señora de la Merced, patrona de Instituciones Penitenciarias. El 24 de septiembre es el día de Nuestra Señora de la Merced: al coincidir este año en sábado, el día anterior, viernes 23, en el Centro Penitenciario de Pereiro de Aguiar, internos y trabajadores celebraban la fiesta de su patrona, presididos por el Obispo de la Diócesis. Además, Monseñor Lemos presidía la Celebración Eucarística, en la iglesia de los Mercedarios en Verín.



CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN DE IMÁGENES, RETABLOS Y OTROS ELEMENTOS ECLESIAÍSTICOS

- * Seguimiento de criterios reconocidos*
- * Desplazamientos y presupuestos sin compromiso*
- * Realización de proyectos e informes*
- * Solicitud de permisos y autorizaciones*
- * Trabajos para promotores privados , públicos
y parroquias*
- * Creación de obra nueva: Escultura (madera,
piedra...), ebanistería, dorados en oro de ley
y policromados diversos*



RESTAURACIONES GARRIDO

Cuatro generaciones al servicio de la obra de arte

JOSÉ LUIS GARRIDO

TALLISTA - ESCULTOR

DORADOR - POLICROMADOR

608 18 58 00

LUCÍA GARRIDO

CONSERVADORA-RESTAURADORA

DIRECCIÓN DE PROYECTOS

619 18 96 05

restauracionegarrido.es - info@restauracionegarrido.es

Imprenta

ARiGRAF

Artes Gráficas

 Noroeste Gráfico Impresor, S.L.

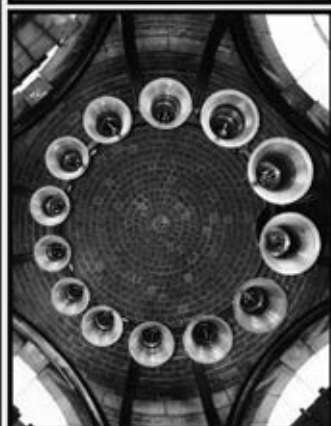
- Diseño y maquetación
- Preimpresión
- Impresión offset y digital
- Edición de libros y revistas
- Impresión publicitaria
- Encuadernación y acabados
- Manipulación de envíos

Tfno.: 981 54 96 00

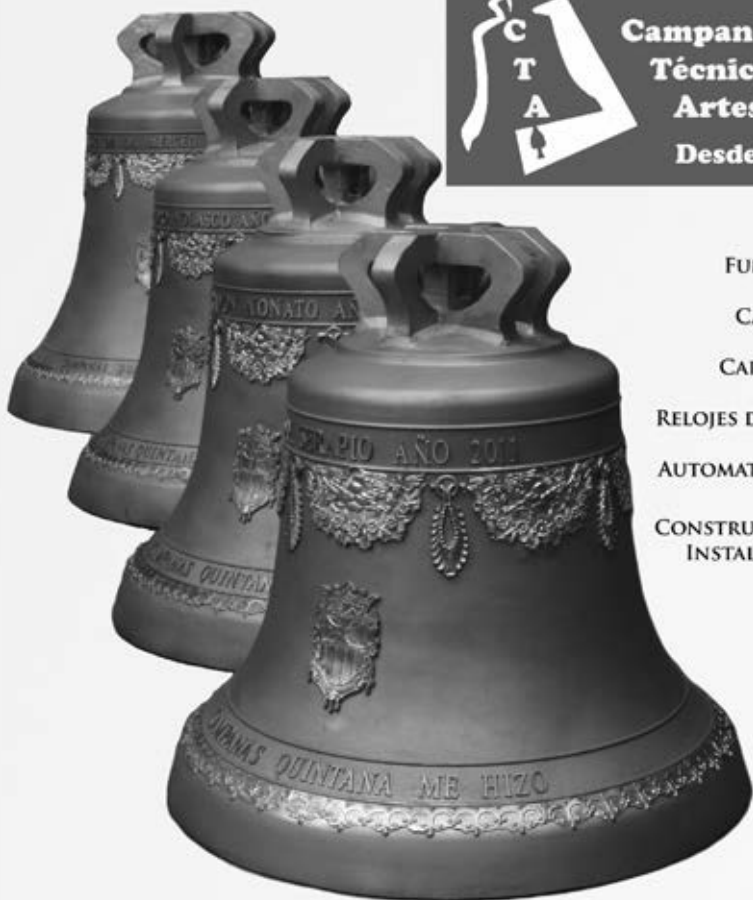
Fax: 981 54 96 02

e-mail: arigraf@infor-data.com

Avda. Santa Lucía, 64 - bajo
15893 Santiago de Compostela



**Campaneros
Técnicos
Artesanos**
Desde 1637



FUNDICIÓN
CAMPANAS
CARILLONES
RELOJES DE TORRE
AUTOMATIZACIÓN
CONSTRUCCIONES
INSTALACIONES

1637
QUINTANA

CAMPANAS QUINTANA S.A.

Tfno: (+34) 979 89 25 06 - Fax: (+34) 979 89 10 08

www.campanasquintana.es
Correo-e: quintana@campanasquintana.es

Polígono Industrial Parc. 32-33-34.
34100 SALDAÑA - Palencia - España



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L. DIÓCESIS DE OURENSE

- Conservación y restauración del patrimonio mueble e inmueble, asegurando la rigurosa ejecución y calidad de las intervenciones.
- Elaboración de proyectos de intervención y presupuesto.

Algunas intervenciones realizadas:

- Pórtico del Paraíso. Catedral de Ourense.
- Retablo de la Virgen de Belén. Catedral de Ourense.
- Tabernáculo del Altar Mayor. Catedral de Lugo.
- Retablo Mayor de San Eusebio (Coles).
- Santiago Ecuestre de la Catedral de Ourense.
- Retablo Mayor de Santa Baia de Longos.
- Diversas esculturas (limpieza, eliminación de repintes...).
- ...



CENTRO DE CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN SAN MARTÍN S.L.
Carretera del Seminario 18 - 32002 - OURENSE
Tfn. 988 234 118 - www.centrosanmartin.es

Librería

BETEL



Libros y artículos religiosos

Betel Librería Religiosa
Diócesis de Ourense
Calle Lamas Carvajal nº 9
32005 - Ourense
Teléfono y Fax : 988 22 62 41

COLABORA:
Fundación Santa María Nai



FUNDACIÓN
SANTAMARÍANAI



DIÓCESIS
DE OURENSE
